

BIANCA™

 HARLEQUIN™



CATHY WILLIAMS

PASIÓN Y MENTIRAS EN LA TOSCANA

Portadilla

BIANCA™

CATHY WILLIAMS

PASIÓN Y MENTIRAS
EN LA TOSCANA



Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Cathy Williams

© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Pasión y mentiras en la Toscana, n.º 3244 - 8.8.26

Título original: Italian Ring Charade

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).

HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y
Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370175856

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

Gabriel se detuvo un instante para contemplar agobiado el abarrotado restaurante. Si es que se le podía llamar restaurante.

El *Chick'n Rib Shack*. El Chiringuito del Pollo y las Costillas. «Chiringuito» le iba mejor que «restaurante».

Delante de la puerta había aparcado un variado e impresionante surtido de motos, y varios moteros se habían quedado fumando y bebiendo apoyados en sus motos. Un par de mujeres, digamos, interesantes, enfundadas en reveladores trajes de cuero estaban sentadas en la acera, cada una con una botella de cerveza en la mano, charlando.

Las puertas del restaurante estaban abiertas de par en par, y la luz y la música salían a raudales para alegrar la tarde de verano. Lo flanqueaban varias tiendas, dos de las cuales estaban tapadas con tablones y otras tres, cerradas, lo que no aportaba demasiado al espíritu de la calle. El sol seguía alto en el cielo y todavía hacía calor, aunque eran más de las ocho, pero el ambiente parecía bastante festivo. O por lo menos no parecía avecinarse ninguna pelea. Eso era lo bueno, pero lo malo... ¿qué narices hacía ella allí?

Gabriel se apartó del Land Rover negro que le había servido de apoyo y caminó despacio hacia el restaurante, llevándose varias miradas pegadas a la piel. Llamaba la atención. Dondequiera que fuese, Gabriel García despertaba curiosidad, y no solo porque fuera muy atractivo —el exotismo de su piel bronceada y lo absurdamente guapo que era pesaban—, sino porque tenía un aura de poder, serenidad y fuerza que te empujaba a contemplarlo durante un rato.

Pocas veces era consciente de que lo miraban y, si lo era, lo ignoraba. A él, pocas veces le llamaba tanto la atención otra persona

como para quedarse mirándola, pero en aquel momento se había detenido en la puerta del restaurante y miraba con deliberada lentitud a su alrededor, intentando encontrarla.

Se diría que había un millón de personas atestando el lugar. Unas mesas de madera se distribuían aleatoriamente por la pequeña sala, y al fondo había un escenario en el que un DJ disfrutaba de la selección de clásicos del *rock* que estaba pinchando. Los ladrillos de las paredes estaban cubiertos casi en su totalidad con pósteres de leyendas del *rock* tocando la guitarra o a lomos de motos gigantes y con cara de pocos amigos. Algunas mujeres que parecían estar un poco achispadas bailaban, se servía comida en las mesas y la gente se esforzaba por hacerse oír por encima de la música, las risas y la charla.

Entonces fue cuando la vio. Estaba sentada de espaldas a él, la melena oscura y ondulada cayéndole suelta a la espalda, charlando animadamente con el motero que tenía enfrente. La habría reconocido aunque la tuviera a un kilómetro de distancia. Había algo inconfundible en su postura erguida, en el modo en que colocaba los hombros y cruzaba las piernas, moviendo un pie en el aire, como si esperase con impaciencia a que ocurriera algo.

No dudó. Se acercó con paso decidido y le tocó el hombro sin pararse a pensar si la alegraría verlo o no. Aunque lo lógico sería que sí. Eran amigos. Incluso los amigos más íntimos. En un mundo lleno de gente queriendo impresionarlo o dispuesto a hacer lo que él le pidiera, ella había sido siempre una constante. La mujer a la que no le impresionaba su dinero, su estatus o ninguna otra cosa, la verdad.

Hacía mucho que se conocían. Eran dos personas que provenían de mundos muy distintos, pero cuyos orígenes nunca se habían interpuesto en su amistad.

Se enderezó y esperó a que se diera la vuelta. ¿Quién demonios era el tipo con el que estaba? Un tío corpulento, barbudo, con varias cadenas colgando, una fascinante colección de tatuajes en ambos brazos, chaleco negro...

Jennifer sintió que le tocaban el hombro y no supo si sentirse molesta porque alguien estuviera interrumpiendo su cita o aliviada porque, en realidad, no le apetecía seguir allí con aquel tío sobre cuya foto había clicado sin saber por qué. Quizás se sentía particularmente aventurera en aquel momento, o quería sin saberlo un cambio en el tipo de tío con el que solía salir: profesores y contables aburridos que siempre parecían estar muy ocupados ahorrando para comprarse una casa mientras que la vida y todas sus excitantes posibilidades les pasaban al lado sin que ellos se dieran cuenta.

No es que encadenase citas en serie, pero quizás había quedado con Hal el motero por pura frustración con su vida amorosa. ¿Tan difícil podía ser encontrar a su alma gemela? De hecho, no era de las que andaban a la caza de don Perfecto. No tenía listas donde ir tachando lo conseguido ni contrastaba cualidades contra defectos para tomar una decisión informada. Le bastaba con dejarse llevar e ir viendo dónde la llevaba la vida. Ella no era perfecta y no podía pretender que ellos lo fueran, pero el amor consistía en alzarse por encima de las imperfecciones y buscar la paz y la armonía, la diversión y la aceptación dentro de un marco imperfecto. ¿Dónde estaban todos esos hombres perfectamente imperfectos? Porque todos los que salían con ella solo conseguían hacerla bostezar, incluido el que tenía delante en aquel momento, a pesar de lo que pudieran sugerir las apariencias.

Al volverse los ojos se le abrieron de par en par: ¡Gabriel! Camisa polo negra, vaqueros negros... un uniforme negro que no tenía nada que ver con las prendas también negras que Hal, su acompañante aquella noche, llevaba. Como siempre, Gabriel resultaba elegante sin esforzarse, y arrebatadoramente atractivo.

Durante apenas un segundo, la intensidad de su atractivo sexual la golpeó como el puño de un boxeador antes de que su sentido común acudiera en su auxilio. Aquel hombre era Gabriel, el amigo que tan imbricado estaba en el tapiz de su vida. Sí, era *sexy*, pero también una fruta prohibida, aunque su corazón perdiera de vez en cuando algún latido cuando lo veía o escuchaba su voz.

—¡Gabriel! —exclamó por encima del ruido ambiental.

–Siento interrumpir tu cita, Jen, pero es que tengo que hablar contigo.

–¿Y eso? ¿Tiene que ser ahora mismo?

La última persona a la que esperaba ver al volverse era a él.

Nunca habían dejado de estar en contacto, pero en los últimos meses Gabriel solo había pasado de tarde en tarde por Sussex, y ella no había podido estar en sus últimas y breves visitas.

–Ya no tienes tiempo para salir a tomar algo –le había dicho varias veces por teléfono.

–Trabajo –se había quejado él–. Me paso más tiempo fuera del país que dentro.

–¡Siéntate con nosotros! –lo invitó a gritos, a pesar de que, por el rabillo del ojo, vio que a su cita no le hacía la más mínima gracia la interrupción. Todo lo contrario que a ella. Menudo alivio...

¿Qué demonios haría Gabriel allí? El miedo se le hizo de pronto una bola en el estómago y se levantó de golpe. Gabriel medía cerca de metro noventa, y ella casi metro ochenta, con lo que resultaba alta para ser mujer. Tenía un seno generoso, el cabello largo y oscuro y los ojos azules herencia irlandesa de su madre. Su estatura era un regalo de su padre, que había pasado del metro noventa.

–¿Es por tu madre? –le preguntó, tirando de él para que se acercara.

–Podría decirse que sí.

–Ay, Dios, ¿qué ha pasado? Espera, que recojo el bolso.

–Mejor. Es imposible hablar en este sitio.

Se volvió hacia Hal, que también se había puesto en pie y le dedicó una sonrisa a modo de disculpa.

–Lo siento, Hal. Es una urgencia.

Resultó raro tener que inventar unas excusas y gritarlas por encima del ruido, además teniendo a Gabriel observándola atentamente.

Sonrojada y ansiosa por escuchar lo que Gabriel tuviera que decirle, fue un verdadero alivio salir de aquel sitio.

–A ver, ¿qué haces aquí? ¿Y cómo me has encontrado? ¿Tu madre está bien? Tenía el timbre del teléfono al máximo por si necesitaba

ponerse en contacto conmigo, pero me temo que no lo habría oído si me hubiera llamado.

–No tenía ni idea de que te fuera el rollo roquero, Jen. Mi coche está ahí. Vámonos a algún sitio donde podamos hablar con un poco más de calma.

–Dime qué está pasando. No puedo soportar tanto suspense.

–¿Cuánto hace que sales con el troglodita ese?

–Qué feo es eso que has dicho, Gabriel.

–Depende de si te interesa salir con alguien que tenga que cazar lo que se va a comer. Los cavernícolas pueden resultar muy útiles.

Dudó entre decirle que se metiera en sus cosas y la certeza de que daría igual, porque él siempre diría lo que le viniera en gana. Había sido así desde que se conocieron, ella con nueve años y él, con doce. Se había tenido que ir con su madre cada día durante las largas vacaciones de verano porque la cuidadora que solía contratar su madre había decidido irse a Europa con su novio, y era demasiado pequeña para quedarse sola en casa. Lizzie Carlton limpiaba una vez a la semana en casa de Gabriel, que vivía en una enorme mansión familiar a las afueras de Arundel. La madre de Gabriel pagaba estupendamente, a su madre le encantaba la casa, adoraba a Francesca García y se habría dejado arrancar un brazo antes que dejarla colgada.

Jennifer estaba en el jardín con su cuaderno de dibujo escogiendo qué flores iba a dibujar para el trabajo de verano del colegio cuando Gabriel se le acercó por la espalda y le tiró del pelo. Ella se giró y le atizó con el cuaderno y toda su fuerza. Gabriel aún se lo recordaba de vez en cuando.

Abrió su coche con el mando a distancia y Jennifer subió.

–¿Cómo has sabido dónde estaba? –preguntó nada más cerrar la puerta.

–He llamado a tu amiga.

–¿A qué amiga? Tengo muchas.

–A la de los gatos.

–Caroline. Sabes perfectamente cómo se llama. Has ido muchas veces a su casa.

Su amiga se habría deshecho al oír la voz de Gabriel al teléfono. Le gustaba, a pesar de que tenía novio, y no era la única de sus amigas que se ponía tontorróna cuando aparecía él. Era comprensible: un tipo rico y guapo, pero también un tipo que no había tenido una relación seria en su vida y que pasaba de una chica a la siguiente con tanta rapidez que la cabeza le daba vueltas.

A veces pensaba que ser inmune a su encanto, a su dinero y a su belleza era lo que había permitido que su amistad fuese tan fuerte y firme. Gabriel era tentador como el más fino de los chocolates a nivel físico, pero no en todo lo demás. Él era quien apuraba el juego al máximo con alegre abandono, quien no creía en el amor, mientras que ella era la chica que había visto el amor de sus padres, el modo en que su madre había sabido mantener ardiendo esa llama incluso tras la muerte de su padre tanto tiempo atrás. Y ella era la que quería tener lo que sus padres habían tenido. En las cosas que eran importantes en la vida distaban mucho el uno del otro.

–Aún no me has dicho qué es lo que pasa.

–Se trata de mi madre, pero no empieces a preocuparte, que está bien.

–Lo sé. Le va muy bien desde que la operaron del corazón, pero sigo estando bastante preocupada, la verdad. Mi madre pasa a verla a diario, y ha empezado a pensar si no debería quedarse por las noches con ella.

–Yo creo que no es necesario.

–No sé... me parece que lo dices de un modo raro.

–Son cosas tuyas. ¿Has cenado?

¿Comer en el *Chick'n Rib Shack*? Ni se le pasaría por la cabeza.

–Me lo imaginaba –adivinó Gabriel–. Vamos a picar algo y te cuento por qué he aparecido de repente.

–Igual, después de haber tenido cáncer hace tantos años –explicó, mientras iban saliendo de la ciudad–, volver a encontrarse mal de salud la ha deprimido un poco. Pero el médico ha dicho que va realmente bien.

–Seguramente tengas razón, pero mejor no perderse en especulaciones –dijo, y la miró por el rabillo del ojo–. Hace semanas que no nos vemos. Cuéntame qué has andado haciendo.

–Lo sabes de sobra. Me has llamado dos veces por semana para que te informara de cómo iba tu madre.

–Has sido tú la que me ha llamado a mí para contarme. Pero, en cualquier caso, han sido llamadas breves. El trabajo, ya sabes. Estoy desbordado. Volviendo a mi madre, ya sabes que tiene la manía de adornármelo todo un poco cuando me habla de cómo le va. Necesito información de otras fuentes para contrastar. Y, cambiando de tercio, no tenía ni idea de que salieras con un Ángel del Infierno.

–No estoy saliendo con Hal. Y no es de los Ángeles del Infierno. ¡Ni siquiera estoy segura de que esa banda siga existiendo!

–¿No sales con él? Pues me he equivocado. Como os he visto tan acaramelados tomando copas... de todos modos, menuda cita sería si ni si quiera es capaz de invitarte a cenar.

–¡Eres imposible!

–¿Me has echado de menos? –sonrió.

–Ni una pizca.

Su sonrisa brilló más.

–Lo tomaré como un sí.

A aquella hora de la noche no había mucho tráfico, de modo que tardaron poco en llegar al restaurante italiano al que se dirigían.

Gabriel paró el motor, pero, en lugar de bajarse del coche, se giró para apoyarse contra su puerta y mirarla. La atmósfera se cargó de inmediato. O quizás fuera la imaginación de Jennifer, que le estaba jugando una mala pasada por el vacío que tenía en el estómago y porque su cita con Hal hubiera sido una desilusión rotunda.

–Me estás mirando –le dijo–. Me sorprende que no sepas que es de mala educación.

–Lo que más echo de menos de ti es tu encantador sentido del humor –sonrió–. No me puedo imaginar qué te pasó en la cabeza para quedar con ese cavernícola.

–¡No lo llares así!

–¿Vas a volver a verlo?

–No lo tengo claro aún.

–No me digas más.

–Es un tío agradable.

–Pero no es tu tipo.

–Tú no tienes ni idea de cuál es mi tipo –espetó. Ni ella misma lo sabía. ¿Cómo si no iba a seguir estando en el patio de juego con veintinueve años?

En realidad, no tener un tipo definido era una ventaja. Tenerlo era muy restrictivo. Él siempre había tenido un tipo de mujer: guapa, pequeñita y rubia.

–¿Ah, no? Podría ser, pero seguro que te gustaría que fuera inteligente.

–Hal es un tío muy inteligente. Es mecánico de coches, pero que no gane millones como tú no significa que no sea listo.

–Si quieres, podría presentarte a unos cuantos amigos míos.

Jennifer se echó a reír y puso la mano en la manilla de la puerta.

–Ya he conocido a unos cuantos amigos tuyos, Gabriel, y siempre llevan muñequitas rubias colgando del brazo. Poco más o menos como tú. Y eso no es para mí.

Le hizo muchísima gracia ver que Gabriel se sonrojaba. No solía dejar que le afectase nada ni nadie, pero estaba claro que su comentario le había llegado. Solía guardarse sus opiniones, excepto cuando no podía contenerse y se le escapaba algún comentario sarcástico, pero de vez en cuando no estaba mal meterle el dedo en el ojo.

–Las muñequitas rubias suelen ser divertidas –señaló, recuperándose rápidamente del puyazo. Se inclinó hacia delante para abrirla a ella la puerta y Jennifer sintió un escalofrío al notar el roce de su brazo en el pecho. La excitación fue inmediata, y se enfadó por sentirse así.

–Seguro que sí –contestó–. Qué, ¿cenamos o vamos a quedarnos aquí sin que me expliques por qué has interrumpido mi cita, en este coche que está cada vez más caliente?

Gabriel rompió a reír con todas sus ganas y Jennifer se puso roja como un tomate. Estaba claro que había malinterpretado sus palabras.

–¡Sabes perfectamente bien que no quería decir lo que estás pensando!

Seguía riéndose cuando entraron en el restaurante, un sitio al que habían ido muchas veces a lo largo del tiempo. Ella había estado

muchas más veces que él, porque, a pesar de que se marchó para ir a la universidad tres años más tarde que Gabriel, luego había vuelto a Sussex, mientras que él había desplegado sus alas y se había marchado a vivir a Londres, antes de ir añadiendo residencias en Nueva York, Hong Kong y Dubai como si fueran propiedades del Monopoly.

No es que necesitara irse lejos para ganarse la vida porque provenía de una familia adinerada. Su madre había vivido toda su vida en la misma casa, una mansión ancestral gigante rodeada por hectáreas de terreno. Podría haber vuelto al acabar los estudios para dirigir la propiedad, pero había contratado a quien lo hiciera por él y se había dedicado a lo suyo: ganar miles de millones en el mercado de la construcción, principalmente en propiedades comerciales, especializándose en espacios de almacenamiento y zonas industriales. Ese fue su comienzo. Después, pasó a localizar *startups* lucrativas, comprarlas, invertir en ellas y venderlas a precio de oro. Sin tener la necesidad de financiación inicial, había tenido la libertad para hacer lo que quisiera, explorar el campo que más dinero le generara, contando con la seguridad de que, si algo le salía mal, no acabaría viviendo bajo un montón de periódicos en el umbral de una tienda. Había explorado el mundo, y no había vuelto a ser la presencia en su vida a la que Jennifer estaba acostumbrada.

En su defensa podía decir que volvía con regularidad para ver a su madre. Era un hijo devoto.

Sabía que las últimas semanas habían sido duras para él porque no había podido venir a verla tanto como le gustaba, sobre todo después de la operación, pero sabía que se había mantenido en contacto. ¿Qué razón misteriosa le habría empujado a aparecer de pronto y sin avisar?

Sintió su mano en la espalda para conducirla a la mesa que los esperaba, e inesperadamente se imaginó a los dos como pareja: él, tan alto, guapo a rabiar, vestido con esas prendas sin etiqueta a la vista que rezumaban sofisticación, poder y riqueza, mientras que ella era todo lo contrario, con sus cositas de Polly Pocket, arreglada para una cita con un motero: vaqueros desgastados, botas planas y camiseta color vino que se ceñía a su busto generoso. Tenía la clase

de figura que corría el riesgo de parecer de embarazada si se vestía con prendas demasiado holgadas, de modo que se ponía partes de arriba más ajustadas y al diablo con las consecuencias.

Alguna vez se había preguntado qué pensaría Gabriel de ella cuando estaban juntos y si la compararía con esas rubias tipo muñeca con las que solía salir, pero era un pensamiento que no le duraba mucho y al que no daba muchas vueltas, simplemente porque se sentían maravillosamente cómodos el uno con el otro.

–Dale.

–Dale –repitió Gabriel, ya los dos sentados a la mesa desde la que se tenía una preciosa vista de los jardines de atrás–. ¿Significa que los preliminares se han terminado? ¿O es que te ha molestado que haya interrumpido tu prometedora velada?

Jennifer suspiró exageradamente.

–Podría ser educada y preguntarte cómo te ha ido, pero, si me contestas que todo lo que has hecho ha sido trabajar, voy a empezar a bostezar.

–¿Y cómo se supone que se puede dirigir un imperio y ganar pasta gansa si te dedicas a dar paseos por el campo y contemplar el fuego de la chimenea?

–No tienes por qué trabajar tanto, Gabriel. De hecho, ni siquiera tendrías que trabajar, y lo sabes.

Gabriel, aparentemente, no reaccionó. Estaba acostumbrado a sus puyas sobre la presión que se metía trabajando, pero, por primera vez, pensó de verdad en lo que acababa de decirle.

Jen veía muchas cosas de él y sabía muchas cosas. Su amistad era ya de mucho tiempo, pero había cosas que ni siquiera ella sabía, y así iba a continuar. Eran cosas que se guardaba para sí. Secretos a los que solo su madre tenía acceso. Sí, estaba la mansión, la tierra y la fortuna de la familia, pero nadie sabía que su fortuna había sido esquilmada implacablemente por su padre, un hombre que se había olvidado de los de su propia sangre hacía tres décadas, cuando él era casi un bebé.

Para el resto del mundo, la separación de sus padres había sido amistosa. Era la historia que su madre, una mujer de corazón tierno, le había contado a todo el mundo, incluido él, pero cuando cumplió trece años descubrió la verdad sobre el hombre que era su padre. Aun así, hubo de esperar a graduarse en la universidad para revisar a fondo los informes económicos de años atrás y descubrir el alcance de lo que había hecho. Su madre había acabado refiriéndole, aunque a regañadientes, los detalles del divorcio, y la imagen resultó ser la de un bastardo que había manipulado a su esposa para que le cediera una parte mucho mayor de su fortuna de lo que era legalmente obligatorio. Ella había heredado la fortuna de sus padres, que habían fallecido mucho tiempo atrás, e inocentemente la había puesto en manos de su esposo. Y él había ido escamoteando el dinero; cuando por fin cortó amarras con ellos, tenía grandes sumas en cuentas de paraísos fiscales. Por supuesto no lo había admitido y había desafiado a los abogados a encontrarlo. Obviamente, no lo habían conseguido.

Había nacido con dinero, sí, pero de ningún modo habría podido permitirse sentarse tranquilamente y disfrutar del *dolce far niente*. Había tenido que luchar para que su madre no perdiera su casa, ya que lo que había sido una fortuna había quedado reducido prácticamente a la nada.

—¿Hay alguien ahí?

Gabriel volvió al presente y se encontró con que Jen señalaba al camarero, que aguardaba junto a la mesa.

—¿Desde cuándo tú sueñas despierto? —le pinchó—. No puede ser... ¿te estás convirtiendo en un hombre normal?

—Define «hombre normal».

Gabriel pidió una elaborada ensalada y una botella de vino tinto.

—Pues lo normal, no sé: una persona en contacto con sus sentimientos, expresivo, que sabe hablar de sus emociones, que no le da vergüenza llorar con una comedia romántica...

—Ah, ya. Exactamente la clase de hombre en que me estoy convirtiendo. Qué bien me conoces.

Se recostó en su silla mientras le servían el vino y la miró como si la viera por primera vez.

Jennifer no era la clase de mujer con la que salía normalmente, porque le gustaban las rubas menudas y felinas que se complacían complaciéndolo, pero había una inteligencia y un... atractivo fuerte y descarado en ella. De hecho, era bastante guapa, con aquella melena oscura y unas cejas igualmente oscuras que resaltaban sus ojos azules.

–¿Siempre has tenido los ojos tan azules? –preguntó de golpe.

–¿Cómo?

–Creo que no me había dado cuenta del azul tan poco corriente de tus ojos.

Ella enrojeció.

–Pues, lo creas o no, siempre los he tenido del mismo color. Puede que no te dieras cuenta antes porque llevaba gafas.

–¡Claro!

–Hace seis meses que me operaron con láser y adiós a las gafas.

–Eso lo explica todo.

–Aún tenemos que hablar de por qué te has presentado de improviso –presionó.

–He decidido invertir en un viñedo.

–¿Qué?

–Todos mis otros negocios van como la seda, y soy lo bastante joven como para correr algunos riesgos.

Desde luego no esperaba algo así. Se miraron de frente y sintió que el estómago se le encogía al saber que había reparado en sus ojos. Tal y como lo había dicho no era un cumplido ni una broma, sino una observación sorprendida, como si la viera por primera vez.

–Entiendo. Ahí es donde entra tu madre. Has venido a contarle de primera mano tus planes, y has decidido hacerme una visita. Pero no es tan urgente como para interrumpir mi cita.

–Pero no te molesta que lo haya hecho.

–Supongo que no –admitió–. Hal no iba a pasar de la primera ronda.

–Me lo imagino. Te lo habrías comido crudo.

–Qué bestia eres.

—Era un cumplido, Jen, y en realidad es en parte la razón por la que estoy aquí.

Hizo una pausa y, por primera vez, parecía incómodo. Jennifer conectó la alerta roja. Gabriel no era de la clase de hombre que se siente incómodo. Ni siquiera de niño lo había sido. Siempre daba la impresión de que, si se lo pedían, podría dirigir el país entero.

Gabriel la miró fijamente y ella sintió que el corazón se le aceleraba, al tiempo que mil escenarios horribles le pasaban por la cabeza. ¿Le ocurriría algo malo? ¿Por qué un viñedo? ¿Y si decidía irse a vivir de manera permanente al lugar en que estuviera el susodicho viñedo? ¿Y si desaparecía por completo de su órbita y vendía la casa de su madre para llevársela con él?

—¿Ya has invertido algo en ese viñedo? —quiso saber, y tomó un trago de vino con el que estuvo a punto de atragantarse—. ¿No es un poco precipitado? Tú no eres así. De hecho, ¿cuántas veces te he dicho que tienes que soltarte y ser más espontáneo? Por cierto, ¿dónde está ese sitio?

—En Italia. La Toscana, para ser más exactos. Colinas suaves, cipreses, cálido sol, pueblecitos rústicos... ¿Has estado en La Toscana?

—No.

—¿Y alguna vez has querido ir?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me voy en dos días, y quiero pedirte que te vengas conmigo.

—¿Cómo dices?

—Mi madre también vendrá. Creo que le sentará bien.

—Gabriel, no voy a seguirte —sentenció.

Se sentía muy perdida. Ni siquiera recordaba lo que había pedido de la carta hasta que lo tuvo delante: calamares. Delante de Gabriel dejaron una ensalada, pero no le prestó atención y se inclinó hacia ella mirándola con una intensidad que la hizo desconfiar, sobre todo porque tenía la sensación de que le faltaba una parte fundamental de aquella conversación.

Su mirada era intensa y seria. Así de cerca estaba viendo las chispas doradas de las profundidades de sus ojos oscuros. Su padre

era un italiano guapísimo, según le dijo una vez su madre, y era evidente que Gabriel tenía sus mismos ojos.

—¿Me estás pidiendo que vaya contigo a ver el viñedo? —preguntó, el ceño fruncido.

—Me vendría bien contar con otra opinión, aunque, ahora que lo dices, tengo que admitir que no es la única razón por la que te lo he pedido.

—Gabriel, me gustaría que me dijeras de una vez por todas qué está pasando. Te presentas sin avisar, me dices que no tengo de qué preocuparme, y que no estás aquí por tu madre, aunque puede también que sí, y ahora de pronto me dices que quieres que te acompañe a ver un viñedo en la Toscana dentro de un par de días sin razón aparente. ¿Te parece razón suficiente para estar aturdida?

Gabriel asintió.

Lo comprendía. Rara vez se quedaba sin palabras, pero es lo que le ocurrió en aquel momento porque estaba a punto de entrar en territorio desconocido. Jennifer y él tenían una relación que había crecido con los años y que hundía sus raíces en el respeto mutuo y en la sinceridad. Desde la infancia, pasando por la adolescencia hasta llegar a la edad adulta, con intervalos cuando no se encontraban en el mismo lugar, habían adoptado un ritmo que funcionaba de maravilla para ambos y que hacía de su relación no se pareciera lo más mínimo a cualquier otra que hubiera mantenido con cualquier otra mujer. Pero ahora estaba a punto de introducir un cambio, aunque se tratase de algo que, en realidad, no iba a alterar nada.

Suspiró y se pasó las manos por el pelo. Apartó el plato y la miró de frente.

—Mi madre está deprimida —explicó—. Ella no me ha dicho nada en las veces que hemos hablado por teléfono las últimas semanas, y la he llamado a diario, pero en la última llamada no fue capaz de mantener la fachada. Es lo que tú has dicho antes: la combinación del cáncer de hace años con el problema de corazón actual...

—Dios mío...

–Me ha dicho que está mirando a la muerte a la cara, y que está asustada.

–¡Pero si los médicos han dicho que todo está perfecto!

–Tú y yo sabemos que es así, pero la cabeza... la cabeza puede volverse irracional una vez el miedo ha echado raíz, y parece que ese es el caso ahora. Empieza a perderse en las cosas que lamenta de su pasado, y sobre todo en las cosas que piensa que va a morir sin haber logrado.

–¿Como qué?

–Como verme a mí sentando la cabeza con una buena mujer al lado.

Jennifer no dijo nada, pero pensó que su madre tenía razón. ¿Sería capaz Gabriel de encontrar una buena mujer con la que sentar cabeza? Desde luego no daba la impresión de que fuera a ser así. De hecho, daba la impresión precisamente de lo contrario. Nunca habían hablado del problema que parecía tener con el compromiso.

–Pues entonces lo mejor que puedes hacer es empezar a buscar –le aconsejó–. Estoy segura de que el elenco de candidatas es extenso. Puede que te lleve unos años reducir el número a unas pocas.

–No tengo intención de hacer tal cosa. Pero es muy importante que la preocupación por este tema no le quite el sueño a mi madre. Con lo del corazón, lo último que necesita es estrés. Y ahí es donde entras tú.

Jennifer intentó imaginarse cuál de aquellas rubias pequeñas pero matonas sería la candidata perfecta, y descubrió que la idea no le hacía ninguna gracia. ¿Tan mal le sentaría que hubiera un cambio en su *statu quo*? Qué ridiculez. Todo en la vida experimentaba cambios, y su relación cambiaría cuando ella encontrase al compañero adecuado. Él tendría alergia al compromiso, pero ella no sentía esa aversión. Si aún no había encontrado al hombre adecuado, se debería a que no había buscado en el sitio correcto.

Volvió a la realidad para escuchar solo las últimas palabras de su frase:

–... solo hasta que mi madre se recupere.

–Perdona, ¿qué?

–Necesita algo que le levante la moral.

–Me has perdido.

–¿Cómo he podido perderte? ¿Es que no has escuchado ni una palabra de lo que te he estado diciendo?

–Estaba ausente.

–Es un misterio que puedas ser una profesora tan buena cuando pierdes la concentración cada cinco segundos. –La miró con cariño, pero enseguida la sonrisa se borró y quedó muy serio—. Mi madre necesita algo que le haga mirar hacia el futuro, Jen, y tú y yo... tú y yo podríamos dárselo. Juntos los dos en la clase de relación que ella quiere para mí. Los dos dispuestos a sentar la cabeza.

Capítulo 2

Jennifer lo miró boquiabierta. Tenía en el tenedor un pedazo de calamar, y con él en el aire lo miró incrédula.

Gabriel le quitó con suavidad el tenedor y lo devolvió al plato.

–Me parece que necesitas un par de minutos para digerir lo que te he dicho. No pasa nada. Yo voy a seguir con el alimento este para conejos que tengo en el plato hasta que recuperes el habla. Entiendo que puedas estar un poco sorprendida por la solución que te propongo.

Jennifer recuperó por fin el habla, pero la cabeza le daba vueltas. Sí, había oído lo que acababa de decir, y sí, por la expresión de su cara sabía que no estaba de broma, pero tenía la sensación de haberse perdido algo.

–Estás de coña, ¿no?

–Sabes que no.

–¿Cómo has podido pensar que es buena idea mentir a tu madre en algo tan gordo?

–«Mentir» es una palabra muy fea.

–Mentir es exactamente no decir la verdad, ¡y quieres que esté de acuerdo en mentirle a tu madre, que es una persona a la que quiero!

–Míralo de este modo: sería por un bien mayor.

Jennifer volvió a sus calamares, pero había perdido el apetito. De pronto la facilidad con la que discurría su relación hasta entonces parecía haberse lanzado a territorio desconocido. Comparándose con él, era consciente de que ella era muy franca. No tenía una familia rota en su pasado, aunque millones de niños pasaban por un divorcio. Hasta que falleció su padre, sus padres eran una pareja

feliz, y ella quería cosas sencillas en su vida: un hombre al que amar y que la amase, un matrimonio e hijos. Nada de dramas ni de caos, nada de altibajos. Aún no había encontrado al hombre adecuado, pero lo encontraría. No le comían las dudas sobre lo que buscaba ni la preocupación por si lo lograría porque sabía que lo conseguiría.

Gabriel, con su fragosa vida amorosa, su desinterés por sentar la cabeza, su enfermiza dedicación al trabajo, representaba un estilo de vida que se oponía a todo lo que era querido para ella, pero lo quería como amigo. Lo conocía y nunca lo juzgaría porque sus elecciones no la habían afectado de un modo personal, pero ¿y en aquel momento? Todo aquello olía a peligro, a líneas que nunca deberían cruzarse. ¿Fingir una relación inexistente? La idea le repelía porque era el polo opuesto a la clase de relación que ella tanto deseaba. Sería como travestirse. Algo que de ningún modo quería hacer.

–¿Un bien mayor? Qué tontería. Digas lo que digas, no pienso mentirle a tu madre fingiendo que somos algo que no somos – respondió antes de volver a sus calamares.

Gabriel le quitó uno del plato y siguió mirándola en silencio.

–Mi madre no está bien, Jen.

–Sé lo que intentas hacer, Gabriel: intentas embarcarme en una especie viaje de culpa para que me lance a esa locura que no funcionaría ni en un millón de años.

–Por supuesto que funcionaría.

–Mira, entiendo que estés preocupado por tu madre. ¡Todos lo estamos! Y también entiendo su ansiedad, su deseo de verte feliz con alguien antes de... antes de irse, lo que no va a ocurrir ahora mismo, por cierto. Pero tu idea es absurda.

–¿Tú crees?

–Si tan desesperado estás por convencer a tu madre de que de pronto te has convertido en un tío decidido a sentar cabeza, te deseo toda la suerte del mundo. No tienes más que abrir tu agenda de tapas negras y buscarte una de las muchas mujeres que conoces que pueda interpretar el papel.

–Eso no va a funcionar.

–¿Por qué no?

–Porque no tengo intención de acomodarme con nadie, y si me pongo en contacto con alguna de esas mujeres, corro el peligro de...

Dejó en el aire el final de la frase.

–¡No digas más! Me imagino lo que estás pensando.

Gabriel se pasó las manos por el pelo.

–Te voy a liberar de esa incomodidad –continuó ella, viendo que su amigo hasta enrojecía–. Corres el peligro de que quienquiera que sea la elegida piense que vas en serio y que terminarás poniéndole un anillo en el dedo, y que empiece a planear una boda de blanco y por todo lo alto. Ya siento lástima por la pobre desgraciada.

–Las bodas de blanco y por todo lo alto no son lo mío, ya lo sabes. Ni las de otro color tampoco. Soy alérgico a cualquier clase de boda.

Jennifer lo miró muy seria y siguió con los calamares, pero se habían quedado fríos y empujó a un lado el plato.

–¿Has pensado que podrías aprovechar esta oportunidad para pensar en serio sobre sentar la cabeza? –le preguntó, cruzando las manos sobre la mesa–. Estoy segura de que tu madre no esperaría que aparecieras con una prometida de la noche a la mañana, como si sacaras un conejo de una chistera, pero la haría muy feliz que le dijeras, simplemente, que has empezado a plantearte crear tu propia familia.

Un silencio ensordecedor fue la respuesta inicial a sus palabras.

–Entonces no tendrías que mentir.

Gabriel clavó la mirada en los ojos azules de Jennifer. Ella era la única mujer en el mundo a la que le permitiría hacerle esa pregunta sin correr el riesgo de que no volviera a dirigirle la palabra en toda su vida.

Él era tremendamente protector de su intimidad, y su pregunta le hizo pensar por un instante en el pasado del que no había logrado escapar y el modo en que había dictado el curso de su vida. Que su padre lo hubiera abandonado y que su madre hubiera iniciado, a resultas de ese abandono, el largo viaje hacia la desilusión que había clausurado la posibilidad de que él se arriesgase alguna vez con el amor. Su madre amaba a su padre. La pequeña y preciosa rosa

inglesa de cabellos rubios se había enamorado del italiano moreno, alto y guapo, y ese amor había permanecido a lo largo de los años, brillando en sus ojos cada vez que se pronunciaba su nombre. Su madre había perdido el corazón por un hombre que había resultado ser un bastardo, y nunca se había recuperado. Por eso, y porque jamás le había hablado mal de él, tomó la decisión, contando solo trece años, de tomar un tren e ir a ver a su padre. La necesidad de saber por qué había sido arrolladora.

Averiguar dónde vivía Vincenzo García fue fácil: forzó la cerradura de uno de los cajones del estudio de su madre y en el fondo, bajo un montón de papeles, encontró los documentos del divorcio y la dirección de su padre. ¿Seguiría estando allí?

Ni siquiera se lo planteó, y un día, cuando debería estar en el colegio, se plantó ante la puerta de su padre. Allí se encontró con un hermanastro un par de años mayor que él que estaba estudiando para los exámenes y que apenas apartó la mirada de los libros, y un padre que lo recibió con una frialdad sobrecogedora:

–¿No te lo ha dicho tu madre? –le preguntó con malicia–. Sigue haciéndose la santa, ¿no? Seca y estirada, como sois los ingleses, ¿eh? ¿Cómo iba a poder estar yo con una mujer fría como el hielo?

Y la conversación terminó así.

¿Por qué habría ido a verlo?, era la pregunta que se había hecho mil veces a lo largo de los años. Quizás porque cargaba con el peso de la culpa que podía suponer que él, siendo poco más que un bebé, fuera el responsable de su separación. O porque quería averiguar si, después de todos aquellos años, seguía habiendo un lazo paternofilial que se pudiera explorar.

Cuando volvió a su casa, se encontró con su angustiada madre, pero no le reveló lo que había hecho. Unos años más tarde, emergió la verdad de la economía de su familia de dos. Su padre se había casado por dinero y habría traicionado a su esposa del peor modo posible, con lo que para Gabriel el amor quedó reducido para siempre al dolor. El amor, el matrimonio y los cuentos de final feliz eran para otros, no para él, que jamás se permitiría ser tan vulnerable como para que otra persona pudiera hacerle daño.

Jennifer quedó atrapada en aquel silencio mientras le veía desaparecer en un lugar al que ella no podía seguirle.

–Vale –dijo cuando el silencio le puso la carne de gallina–. Está bien. Nada de sentar la cabeza –se encogió de hombros–, pero yo no pienso participar en el engaño, Gabriel. Siento no serte de ayuda, pero no sería capaz de hacerle eso a tu madre.

No añadió que, en cierto modo, sería como estar traicionando sus propios principios, sus propios sueños, fingiendo vivir un amor que no sería real.

Por un momento se preguntó si la estaba escuchando o si seguía en aquel lugar al que parecía haberse retirado, un lugar cuya existencia ella desconocía por completo y que la intrigó sobremanera por el hecho de que a ella no le permitía entrar. Lo sabía todo de él. Ella era la mujer más especial de su vida precisamente porque lo conocía más profundamente que cualquier otra mujer con la que hubiera salido y que apenas dejaba rastro en su vida. En sentido platónico, era su alma gemela. ¿O no lo era?

–Debería volver –dijo de pronto.

–¿Por qué?

–Porque tengo un montón de cosas que hacer.

–Interesante. ¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, recuperarme de mi cita con Hal –dijo con una sonrisa destinada a alejarse de aquel lugar extraño en el que se encontraba, un lugar en el que su relación con Gabriel había adquirido una dimensión confusa.

–Sí, entiendo que ha debido ser una experiencia inquietante, pero ¿no me dijiste que era uno de los tíos más listos que has conocido?

Jennifer se rio con una sonora carcajada y ambos se levantaron de la mesa. Gabriel hizo un gesto a un camarero que pasaba y pagó la cuenta con el móvil sin molestarse en mirar el importe.

Desde luego, era un hombre absurdamente sexy, pensó. Alto, moreno y guapo a rabiar. No le extrañaba que las mujeres se le echaran encima. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que su madre se iba a tragar el cuento de que estaban juntos?

–Por eso no habría podido funcionar –murmuró cuando iban de camino al coche.

–¿Seguimos hablando del cavernícola?

Jennifer esperó a que ambos estuvieran sentados en el coche para contestar.

–Fíjate en la clase de mujeres con las que sueles salir, Gabriel.

–Buena cintura la tuya, sí, señor. A ver a dónde quieres ir a parar con esto.

–Lo que quiero decir es que tú sales siempre con rubias pequeñas que te miran obnubiladas como si fueras el mejor invento después de la barra de pan.

–Ahora sí que me ha dolido –repuso arrancando el coche–. ¿Es que tú no piensas que yo sea el mejor invento después de la barra de pan?

–Y tu madre no se habría tragado ni en un millón de años que de pronto nosotros dos... ¿qué? ¿Que hemos descubierto de repente que estamos hechos el uno para el otro? –continuó como si no hubiera dicho nada.

–¿Y por qué no? La gente cree lo que quiere creer. Y, sinceramente, en muchos aspectos, estamos hechos el uno para el otro.

«Excepto en esos pequeños detalles tuyos que desconozco por completo y que acabo de intuir. Y excepto por el hecho de que yo creo en el amor y el matrimonio, y tú no».

–No puedo decir que a mi madre le hayan gustado mis novias –continuó.

–Eso es porque no les dedicas más de cinco minutos antes de aburrirte y pasar al siguiente modelo, así que la pobre no ha tenido ocasión de conocer a fondo a ninguna de ellas. Por cierto, ¿dónde vamos? ¿Me llevas a casa?

–Vamos a la mía. Te he comprado un regalo.

–¿Estará levantada tu madre?

–No lo creo.

–¿Qué regalo? Ya me lo darás en otro momento. ¿Cuántos días te vas a quedar?

–Lo suficiente. Podría dártelo en otro momento, sí, pero quiero tener más tiempo para intentar convencerte de mi punto de vista y que te sumes al plan.

–Eso nunca va a pasar, Gabriel.

–Odio la palabra «nunca». Y hablando de tipos, ¿por qué piensas que solo puede gustarme un tipo específico de mujer?

–No recuerdo haberte visto con ninguna mujer que no haya sido menuda, rubia y adorable.

Jennifer se dio cuenta de que, a pesar de su larga amistad, una amistad tan intensa, llena de risas, acalorados debates y discusiones a cara de perro, a pesar de todo ello, aquella era la primera vez que abordaban un tema del que ambos se habían mantenido alejados. Nunca habían hablado en profundidad de su respectiva vida amorosa.

–Me gustan las mujeres que añadan calma a mi vida –explicó Gabriel–. En ese sentido no soy diferente a muchos otros que tienen trabajos en los que soportan mucha presión y no pueden enfrentarse a más tensiones en el ámbito doméstico.

–No entiendo por qué tienes que adoptar un punto de vista tan polarizado. ¿Por qué lo opuesto a una muñeca de plástico sin pretensiones tiene que ser una bruja montada en una escoba? Me desilusionas. ¿Y qué hay de alguien que te desafíe intelectualmente?

–Ya me enfrento a desafíos intelectuales a diario. Además, para una mujer que me desafíe intelectualmente, ya te tengo a ti.

–Esa es otra razón más por la que tu madre se partiría de risa si nos sacáramos de la manga la ficción que me has propuesto. Ella sabe de sobra que te gustan las mujeres dóciles, y tú y yo discutimos todo el tiempo.

–No todo el tiempo, y yo no lo llamaría discutir.

–Tú siempre tienes algo que decir sobre los hombres con los que salgo, y no suele ser halagador.

Pero tenía que reconocer que no eran discusiones. En realidad, él le tomaba el pelo lo mismo que ella a él, y siempre de un modo superficial. Hasta aquel momento.

Estaban llegando a casa de Gabriel, que era un caserón enorme entre hectáreas de colinas desde la que había una vista espectacular

del Paque Nacional de South Downs, cuya elegancia y tamaño nunca dejaban de sorprenderla cada vez que se acercaban por aquel camino bordeado de robles gigantes.

A la luz menguante de la tarde de verano, la mansión georgiana resultaba impresionante con su piedra color miel y sus muchas ventanas de guillotina. Los muros orientados al sur servían de celosía para que trepase la hiedra, y se accedía al interior por debajo de unos arcos porticados donde podías dejar las botas de agua y los paraguas en los días de lluvia y frío. A espaldas de la casa se extendía el jardín formal, un huerto y varios establos que en la actualidad estaban sin uso.

Tomó la curva que daba acceso a la puerta principal y detuvo el coche justo al lado de la fuente.

–Gabriel, ¿cómo voy a volver a mi casa? Podría ir andando, claro, pero...

Jennifer compartía un pequeño chalé de tres dormitorios a las afueras. Era su casa familiar, y aún vivía allí con su madre mientras ahorra para dar la entrada a una casa propia.

–No entiendo por qué no me dejas comprarte una casa, Jen.

Aquel tema era la manzana de la discordia entre ellos.

–Ya sabes por qué.

–Y tú conoces el dicho de que el orgullo precede a la caída, ¿no? –respondió, y antes de que ella llegara a moverse, ya había bajado del coche y le estaba abriendo la puerta–. Hay otro modo de enfocar lo que hemos hablado en el restaurante –dijo en voz baja y tan cerca de ella que tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

Olía bien, y su casa familiar, dibujada contra el paisaje abierto como una impresionante matriarca, le hacía de telón de fondo, haciéndole parecer el señor del castillo. Tuvo que parpadear varias veces para deshacerse de la sensación de que lo estaba viendo por primera vez.

–¿Ah, sí?

–Sí. –Echaron a andar hacia la casa mientras Gabriel rebuscaba la llave en el bolsillo–. Podrías considerarlo un trabajo.

Jennifer se paró en seco.

–¿Un trabajo? ¿Un trabajo para las vacaciones escolares, como si fueras un alumno torpe que necesitara una tutora durante el verano?

–Voy a pasar por alto el sarcasmo. Puedes describirlo como quieras, Jen, pero piénsalo un momento. Por hacer algo durante un par de meses que sé positivamente que ayudaría a mi madre a salir del pozo que la está consumiendo, recibirías una compensación económica. Sería como un trabajo muy bien pagado. Podrías comprarte la casa para la que llevas ahorrando los últimos cincuenta años.

–¡Un enfoque diferente, vive Dios!

–¡Jennifer, ya vale! –estalló, y sus iris negros se enfrentaron a los azules de ella. Jennifer se estremeció. No había nada divertido ni despreocupado o indulgente en la expresión enfadada y frustrada de sus ojos–. No me estás escuchando. Te has empeñado en considerar la moralidad del asunto, pero créeme si te digo que no se me ocurre otra solución para ayudar a mi madre. Cuando el otro día se me echó a llorar por teléfono, era la primera vez que la oía llorar.

–Gabriel...

–¡No! Escúchame callada un momento, por favor, porque esto es más gordo de lo que piensas. –Se pasó las manos por el pelo–. Después de esa llamada de mi madre, llamé a su médico y me dijo que el estrés, en este punto de la recuperación, es el elemento que puede precipitarla en la dirección equivocada.

–¿Precipitarla?

–Otro ataque más fuerte, del que quizás nunca se recupere, de modo que sí, soy consciente de que te he lanzado una bola curva difícil de devolver, pero necesito que de verdad lo pienses.

–Mentir siempre acaba complicándolo todo.

–¿Es que tienes experiencia en esta clase de cosas?

–No, pero...

–Exacto. No la tienes. Tú eres profesora, y para ti la frontera entre lo que consideras que está bien y lo que está mal es muy clara, pero hay veces que las aguas no son tan claras.

Jennifer dio media vuelta y caminó hacia la puerta, pensativa y confusa. ¿Tan inflexible era? Le gustaba pensar que era liberal y abierta, pero Gabriel la hacía parecer rígida e inflexible. En realidad, ¿cómo podía comprender él lo que sentía por dentro, o hasta qué punto estaba enraizada en ella la idea del amor puro? Para él, lo que le proponía era algo que una amiga que, además, quería a su madre, haría sin dudar. ¿De verdad sería ella como él la estaba viendo, incapaz de doblarse con el viento, tan decidida a perseguir su ideal que su visión estaba empañada? ¿Habría sido su amistad de tantos años superficial, o es que aquella nueva dimensión que acababan de introducir los había descolocado? Se trataba de una dimensión personal, no entre amigos, sino entre un hombre y una mujer.

El corazón le latió más deprisa, pero sus pensamientos seguían enfangados.

—A mi madre le encantaría —continuó Gabriel mientras introducía la llave en la cerradura—. La haría muy feliz saber que tú y yo estamos explorando la idea de comprometernos en una relación seria.

Y justo cuando ella iba a hacerle la pregunta más obvia —qué pasaría cuando averiguara que todo era una farsa—, la puerta se abrió y tras ella apareció Francesca García. Sus facciones aristocráticas parecían cansadas y demacradas, pero seguía siendo increíblemente hermosa, y sonreía de oreja a oreja.

—¡Por supuesto que sí!

Jennifer la miró boquiabierta, intentando asimilar lo que Francesca acababa de decir, acongojada por su significado.

Francesca García era una mujer delgada y grácil. Su cabello, antes rubio, ahora tenía hebras de plata y lo llevaba recogido en un moño en la nuca. Sus ojos eran verdes y tenía el acento cortante de las clases altas de Inglaterra. Todo en ella era delicado y elegante, desde la vuelta de perlas que nunca abandonaba su cuello hasta el discreto Cartier que siempre llevaba en la muñeca.

—Queridos, estaba mirando por la ventana cuando habéis llegado con el coche y venía a abriros la puerta. ¡Pasa, pasa, Jennifer, querida!

Sus ojos brillaban de alegría y Jennifer empezó a sentirse cada vez más angustiada. Notaba la presencia de Gabriel a su lado, y tenía fresca la urgencia de su voz al decirle lo feliz que harían a su madre si le decían que iban a sellar un compromiso. Su madre había oído algo distinto: había creído entender que su relación era ya un hecho consumado.

Los apremió para que entrasen y la impresionante puerta de madera se cerró a su espalda.

Como materializándose en el aire del vestíbulo, George, el mayordomo que dirigía al equipo de jardineros y de limpieza, les dedicó una sonrisa.

–¿Puedo ofrecerle algo de beber, señor? ¿Señora Carlton?

Francesca sonrió y puso una mano en su antebrazo.

–George, no es horas para que ande usted levantado ofreciendo bebidas. Váyase a dormir y deje que yo me ocupe de estos dos tesoros.

–Yo... no tenía pensado quedarme, Francesca –dijo Jennifer, que aún no había sido capaz de mirar a Gabriel. Quizás lograse evitar el impacto de la bala yéndose cuanto antes, pero no tuvo tanta fortuna porque Francesca los empujaba hacia el salón pequeño.

–¡Queridos, no me puedo creer que vayáis a comprometeros! ¡Y tú, Gabriel! ¿Cómo has podido ser tan malo guardando una noticia tan maravillosa como esta en secreto? No sé cómo expresaros la alegría que me habéis dado. Jennifer, tesoro, supongo que Gabriel te habrá contado... –Los ojos se le llenaron de lágrimas–. Ha sido muy duro. He pasado mucho miedo. A veces he llegado a preguntarme qué sentido tenía todo, a sentir que mi vida había terminado. He vivido muchas cosas, buenas y malas, tristes y alegres, pero no podía desprenderme de la sensación de que no tenía nada importante que incluir en el resumen. Pero ahora... ¡es que no puedo creérmelo! ¿Cuándo? ¿Cómo? Siempre he sabido que un día acabaríais viendo la luz y terminaríais juntos.

Jennifer miró por fin a Gabriel, que le devolvió la mirada con intensidad y la cabeza ladeada. Sabía lo que estaba pensando. Ella había sido tan vehemente negando su disposición a participar en

una farsa que animase a su madre que, en aquel momento, había decidido dejar que fuera ella quien lo negase todo.

Abrió la boca para hablar justo cuando Francesca tomó sus manos en las suyas.

–Es tarde y estaréis cansados. Ya hablaremos de todo mañana por la mañana. Jennifer, por favor, quédate a dormir aquí. Mañana podemos levantarnos pronto y dar un paseo por la rosaleda. Sé lo mucho que te gustan las rosas. Ay, Dios mío, ¡no puedo ser más feliz!

–Tengo que volver a casa, Francesca. Ya sabes cómo es mi madre, y me está esperando.

–¿Lo sabe ya?

Jennifer miró a Gabriel, que le devolvió la mirada divertido.

–¿El qué?

–¡Que pensáis comprometeros por fin!

–Es que no... no hemos... –Su voz sonó débil–. Hay mucho en lo que pensar. Quiero decir que...

Sintió el brazo de Gabriel sobre los hombros y se quedó muda. Todos sus pensamientos que brincaban como locos se desvanecieron porque el peso de su brazo le resultaba tan íntimo que la estaba llevando a un lugar en el que no había estado antes.

–Es un paso muy grande, mamá –dijo él–, y por supuesto es algo que no hemos hablado con nadie.

Francesca hizo como que corría una cremallera sobre los labios, pero seguía sonriendo como el gato que vio al ratón.

–Entendido. Me voy a la cama, tesoros, pero no os imagináis lo feliz que me habéis hecho –dijo, y los abrazó a los dos al mismo tiempo–. He estado en un lugar oscuro, pero ahora veo la luz. Cuánto os quiero a los dos...

Capítulo 3

Antes de que digas una sola palabra... –fue Gabriel quien rompió el silencio–... quiero decir que la vida está llena de giros inesperados, y este ha sido uno de ellos. No lo he visto venir. ¿Quieres tomar algo? Vamos a la cocina.

–¿Giros inesperados? ¿Tomar algo? ¿La cocina? ¡Gabriel, esto es una pesadilla!

Jennifer lo miró angustiada. En el espacio de media hora, la vida tal y como la conocía se había puesto cabeza abajo. Él, sin embargo, estaba apoyado contra la pared, fresco como una lechuga, y si bien no tarareaba una cancioncilla alegre, tampoco parecía que el cielo se le hubiera caído sobre la cabeza.

Y es que, en realidad, para él el cielo seguía estado en su sitio. Había ido a buscarla con la misión de convencerla para que accediera a su descabellado plan de fingir que tenían una relación, y ahora, a pesar de que ella se había negado en redondo a hacer tal cosa, seguro que pensaba que el destino había intervenido en el momento oportuno para echarle una mano. Al final iba a necesitar esa copa.

–Gabriel, vas a hacer el favor de aclarar este malentendido –le dijo mientras lo seguía a la cocina–. Lo digo en serio. Sé que no ha sido adrede que tu madre nos oyese hablar y sacase sus conclusiones, pero este lío lo has creado tú, y tú lo vas a deshacer.

–Tú también podrías haber dicho algo. ¿Por qué no lo has hecho?

–Esa no es la cuestión.

–No lo has hecho porque te has dado cuenta de lo feliz que estaba mi madre, de hasta qué punto la alegría había vuelto a ella, y no has sido capaz de romperle el corazón. Nadie quiere ser el portador de

malas noticias, pero, después de haberte pasado una hora diciéndome que bajo ningún concepto ibas a decir una mentirijilla por el bienestar mental y físico de mi madre, has tenido la oportunidad perfecta para sacarla de su error y no lo has hecho.

–¿Una mentirijilla, dices?

–¿Qué quieres tomar: café, té, vino, algún licor?

–Es tarde.

–No tanto.

Estaban en la cocina. Era un espacio maravilloso, enorme, con suelos de piedra y una impresionante cocina de hierro fundido con cuatro hornos en color verde trébol. Gabriel se había asegurado de que la mansión fuera actualizándose sin reparar en gastos. La madera en tonos claros y el mármol había ido sustituyendo gradualmente a las baldosas ajadas y a la madera envejecida. El papel pintado añoso de las paredes se había sustituido por una paleta de colores arena y suaves sombras pastel. Los cuadros que llevaban décadas en la familia habían permanecido, pero, junto a ellos, una colección de obras de arte contemporáneas había ido creciendo poco a poco. Solo la cocina seguía como siempre porque Francesca se había negado a que fuera modernizada.

Una isla central dominaba el espacio. En un lado, una sólida mesa de roble ocupaba casi el ancho de la estancia. A ella se había sentado alguna vez de niña a hacer los deberes, con Gabriel a su lado y su madre limpiando en alguna habitación de la mansión. Más allá de la mesa, un invernadero de cristal ofrecía una vista preciosa de las hectáreas de la finca y el castillo que había al fondo.

–Vale. Un vino, por favor.

Fue a sentarse en el sofá a cuadros del invernadero y pensó en lo que Gabriel le había dicho. Sí, podía haberle dicho ella a Francesca que era un malentendido y que no había compromiso ninguno. ¿Gabriel y ella... comprometidos? Podría haberle dado un ataque de risa, pero Gabriel tenía razón. No lo había hecho porque había visto la felicidad que a Francesca le salía por los ojos, y de pronto había recordado lo frágil y triste que había estado durante la recuperación. De hecho, se había convencido de que estaba bien porque era lo que el médico le había dicho sobre su estado de salud, pero no se

había parado a pensar en su estado mental, que, desde luego, no estaba tan bien.

Gabriel se sentó a su lado con dos copas de vino en la mano y le ofreció una.

–Ella intentaba disimular, hasta que no pudo seguir haciéndolo y salió todo en tromba –le explicó–. Ya has visto cómo ha cambiado después de oír nuestra conversación. Ahora es una mujer con un nuevo aliciente en su vida.

–Deberías habérmelo dicho y habríamos hablado de ello como dos amigos adultos, en lugar de saltártelo y buscar esta solución descabellada al problema.

–Siempre he sido de centrarme en las soluciones, porque dime: ¿qué habría salido en claro de tu conversación adulta entre amigos?

–Pues que necesita terapia.

–¿Terapia?

–No seas tan dinosaurio, Gabriel.

–Dime cómo un par de sesiones con un loquero iban a conseguir el objetivo.

–Se habría dado cuenta de que tiene razones objetivas para ser feliz, para sentirse agradecida de estar recuperándose así de bien. Habría visto que no tenía que esperar que el adicto al trabajo de su hijo encontrara a su alma gemela y sentase la cabeza para sentir que tiene un propósito en la vida.

Gabriel la miró pensativo.

–¿Es que no es un deseo natural para una madre que su único hijo tenga su propia familia? Tú también eres hija única. Seguro que tu madre tampoco puede esperar a verte casada con un hombre que no se parezca a los perdedores con los que has estado saliendo y despidiendo después porque no estaban a la altura.

–¡Ni se te ocurra darle la vuelta a la tortilla, Gabriel García, que esto no va sobre mí! ¡Y yo no salgo con perdedores!

De un trago apuró la mitad de la copa y a punto estuvo de ahogarse.

–Funcionará, Jen. Servirá para que mi madre salga de ese estado de melancolía y para que tenga una razón que la ayude a mirar hacia delante. Ningún terapeuta podrá hacer eso por muy buenas

que sean sus intenciones, y si no creer en todas esas tonterías hacen de mí un dinosaurio, que así sea. Mi madre, que yo sepa, es de mi misma opinión. No olvides a qué generación pertenece y la clase de mujer que ha sido siempre, orgullosa y reservada. No la veo yo abriendo el alma y llorando en el diván del terapeuta.

Dicho así, no le quedaba más remedio que estar de acuerdo con él. Francesca era, ciertamente, una mujer orgullosa y reservada.

—¿Y qué pasará cuando tu madre haya salido de la melancolía? ¿Le confesamos que todo ha sido una mentira y bien gorda?

—No me seas tan dramática. Con mucho cuidado le contaremos que hemos descubierto que somos mucho mejores amigos que amantes.

Jennifer sintió que el aire se le quedaba atascado en la garganta. ¿Amantes?

—Así, sin más, ¿no? —preguntó, y la voz le salió rara, entre el salto que acababa de dar su sistema nervioso y la desobediencia peligrosa de sus pensamientos.

—Pues sí, así.

—¿Cómo podéis ser tan simples los hombres?

—Creo que me confundes con el motero de esta noche. Yo te hablo en serio, Jen. A mi madre no le costará comprender que al final no hemos podido llevar nuestra amistad al siguiente nivel. También le hará darse cuenta de que el hecho de que yo considerase sentar la cabeza contigo es una indicación de que estoy en el buen camino y de que por fin me he dado cuenta de que ya es hora de pasar al siguiente capítulo en mi vida.

—Eres muy listo con las palabras, y no te lo digo como un cumplido.

—Pues yo me lo tomo como si lo fuera —sonrió—. Estará en un punto mucho más feliz —continuó, ya serio—. Eso es lo más importante. No quiero pensar que cada día que amanece traiga la posibilidad de que mi madre caiga en una depresión profunda de la que igual no puede volver, y sé que tú la quieres. Sé que tampoco querías que le ocurriera algo así.

—Siento que me estás arrastrando a hacer algo que va contra todos mis principios —protestó. Su posición parecía muy sencilla,

pero a ella se le había atascado en la garganta porque era ridiculizar la relación real que ella llevaba toda su vida deseando. Ciertamente era que Francesca había parecido más feliz que nunca. ¿No valía la pena todo el esfuerzo?

—Lo sé —respondió muy serio, y puso su mano sobre la de ella.

Gabriel sabía que la estaba poniendo en una situación muy difícil, pero seguro que Jen podía comprender que había ocasiones en las que era imperativo tener una visión más amplia y examinar la imagen completa. Aquella era una de esas ocasiones, en las que un pequeño sacrificio valía la pena por lo que se iba a conseguir.

—La vida no es blanco o negro, Jen. Confía en mí. Se trata de un pequeño engaño para nosotros que puede suponer una diferencia enorme para mi madre. Y ahora que lo pienso —continuó, frunciendo el ceño—, es posible que de verdad yo esté llegando a un punto en el que puedo considerar la posibilidad de sentar la cabeza. Puede que el deseo de mi madre de verme casado me haya hecho considerar en serio la posibilidad por primera vez.

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Tu aversión a tener una relación seria.

—No siento aversión a tener una relación seria, sino a lo que la mayoría de las mujeres esperan cuando inician una relación de ese tipo. Y me refiero a todo eso del amor incondicional y esas tonterías.

Sus conversaciones solían ser ligeras y en tono jocoso, y le sorprendió a sí mismo el tono serio de su propia voz. A pesar de los lazos fuertes de amistad que los unían, había ciertas líneas que nunca habían cruzado. No le gustaba hablar de sí mismo y de sus motivaciones. Llevaba las cicatrices de su infancia en silencio, y nunca las había compartido con nadie. Ni siquiera con Jennifer, porque hacerlo supondría exponer el lado vulnerable de su persona, y ser vulnerable era abrirse a la posibilidad de sentir dolor. Ya había visto lo que abrirse a otra persona y que esa persona abusara de la confianza que se depositaba en ella podía suponer. Conocía el dolor de la esperanza destruida cuando había ido a ver a su padre y se

había encontrado con un desconocido que no quería saber absolutamente nada de él.

Controlar la vida privada lo era todo, porque de ese modo te protegías del dolor.

El silencio se extendió entre ellos y Gabriel frunció el ceño.

–Me miras como si acabara de decirte que me van a salir alas y me voy a ir volando a la luna.

–Lo que pasa es que me sorprende que puedas ser tan cínico.

–¿Por qué?

–Porque...

–Mi padre nos abandonó cuando yo era un bebé –exploto de pronto ante la incredulidad de su expresión–. Dejó a mi madre destrozada por un matrimonio que ella creyó que iba a durar toda la vida. Se casó con ella por su dinero, y no estoy seguro de que se haya recuperado del todo de esa traición. Desde luego, en ningún momento intentó tener otra relación. No es un gran ejemplo del poder del amor. De lo que sí es buena enseñanza es de lo que hay que evitar en cuanto a confiar en otro ser humano.

–Tu padre... nunca te lo he preguntado y tú nunca me lo habías contado. No se mantuvo en contacto con vosotros, ¿verdad? ¿Cómo es que, en todos los años que hace que nos conocemos, nunca me has hablado de él?

–Porque no hay nada de lo que hablar. Desapareció sin mirar atrás.

Tenía razón. Nunca le había hablado de esa parte de su pasado, y hacerlo en aquel momento... negó con la cabeza y contuvo la tentación de seguir hablando.

–Sin embargo –continuó ella con suavidad–, el divorcio es algo que, tristemente, es muy común, pero no por ello hay que perder la fe en el amor y el matrimonio.

–Esta conversación es absurda. Mejor la dejamos.

Sabía que había sido muy cortante en su respuesta y que le había hecho daño, y se pasó las manos por el pelo, incómodo. Se había olvidado de la copa de vino y tomó un sorbo mirándola por encima del borde.

Llevaba la melena castaña e indómita sobre un hombro. Jen era una mujer muy atractiva. Bastaba con mirarla para saber que era inteligente, gentil e ingeniosa. Tenía una personalidad y un físico que podían resultar magnéticos, pero, con amistad o sin ella, no estaba dispuesto a empezar a buscar un hombro sobre el que llorar. Pero lo curioso es que sintió una reacción inesperada a algo que siempre había bloqueado, consciente o inconscientemente: su atractivo físico.

–Despierta tu curiosidad mi falta de fe en el amor –dijo–. Yo podría hacerte a ti la misma pregunta –sonrió para aligerar la atmósfera–. Eres un buen partido. ¿Por qué sigues soltera?

Estaba claro qué pretendía. Su tono se había vuelto más suave mientras intentaba alejarse de aguas turbulentas. Su respuesta le había dolido y mucho, pero también había despertado su curiosidad. En su voz había una especie de oscuridad que había despertado su interés, pero aquella curiosidad le parecía peligrosa. Él le parecía peligroso. Inquietante.

–Vaya, vaya... el Príncipe Encantador se muestra evasivo –respondió, siguiendo su estela relajada–. A lo mejor es que ha perdido a su legendario corcel.

Pero al César lo que es del César: ¿por qué seguía soltera? Era de agradecer que la calificara de buen partido, sabiendo que su definición de buen partido no era precisamente la de una morena muy alta que no tenía pelos en la lengua para discutir con él. Pero sabía que era atractiva. ¿Por qué entonces todos los tíos con los que salía acababan siendo una desilusión?

–Sin embargo –continuó–, eso no significa que sea como tú. Yo sí quiero sentar la cabeza, tener hijos y que mi madre sea abuela.

–Lo cual es perfecto.

–¿Cómo?

–Pues que tú y yo estamos en páginas distintas en cuanto a lo que esperamos de la vida. Sí, puede que exista la posibilidad de que yo siente la cabeza uno de estos días, y puede que más pronto que tarde, viendo lo que está pasando ahora, pero... y es un «pero» muy

gordo, pero si lo hago, será con una mujer que no quiera lo que no soy capaz de dar.

–¿Te refieres a amor y romance?

–Exacto.

–Será una chica con suerte, si es que existe, que yo creo que no. Si preguntas, todas las mujeres queremos el paquete completo: amor, romance y estrellitas en la mirada.

–Si hiciéramos una encuesta, creo que descubrirías que la promesa de dinero sin límites desbancaría todo lo demás.

–Qué cinismo el tuyo.

–Soy cínico, y por eso tú eres la única mujer que puede lograr que esta charada funcione, Jen. Nos entendemos perfectamente. Tú sabes quién soy y conoces mis limitaciones. Podrás fingir que eres mi prometida consciente de que es una ilusión, algo que servirá para levantar el ánimo de mi madre y darle una razón para vivir. Cuando se haya recuperado, estará lo bastante fuerte mentalmente para enfrentarse a nuestra ruptura y, como te he dicho, le bastará para mantener la noción de que estoy en el buen camino.

–Lo dices como si fuera tan fácil.

–Es que lo es.

Gabriel se inclinó hacia ella y Jennifer frunció el ceño, perdida en sus pensamientos. Con un solo dedo lo empujó por el pecho.

–No me estás dando espacio para pensar.

–Bien.

–¿Qué tienes pensado hacer si decidiéramos seguir adelante con esta locura tuya? Espera... ¿dijiste algo de unos viñedos?

–¡Estás abordo! –confirmó Gabriel con alivio y satisfacción.

–Yo...

–Bien. Estás haciendo lo correcto.

–Es que...

–Sí, te hablé de unos viñedos. En la Toscana, que está preciosa en esta época del año. El plan sería irnos allí los tres. Yo puedo echarle un vistazo al viñedo, mi madre disfrutaría de tiempo para relajarse y nosotros fingiríamos ser una pareja enamorada lejos de vecinos chismosos y amigos cotillas.

–Lo tienes todo pensado.

–Soy un defensor de la diligencia.

–¿Y dónde vamos a alojarnos mientras tú conoces el viñedo?

–El viñedo que me interesa está en las últimas, y tiene una casa solariega hecha una ruina que lleva una pareja de señores mayores. A su hijo no le interesa seguir con el negocio, y ellos no disponen de los fondos necesarios para que el negocio prospere. Al parecer tienen buenas uvas, pero la gestión es deficiente. Nos quedaremos allí mismo.

–Allí mismo... ¿por qué tengo la sensación de que esto va cada vez más deprisa?

–Admito que ha sido todo muy precipitado y no sé cómo darte las gracias por acceder a hacerlo conmigo. Significa mucho para mí. Ya hablaremos de cómo te muestro económicamente mi agradecimiento en su momento.

–No tienes por qué mostrarme tu agradecimiento económicamente

–contestó, un poco ausente.

Se estaba dejando arrastrar por la lógica de sus argumentos, que, increíblemente, parecía tener sentido. Francesca estaba en el séptimo cielo, y eso era bueno. Sí, en su momento se llevaría una buena desilusión, pero para entonces, como decía Gabriel, ya estaría lo bastante recuperada para enfrentarlo de la mejor manera posible y agarrarse al hecho de que su hijo pareciera decidido a renunciar a su estilo de vida de *playboy*. Nunca sabría que la relación que iba a empezar no sería por amor, pero ¿qué importancia tenía eso? ¿Quién podía decir que una boda acordada como una transacción no fuera a durar más que otra en que él y ella se creyeran enamorados?

¿Y qué pasaría con su amistad? Pues nada. Puede que incluso se volviera más profunda. Tenía razón cuando decía que sus sueños y esperanzas en cuanto a sus aspiraciones personales eran muy muy diferentes. Estaban condenados a ser dos personas cuya relación nunca avanzaría a nada más porque veían la vida de un modo distinto. Algún día los dos estarían felizmente casados con otras personas y se reirían de la aventura. Nada se iba a perder, y lo que iban a hacer sería fantástico para su madre, ya que todo el mundo sabía que el estrés podía dificultar muchísimo la recuperación. ¿Podría perdonarse que la salud de Francesca sufriera otro revés por

haberse negado a participar en el bienintencionado plan de su hijo, enraizado en el amor, el respeto y el deseo de hacerlo lo mejor posible por su madre?

Francesca había sido muy buena con su madre a lo largo de los años. No podía estar completamente segura, pero estaba convencida de que le prestó cierta suma de dinero años atrás con la que pudo mantener a raya a los acreedores que aporreaban la puerta cuando, durante la pandemia, no pudo pagar las letras del crédito de la casa.

¿No sería puro egoísmo negarse a participar en el juego?

–Dime qué estás pensando.

Con un parpadeo, Jennifer volvió al planeta tierra.

–Me estabas hablando de la casa en la que vamos a alojarnos.

–La casa es de una pareja mayor, chapada a la antigua. No podría ser mejor. Tendremos habitaciones separadas porque por nada del mundo querría herir la sensibilidad de nuestros anfitriones, que pensarán que el que una pareja comparta cama sin antes haber pasado por la iglesia es una ofensa punible. Hemos hablado unas cuantas veces y sé cómo funcionan en ese sentido, confía en mí. En cualquier caso, yo voy a pasar la mayor parte del día fuera, inspeccionando los viñedos –sonrió–. Haría lo que fuera por mi madre, pero, por el resto de la humanidad, tengo la cabeza firmemente atornillada sobre los hombros. Si no veo el modo de rentabilizar la compra, el trato se deshace.

–¿Cuánto tiempo llevas dándole vuelta a esto del viñedo?

–Empecé a considerar la posibilidad hace un año –confesó–, pero la idea empezó a echar raíces hace unos ocho meses, cuando localicé un viñedo en la Toscana. Para mi madre va a ser genial apartarla de lo cotidiano y exponerla a algo distinto. Un cambio de escenario.

Se miraron el uno al otro en silencio unos segundos y Jennifer sintió una especie de temblor recorrerle el cuerpo, una mezcla de trepidación y borboteo excitado ante la posibilidad inesperada que se abría ante ella.

–¿Cuándo sería el viaje? Yo no puedo dejarlo todo de pronto.

–¿Por qué no? Estás de vacaciones en el colegio. Tienes dos meses de no hacer nada.

–Está claro que no tienes ni idea de lo que es ser profesora – protestó, y él le dedicó una de esas sonrisas por las que las mujeres debían volverse locas.

–Sé que mañana no te tienes que levantar a las siete y media para irte a trabajar –replicó, casi ronroneando–. Sé que estoy a punto de recibir un sermón sobre todas tus responsabilidades, pero puedes llevarte los libros que necesites para preparar las clases mientras estemos en la Toscana, aunque me apuesto lo que quieras a que no lo vas a hacer. Mi madre y tú querréis ver la zona y explorar los pueblos mientras yo esté ocupado.

–¿Cuánto tiempo tienes pensado que nos quedemos allí?

–¿Cuánto tiempo corre el agua de una fuente?

–Eso no es una respuesta.

Gabriel se echó a reír.

–Me gusta que no te andes de puntillas conmigo –comentó–. Menos mal que mi ego no es frágil, que si no, hace mucho que sería un hombre roto.

–Muy gracioso, Gabriel.

–Si lo piensas –continuó, ladeando la cabeza–, mi madre debería haberse mostrado más escéptica en cuanto a nuestro supuesto amor, teniendo en cuenta la historia de las mujeres con las que he salido en el pasado, pero la verdad es que nunca les ha dedicado mucho tiempo a ninguna de ellas. Reconozco que me pareció ver que ocultaba una risilla cuando la última que traje intentó dar un paseo por los jardines de la casa en invierno y calzada con unas bailarinas de terciopelo, que pueden quedar muy bien en un salón, pero que no son nada prácticas en el barro. Supongo que siempre ha debido pensar que la mujer adecuada para mí debía ser más de tu estilo.

–¿Hay un cumplido escondido en lo que has dicho? –le preguntó con aspereza, y, cuando se miraron, la respiración se le cortó. ¡Dios, qué guapo era!

–¡Ya sabes que sí! –sonrió, levantándose–. Bueno, te llevo a casa. Tienes mucho en lo que pensar. Mañana podemos pulir los detalles.

–Aún no has respondido mi pregunta –dijo, levantándose y apartándose la melena de la cara–. ¿Cuánto tiempo vamos a estar

fuera? ¡Y no me hables de fuentes!

–Diez días máximo. Tengo mucho que hacer aquí y no puedo estar fuera ni un momento más. Al final de nuestra estancia, estoy seguro de que mi madre estará sana y feliz para poder volver a ser quien era antes de sus problemas de corazón.

Pero ¿de verdad había estado fuerte y sana antes de los problemas de corazón, o había visto él lo que quería ver porque ahondar en ello sería como abrir una lata de gusanos?

Miró por encima de un hombro a Jennifer, que lo seguía acalorada, y recordó lo que había dicho antes de que su madre habría querido que se casara con una mujer como ella. Desde luego era una mujer atractiva, muy atractiva, y muy inteligente. Sus opiniones eran firmes, y sin embargo tenía un modo de compartirlas que nunca aplastaba las opiniones de los demás. Sabía escuchar. Y era una mujer muy femenina, con esa melena suya rebelde, pecas en la cara y unos ojos muy azules y llenos de vida.

Siguió mirándola un momento más y de pronto apartó la mirada. Entendía por qué su madre quería creer que su mejor amiga podía pasar a ser su pareja, pero le pareció fundamental establecer límites entre ellos. Valoraba lo que tenía con ella y jamás lo pondría en peligro. Ambos sabían que eso no iba a ocurrir porque eran completamente distintos en el plano romántico, pero aun así... él estaba introduciendo un elemento nuevo en su amistad, y por muy de ficción que fuera, podía desdibujar las líneas y no quería correr el riesgo de que Jennifer pudiera empezar a pensar que podía ser otra cosa para él que no fuera su mejor amiga.

No iba a ocurrir, ¿verdad? Por un segundo, solo por uno, la consideró una mujer llena de pasión que lo mirara con deseo con esos ojazos suyos... ¡No! Imposible. Además, para ella el apetito sexual no residía en una caja que se podía abrir y cerrar a conveniencia. El apetito sexual, para ella, iba unido con el amor, el matrimonio y la permanencia.

Se detuvo antes de abrir la puerta que había cerrado poco antes y la miró.

–Me alegro de que hayas decidido hacerlo, Jen –dijo en voz baja–. No podría confiar en otra mujer para hacer algo así. Temería constantemente que, en algún momento, comenzase a tener... ideas, a creer que esto es una relación de verdad en lugar de una farsa por el bien de mi madre. Pero sé que, contigo...

–Ya lo has dicho, Gabriel. No hace falta que lo repitas. Sé por qué has acudido a mí con esto. Soy una apuesta segura. Podemos jugar a esto y después volver a la normalidad porque los dos conocemos las reglas del juego.

–Bien dicho.

–Supongo que tendremos que crear una historia verosímil. ¿Amigos un minuto, y otra cosa al siguiente? ¿Tú crees que cuela?

–Por supuesto. La amistad es una base más que razonable para una relación.

–Sí que lo es –murmuró Jennifer, y lo miró en silencio un instante.

Había puesto mucho cuidado en recordarle que todo aquello era una farsa, un juego en el que solo ella era adecuada para participar porque era la única que, conociendo las reglas, las obedecería. Sin involucrarse personalmente. Sin pensar que aquel engaño podía llegar a ser algo real. Y Gabriel se había sentido obligado a repetirlo una segunda vez por si... ¿por si lo olvidaba? ¿De verdad creía que no existía hembra que pudiera resistirse a él, si pasaba el tiempo suficiente en su presencia? ¿Cómo podía pensar así?

Jennifer se cruzó de brazos y lo miró enfadada.

–De verdad, Gabriel, eres el hombre más egocéntrico que he conocido en mi vida.

Casi le hizo gracia la cara de sorpresa que se le quedó.

–¿Qué? ¿Yo, egocéntrico? Pero si estoy dispuesto a acometer el acto más desprendido que se pueda imaginar solo por hacer feliz a mi madre. ¿Desde cuándo hacer eso es ser egoísta?

–No me refiero a eso.

–¿Entonces a qué?

–Al hecho de que te parezca necesario seguir advirtiéndome que tenga cuidado. ¿De verdad piensas que, después de tantos años de

amistad, voy a ser incapaz de resistirme cuando Gabriel García finja mostrar interés por mí durante cinco minutos? ¡Qué valor! ¿Es que se te ha olvidado que, en el plano romántico, no eres mi tipo?

–¿Es eso lo que he hecho?

–¡Exactamente eso! ¿Qué te hace pensar que soy yo la que necesita tanta advertencia?

–¿Qué quieres decir?

–Que a lo mejor soy yo quien debería advertirte a ti. Vas de tipo duro y desencantado, pero todo el mundo sabe que el amor se presenta por sorpresa. ¡Será mejor que tengas cuidado, Gabriel García *el Grande*, no te vayas a enamorar cuando no esté mirando!

–Eso no va a ocurrir.

–Bien. Entonces no es necesario que vuelvas a advertirme que no me haga ilusiones, y yo me contendré para no hacer lo mismo. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Le ofreció la mano y ella la estrechó.

–Cuando esto termine, todo volverá a ser igual entre nosotros – dijo Gabriel–. Tienes mi palabra.

Capítulo 4

Las lluvias de verano que los hombres del tiempo habían estado anunciando con entusiasmo en la última semana llegaron con fuerza el día que salían para la Toscana.

–Los agricultores rogaban por que cayera agua –anunciaron en televisión–. Pues sus deseos se van a cumplir con creces.

–Tengo demasiadas cosas en la cabeza para preocuparme por un chaparrón –comentó con entusiasmo infantil Francesca, que era una gran aficionada a la jardinería, cuando se sentaron a cenar la noche anterior–. George se ocupará del jardín durante unos días.

Mientras esperaba en el recibidor a que bajasen Gabriel y Francesca, Jennifer contempló con cierto desasosiego los diez días que iban a pasar en un viñedo con unos desconocidos.

A su madre le había dicho que se iba a Italia con Gabriel y Francesca, no de vacaciones como tal, sino porque, estando de vacaciones estivales, Gabriel había pensado que la compañía le iría bien a su madre.

–Él va a estar trabajando –le explicó, intentando ceñirse a la verdad y sortear el campo de minas sin percances–, y yo voy a estar haciéndole compañía a Francesca. Ya sabes que ha andado muy alicaída últimamente, y un cambio de escenario le irá bien.

Como era de esperar, a su madre le había sorprendido un plan tan inesperado, pero no había podido decir una palabra porque Jennifer se había dedicado a glosar las bondades de Gabriel como hijo maravilloso que, sabiendo que su madre siempre había querido ir a Italia, había pensado en llevarla y en pedirle a ella que la acompañara para que no se sintiera sola.

Gabriel y ella habían acordado que Francesca debía guardar el secreto y no decir una palabra a nadie sobre su futuro compromiso. Ya se ocuparía él de explicarle por qué.

Oyó pisadas en la escalera y los vio bajar, Gabriel delante con las maletas de Francesca. Dos Louis Vuitton, una para trajes y otra maleta con ruedas.

Gabriel se dio cuenta inmediatamente de que Jennifer estaba nerviosa. Demasiados dientes a la vista en su sonrisa. La conocía muy bien.

Llevaba un pantalón largo fino en color caqui y una camiseta azul marino de manga corta que le llegaba hasta la cintura. Se había recogido el pelo en una coleta y si llevaba algo de maquillaje, era mínimo. Parecía mucho más joven de lo que era. Quizás fueran las pecas. No sabría decirlo. Siempre había parecido más joven. Incluso cuando tenía diecisiete años y era toda piernas y ganas de estar al aire libre, siempre con esa melena larga...

Había tenido un día y medio para cambiar de opinión y la, verdad, casi le había sorprendido que no lo hubiera hecho, porque sabía que le estaba pidiendo mucho. Había favores y favores. Pero al menos la había convencido de que admitiera una compensación económica. Por supuesto, había protestado y se había negado en redondo, pero al final había conseguido convencerla de que era lo mejor.

—No es ayudarte por ayudarte, Jen. Ya sabes que te he dicho un montón de veces que estoy dispuesto a darte o a prestarte el dinero que necesites para una casa, pero esto es distinto. Esta vez te estoy pidiendo que hagas algo por mí, y si te pago dejará de ser un favor y pasará a ser una transacción comercial. Mejor así.

Y allí estaban: de camino a Italia. Todo funcionando. Madre feliz, amiga más o menos feliz... y sus niveles de estrés cerca del cero.

Su madre había bajado el tramo final de escalera alegre como un grillo, ahora que ya había dejado de preocuparse por él y por los nietos que creía que no iba a tener.

Para cuando Gabriel llegó al vestíbulo, ya había habido abrazos, alegría y más abrazos, y Jennifer había conseguido sacar a su madre

de la casa y ponerla al cuidado del chófer de Gabriel, que la esperaba con un paraguas para que no se mojase hasta llegar al coche. Iban a viajar en el avión privado de Gabriel.

–¿Ya se lo has dicho? –le preguntó Jennifer en susurros, refugiada de la lluvia en el pórtico de entrada.

–¿Te refieres a que es ultrasecreto, y que no se le puede escapar ni una palabra? ¿Que hasta las paredes tienen oídos?

–No tiene gracia, Gabriel.

–No, no la tiene. Tampoco somos agentes secretos infiltrados intercambiando información. Podemos parecer dos personas normales teniendo una conversación, lo que resultaría muy convincente, en lugar de andarnos con susurros dramáticos. Relájate, que todo va a salir bien.

–Para ti es fácil decirlo –gruñó.

Los dos estaban aún junto a la puerta mientras el chófer ayudaba a Francesca a acomodarse en el coche.

–Te tomas la vida demasiado en serio. Siempre lo has hecho. Mira mi madre: se me ha quejado de que tengo demasiados coches. Hacía meses que no la oía quejarse de nada. Venga, cálmate, que todo va bien. He obedecido tus instrucciones como un buen chico y he obligado a mi madre a que me dé su palabra de honor de que va a guardar el secreto.

–Sé que estás siendo sarcástico, pero bien. No quiero que pueda parecer algo definitivo, sino temporal.

–No tan temporal.

–Lo suficiente para terminar dentro de unas semanas.

–¿Es que tienes dudas?

–No. Te dije que iría con esto hasta el final y no te voy a dejar en la estacada. Además, sería un poco tarde ya para borrarlo todo.

Gabriel asintió. Su madre sonreía feliz en el asiento trasero de su Range Rover, mirándolos tan contenta mientras ellos hablaban. Casi no podía recordar haberla visto tan feliz.

–Mi madre parece una mujer diferente –comentó, y se volvió a mirar a Jennifer. Sin pretenderlo, reparó en todos los detalles de su rostro que se le habían quedado grabados en la cabeza a lo largo de

los años: la suave curva de sus labios, el hoyuelo que se le marcaba en la mejilla, esas adorables pecas...

–Es cierto. No la había visto maquillada ni vestida como si de verdad le importase su aspecto desde hace...

–Desde hace mil años.

–Mil años –repitió.

Sus ojos se encontraron, azul brillante contra negro profundo.

–Estoy muy agradecido por que estés haciendo todo esto por mi, Jen. Sé que ya te lo he dicho antes, pero es que no me parece suficiente. Con ver a mi madre hoy me ha bastado para darme cuenta de que...

Se pasó las manos por el pelo y frunció el ceño.

–¿De qué?

–De que he estado pensando en las musarañas, y no solo en las últimas semanas, sino en los últimos años. A mi madre le preocupaba que antepusiera el trabajo a todo lo demás, y que fuera saltando de una mujer a otra, pero nunca lo expresó con vehemencia. Era fácil no hacer caso a los pequeños comentarios que iba dejando aquí y allá.

–No, no lo hagas.

El conductor se les acercó rápidamente con el paraguas, que Gabriel le quitó de la mano, pero no se acercaron al coche. A pesar de la lluvia, la atmósfera era cálida y pegajosa, y no habían terminado la conversación.

–¿Qué es lo que no tengo que hacer?

–Pensar que preocuparse por ti tiene algo que ver con los problemas de salud de tu madre.

Jennifer le había leído el pensamiento. ¿Le gustaba que pudiera hacerlo? La verdad es que le hacía sentirse incómodo...

–Vamos. Echemos una carrera hasta el coche. Parece que la lluvia está aflojando. Menuda precisión los del tiempo.

–Siempre se equivocan. Cuando la previsión es de tormenta, preparo un pícnic.

Gabriel se echó a reír y Jennifer sintió el peso de su brazo sobre los hombros. Qué tensión. No esperaba un contacto físico entre ellos, pero claro, tendría que haberlo.

–¿Es posible que te hayas puesto tensa? –le preguntó en voz baja junto a la puerta del coche–. Deberíamos deshacernos de la tensión. No encaja con una pareja enamorada.

–No estoy tensa. De hecho, no podría estar más relajada –espetó, pero la sensación de tener su brazo sobre los hombros no se borró ni cuando llegaron al aeropuerto.

Nunca había estado en su avión particular. Como con tantas cosas en la vida de Gabriel, era otra muestra de riqueza que conocía, pero que nunca había experimentado en persona. Avión privado, un yate gigante amarrado en algún sitio, una enorme mansión en Chelsea, casas en varios países, coches a mansalva guardados en garajes de medio mundo. Sabía de sus posesiones y a menudo le tomaba el pelo por tanto juguetito como necesitaba, pero nunca había estado cerca de ninguno de sus caprichos de millonario, excepto de la casa de Chelsea, en la que había estado un par de veces con su madre y con la de Gabriel. De todos modos, no le había gustado demasiado. Demasiado grande, demasiado pulida, demasiado blanca, demasiado minimalista.

Cuando el coche los llevó hasta la pista y vio el *jet* negro y dorado que les aguardaba, sintió el golpe de saber quién era Gabriel García, aparte del amigo que conocía hacía años: un tiburón de los negocios, tan temido como respetado. Un millonario que podía cambiar la vida de las personas con tan solo chasquear los dedos. No era de extrañar que esas rubias frívolas se le pegaran como lapas, adorándolo, dispuestas a hacer lo que él quisiera. El dinero impresionaba. Los aviones privados, también. Pero ella no se iba a dejar impresionar.

Francesca había ido hablando de la volatilidad del tiempo inglés, y ella le había respondido mientras su pensamiento saltaba de acá para allá. El coche se detuvo junto al avión y descendieron, y se dio cuenta de que la pobre empezaba a flaquear. Demasiada excitación para un organismo aún en recuperación. Pero menuda diferencia

frente a la mujer que era unas semanas antes. Unas semanas, unos meses y unos años antes.

Francesca era una mujer alta y elegante, y la mala salud la había dejado muy delgada. Su cabello, antes rubio, ahora era gris, lo que le daba más edad, pero lo llevaba recogido en un moño y realzaba sus pómulos altos. Había color en sus mejillas. Llevaba un conjunto de pantalón y camisa de seda color crema que le quedaba fabuloso.

–Veo que estás agotada –comentó en cuanto entraron en el avión–. No sé si esto es demasiado.

–Estoy agotada, sí, pero no podría ser más feliz, querida.

Jennifer sonrió e intentó encontrar el modo de rebajar la felicidad de la mujer un par de puntos, no se fuera a quedar completamente atrapada en *la-la land*. No quería hacer daño a una persona a la que quería, pero una inyección de realidad de vez en cuando no estaría mal, ¿no?

–Bien, bien –dijo, acomodándose en el asiento de cuero–. A lo mejor te vendría bien echar una siesta. Nos espera un día largo.

–Es posible, pero los dos vais a estar ahí, y eso me va a mantener de buen humor.

–No hay que confiar en otras personas para mantenerse de buen humor –respondió sonriendo–. Al final, solo nos tenemos a nosotros mismos. Es la filosofía por la que yo intento vivir.

A Francesca se le cerraban los ojos y Jennifer se levantó para mirar a su alrededor por primera vez. Todo era de cuero, madera pulida y metal bruñido. Las butacas eran grandes, con reposapiés, y había un par de sofás; era un espacio compacto, lo suficiente para una docena de personas, y no se parecía en nada a ninguno de los aviones en los que ella había volado.

–No pretendo interrumpir la inspección –le dijo Gabriel inesperadamente al oído–, pero el piloto está esperando para despegar.

Jennifer se volvió sonrojada. Gabriel sonreía, y le indicó dos asientos detrás del de su madre, que se había quedado dormida.

–¿Quieres beber algo?

Jennifer vio a una chica rubia que les sonreía.

–¿Tienes azafata también?

–¿Quién me iba a servir el champán si no?

–Claro –respondió, acomodándose–. Tener que servirte tu propia bebida sería imperdonable. No me puedo creer que tengas todo esto.

–Ya sabías que tenía un avión privado. De hecho, en muchas conversaciones me has acusado de estar cargándome el planeta mientras yo intentaba convencerte de que, a veces, la rapidez es esencial.

–Sí, pero no me había parado a pensarlo. Era simplemente una más de tus posesiones. Es impresionante.

–¿Significa eso que por fin me encuentras impresionante?

«Yo siempre te he encontrado impresionante», fue el pensamiento que se le pasó por la cabeza.

–Por supuesto que no.

–Lástima. Durante los próximos días, tendrás que fingir que sí. Tengo la sensación de que sentirse impresionado por la persona de la que se supone que estás enamorado, al menos estando en modo luna de miel, es obligatorio. He oído la charleta, por cierto.

–¿Qué charleta?

Los motores se revolucionaron y el avión comenzó a moverse hacia la pista. En el exterior, un cielo oscuro y cargado había reemplazado a la lluvia.

–La que le has dado a mi madre sobre lo de no confiar en otras personas para ser feliz.

–Solo estaba diciendo lo que pienso. Además, es mejor ir dando pasos en la dirección correcta. Ahora que estamos aquí, empiezo a sentirme culpable de verdad por todo esto, así que, cuanto antes le pongamos punto final, mejor.

–Tenemos un acuerdo –dijo Gabriel arrastrando perezosamente las palabras, pero con un tono de acero–. El inevitable final requerirá un preludio. Piénsalo como un drama en tres actos: inicio, desarrollo y desenlace.

Jennifer lo miró con los ojos muy abiertos: volvía a tener delante al tiburón, el hombre que dirigía un imperio y que transitaba por la vida obteniendo siempre lo que quería. El hombre con puño de hierro en guante de terciopelo.

–Está bien –concedió–. Supongo que me pagas por eso.

Era la clase de cosa que nunca debería haber dicho, y menos a Gabriel, así que, roja como un tomate, murmuró una vaga disculpa.

–Ha sonado mucho peor de lo que pretendía –dijo, sonriendo tímidamente–. No sé cómo he podido ser tan mezquina y sarcástica.

–No se puede ser luz y alegría todo el tiempo.

–¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy luz y alegría todo el tiempo?

–No te hagas la ofendida, que no es un delito contra la humanidad.

Por supuesto que no, y estaba claro que no había pretendido ofenderla, pero ¿de verdad la consideraba así, unidimensional? ¿No creía que tuviera rincones ocultos, ni misterios, ni dudas o temores, ni deseos o lamentos? ¿Por qué le parecía que «alegre» era sinónimo de «aburrida»?

–¿Quieres contarme qué es lo que le has dicho exactamente a tu madre sobre nosotros? Supongo que ha tenido que preguntarte cómo ha surgido esta relación íntima, y por qué es tan importante que no trascienda nada. –¿La encontraba aburrida? Se reían mucho juntos, pero ¿lo consideraría una forma de negar la realidad?–. Creo que necesitamos coordinar nuestras historias para que no acabemos contradiciéndonos. Y, por cierto, que no soy luz y alegría todo el tiempo.

El silencio se alargó.

–¿De dónde ha salido eso?

Jennifer se encogió por dentro. ¿Qué le habría impulsado a decir algo así? Gabriel la miraba con los ojos muy abiertos y la cabeza ladeada.

–No importa.

–Pues yo diría que sí.

–¿Por qué?

–Porque, si se supone que vamos a pasar por una pareja enamorada, tendremos que saber más el uno del otro de lo que ya sabemos para que nuestra farsa resulte creíble.

A Gabriel no se le había ocurrido pensar que Jen podría sentirse ofendida por lo que acababa de decir. Le gustaba que fuese tan franca. Que fuese la única mujer en el planeta que nunca intentaba impresionarlo. También le gustaba que nunca andaba alicaída ni pagaba sus frustraciones con él. A lo largo de los años, rara vez cancelaba sus citas, y cuando él había tenido que hacerlo ella no le daba importancia. De modo que sí, era luz y alegría, pero también mucho más.

–Eres inteligente y divertida, Jen –añadió un poco incómodo–. Y lo sabes. Estoy seguro de que en algún momento también te lo he dicho.

–Cualquiera diría que decirlo ha sido como pisar carbones ardiendo –sonrió–. No quiero que te sientas incómodo, Gabriel.

–¿Y por qué me iba a sentir incómodo?

–Porque nunca sueles hablar de sentimientos.

–¿Y tú cómo lo sabes? No puedes saber qué clase de conversaciones tengo bajo las sábanas con las mujeres a la que hago el amor. Igual se me da de perlas.

Una quemazón se inició en el cuerpo de Jennifer. Una marea ardiente que le corrió por las venas hasta que las sienes empezaron a palparle y el pensamiento se le llenó de imágenes prohibidas.

Gabriel era la clase de hombre que nunca debería despertar interés sexual en ella, pero la incómoda verdad era que la respuesta de su cuerpo en aquel instante estaba diciendo precisamente lo contrario.

–Tienes razón, no lo sé –respondió, bajando la cabeza para que no pudiera ver que estaba roja como una remolacha–. Tampoco es que me interese.

–¿Quién está incómoda ahora? –bromeó.

–¡Esto no es lo que deberíamos estar haciendo! –protestó. El corazón le iba a mil, y tenía la extraña sensación de ir pisando arenas movedizas en dirección a un territorio inexplorado en su relación de amigos–. Deberíamos estar hablando de qué le vamos a

contar a tu madre para que nuestra historia esté sincronizada.
¿Podríamos ceñirnos a eso?

–Claro.

–Mientras tu madre siga dormida y antes de que aterricemos.

–Buena idea.

Pero en realidad él seguía mirándola divertido, y ella continuaba acalorada e incómoda.

–Dime qué le has dicho.

–No he entrado en detalles –admitió Gabriel, cambiando de postura–. Solo que, después de tantos años de amistad, hemos descubierto que teníamos una conexión romántica.

–¿Una conexión romántica? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Debajo de una piedra? ¿Detrás de un árbol?

–Me pareció que lo mejor era no dar detalles.

–Y seguramente lo fuera, pero me sorprende que a tu madre le bastara. ¿Y cuál fue su reacción a ese amor recién descubierto?

–Poca sorpresa y mucha alegría.

–¿Y qué más? ¿Le dijiste cuándo ocurrió el milagro?

–Pues lo mismo que te he dicho antes: me pareció que lo mejor era mantenerlo indefinido, especialmente teniendo en cuenta que la última vez que te vi estabas con un tío –sonrió–. ¿Has sabido algo del cavernícola rechazado?

–Voy a ignorar tu pregunta porque conoces la respuesta. Supongo que podemos decir que nos vimos hace un par de semanas, y que una cosa condujo a la otra.

–Podría valer –respondió, pensativo–. Una amistad profunda y duradera, una botella de vino condujo a otra cosa y... el resto, como dicen, es historia. ¿Dónde sugieres que tuvo lugar el descubrimiento?

–Pues en Londres.

–Una elección sorprendente, teniendo en cuenta que no te gusta perderte por la gran ciudad.

–Creo que esa no es la actitud propia de un hombre enamorado, ¿no te parece?

–Ah, es verdad. Vale.

–Y deja de parecer tan divertido todo el rato –añadió–. ¡Tienes que tomártelo en serio!

–Tienes razón. De acuerdo. Nos encontramos en Londres. Viniste a pasar el día para acompañarme a una función benéfica. Nos habíamos estado viendo con más frecuencia en los últimos meses, y de pronto me di cuenta de que quería conocerte de otro modo.

–Vale.

–Es una afortunada casualidad que no haya tenido ninguna relación en estos últimos meses –reflexionó.

–Muy afortunada y muy sorprendente –se mofó–. ¿Y a qué se debe el repentino voto de castidad?

–Igual empezaba a cansarme de tanta pareja itinerante –confesó con una mueca.

–¿Me quieres decir que te has saturado de tanta rubia mona colgándose de tu brazo como si fueras su salvavidas?

–Hay hombres que solo encuentran satisfacción con las rubias monas hasta que encuentran a la mujer adecuada –replicó–. ¡Fíjate si no en nosotros! ¿Quién lo iba a decir?

–Quién... y dices que le has advertido a tu madre que no se lo cuente a nadie.

Tan absorta iba en la conversación que no se dio cuenta de que el piloto les advertía que no tardarían en aterrizar y que debían abrocharse el cinturón de seguridad.

–He insistido en ello. Le dije que lo nuestro acababa de empezar y que era importante que no se supiera aún. Que cuantas menos personas estuvieran al tanto, mejor.

–Bien. No me imagino qué diría mi madre si se enterara de esto.

–¿Qué quieres decir?

–Que se quedaría de una pieza.

–¿Por qué? Dime que no tiene mala opinión de mí, al menos comparando con esos...

–¡No lo digas! –le cortó, y él sonrió plácidamente–. Lo que pasa es que yo creo que ella siempre te ha considerado «el chico que vive en la casa grande». Sé que nuestras madres se conocen desde hace mucho, lo mismo que nosotros, pero tienes que admitir que venimos de entornos muy muy diferentes.

–¿Y eso qué tiene que ver?

Su sorpresa era tal que Jennifer se relajó y el torbellino que había llevado por dentro perdió fuelle. Estar de nuevo en el espacio habitual que ocupaba con él era mucho más cómodo, y mucho más seguro.

–Es la primera vez que vuelo en este avión tuyo –comentó mirando en torno–. Sabía que lo tenías y que lo usabas cuando necesitabas ir rápido a algún sitio... igual que sé que tienes un pedazo de yate y que seguramente impresionarás con él a las mujeres a las que invitas, pero este es tu mundo, y yo solo soy una espectadora ocasional.

–No necesito sacarme un pedazo de yate de la manga para impresionar una mujer. De todos modos, no te sigo: ¿qué tiene que ver aquí el dinero? Además, no es la primera vez que te invito a viajar en mi avión. De hecho, habría sido un modo de transporte mucho más conveniente para las tres la última vez que fuisteis a Londres a ver el ballet.

–*El Cascanueces*. Fue increíble.

–¿Estoy fuera de juego porque tenga dinero? Hay una palabra para eso, ¿lo sabes? Esnobismo invertido. Bueno, son dos.

Jennifer lo miró frunciendo el ceño. El avión había comenzado el descenso. La ventanilla que quedaba a espaldas de Gabriel aún mostraba solo cielo y una extensión de tierra distante.

–No es cuestión de esnobismo. Es simplemente que las cosas son así. Yo soy una persona corriente, que lleva una vida ordinaria y que busca una pareja corriente. Mi madre siempre lo ha sabido, de modo que lo único que digo es que se quedaría de piedra si, de repente, tú y yo anunciásemos que tenemos una relación romántica.

–Mi madre casi ni pestañeó.

–Supongo que tiene que ver con las expectativas de cada cual. Puede que tu madre te haya visto en tantas relaciones inadecuadas que ha sido un alivio para ella pensar que has encontrado a alguien que a ella le gusta como pareja tuya. Tu madre me conoce y le caigo bien. Las expectativas no son las mismas.

–¿Nunca has deseado ser diferente a lo esperado, Jen? ¿Alcanzar algo diferente a lo que siempre se había dado por sentado que te

aguardaba en el futuro?

–No –sentenció–. Además, ¿quién dice que alcanzar algo distinto a lo que siempre he dado por hecho significa ponerme como objetivo un tío rico?

–*Touché*.

Durante apenas un segundo hubo una corriente eléctrica en sus miradas, en el silencio cargado de tensión. Gabriel fue el primero en romperla.

–Estamos aterrizando –dijo apartando la mirada–. No te preocupes, Jen. Todo terminará en un abrir y cerrar de ojos, y todo podrá volver a lo de antes. Simplemente estamos interpretando un papel y, antes de que te des cuenta, el acto primero y el segundo darán paso al acto final, que es el más fácil.

Capítulo 5

Gabriel lo había meditado todo hasta el último detalle. Había sentido miedo cuando tuvo que enfrentarse a la repentina e inesperada muestra de debilidad de su madre en el plano de la salud, siendo que su recuperación después de la intervención iba viento en popa.

Su madre era una mujer estoica por naturaleza, y verla venirse abajo le había afectado enormemente. ¿Desesperaba de él? ¿Temía llegar al final de sus días sin verlo con su propia familia? ¿Había perdido el sentido de la existencia?

Fue como si, de pronto, su mundo cómodo y bien ordenado perdiera el fondo, y la culpa lo atacó con saña. Contempló su forma de vida, su adicción al trabajo, a las relaciones que empezaban y terminaban sin dejar tan siquiera una arruga tras de sí. Cómo el trabajo le había impedido ir a verla con tanta frecuencia como le habría gustado durante su convalecencia. Siempre había pensado que hacía lo correcto: trabajar duro para restablecer y mantener la economía de la familia, asumiendo el papel de hombre responsable de la familia para compensar lo que su padre había perdido. Por lo tanto, saber que su dedicación a la ingente responsabilidad que llevaba sobre los hombros había sido una fuente creciente de estrés para su madre, había supuesto un golpe duro para él que de inmediato le había puesto en modo control de daños, encontrando la solución perfecta al problema.

Tenía que dar una serie de pasos que conducirían al resultado deseado. ¿Su madre quería verlo en una relación seria, lo necesitaba para poder tomar el camino a la recuperación? Sin problema. Él se la inventaría por ella. Ninguna de las personas de su famosa agenda

negra serviría, porque significaría abrir la puerta a posibles problemas. Solo la mujer con la que siempre había podido contar y, más importante aún, la mujer que sabía que encajaría a la perfección en el papel: Jennifer. Jennifer accedería porque se trataba tan solo de una pequeña ficción, y quería a su madre casi tanto como él.

No había salido todo tan bien como esperaba, pero al final se había salido con la suya, y el que hubiera logrado convencerla de que aceptase dinero a cambio de lo que iba a hacer había sido la guinda del pastel que trazaría una línea entre los hechos y la ficción, y haría de aquello un acuerdo comercial. Eso le gustaba. Además, llevaba tiempo queriendo ayudarla económicamente, y nunca había entendido por qué se negaba a aceptarlo. De verdad necesitaba encontrar una casa para ella sola.

El paso dos sería el viñedo. Lejos de miradas indiscretas, Jennifer y él podrían interpretar el papel de enamorados mientras su madre se beneficiaba del cambio de escenario. Comprar el viñedo llevaba tiempo en su punto de mira. Había desarrollado una buena relación con sus propietarios, Luisa y Roberto, una familia italiana tradicional que llevaban tiempo diciéndole que les gustaría conocer a su familia. Para ellos significaba mucho vender a alguien que mereciera su aprobación personal porque el dinero no lo era todo. Y había sido un golpe de suerte que fueran lo bastante tradicionales para que las disposiciones de alojamiento encajasen a la perfección con una relación de pega: habitaciones separadas.

Nada podía salir mal.

–Esto no es lo que yo esperaba –declaró tras recorrer la casita de invitados independiente que les habían destinado. Estaba lo bastante lejos de la casa principal para ofrecer privacidad, era rústica y encantadora, con unas preciosas alfombras antiguas y fotos del viñedo colgando de las paredes. Una vez terminó con la inspección se detuvo frente a Jennifer, que lo miraba acusadora con los brazos en jarras.

–Seguro que no –respondió con sarcasmo.

–La vida puede ser impredecible.

–¿En serio? Creía que precisamente a ti no te gustaba lo impredecible.

–Cómo me conoces. Eso me gusta. Vamos a sentarnos fuera. Podemos disfrutar del paisaje y charlar.

Jennifer respiró hondo, exasperada. Era cierto que Gabriel apenas había alzado una ceja cuando los muy tradicionales Luisa y Roberto les habían informado orgullosos que habían dispuesto una casita de invitados para los dos. Y siendo, según él, un matrimonio que jamás toleraría que una pareja cohabitase a menos que llevara la alianza en el dedo anular. Francesca se quedaría en la casa principal con ellos para que pudieran irse conociendo. Nadie tuvo nada que objetar.

–Creía que conocías lo suficiente a Luisa y a Roberto para estar seguro de que íbamos a disponer de habitaciones separadas. ¿No se suponía que tenían ideas muy estrictas sobre que una pareja no puede compartir cama hasta que no ha pasado por la vicaría?

–Y tenemos habitaciones separadas. De hecho, hay tres dormitorios y un despacho en esta casa. Supongo que debía usarla el director del viñedo hasta que se dejaron de necesitar sus servicios. Pobre hombre. Solo ha quedado el esqueleto de una plantilla reducida al mínimo, aunque estoy decidido a ofrecer los puestos disponibles a quienes los ocupaban antes, tal y como he acordado con Roberto. ¿Qué te apetece tomar? ¿Un té? ¿Un café? ¿Un coñac para el trago?

–Deberías haberlo imaginado.

–Aunque soy infalible, no siempre puedo predecir el futuro.

–Tomaré un café si hay –se rindió. Aquello no les conducía a ninguna parte, y no tenía sentido seguir buscando un culpable cuando la situación no se podía cambiar.

Y tenía razón: la casa tenía tres dormitorios. Sin embargo, había algo en la idea de compartir un espacio privado con él que le ponía los pelos de punta. Ya había empezado a notar cosas en él que le aceleraban un poco el corazón, pero sabía que era imperativo no ahondar en ello porque no significaba nada.

Gabriel empezó a abrir cajones, armarios y la nevera en la pequeña cocina.

–Me alegro de que nos hayan provisto con una buena selección de tintos. Deben de ser de antes de que la bodega viniera a menos. Deben ser buenos. Probé algunos cuando vine hace unos meses para saber dónde me estaba metiendo. ¿Seguro que no quieres una copa?

–Ya he tenido bastante para esta noche. Tenías razón en que son una pareja adorable. Y supongo que han sido... –miró a su alrededor a la casita, pequeña pero muy agradable–... considerados al imaginar que podíamos querer un poco de intimidad.

–Estoy de acuerdo.

–Me ha sorprendido que a tu madre le pareciera bien –admitió–. Me refiero al hecho de quedarse en la casa de unas personas a las que no conoce cuando no estaba en el plan original.

«Dios, qué guapo es», pensó mirándolo sin querer, con aquella ropa de diseñador que le confería una elegancia sencilla. Parecía pertenecer a aquel lugar inundado de sol, en plena naturaleza, y es que en realidad era su lugar, teniendo en cuenta que su padre era italiano. Ella era demasiado pequeña como para recordar qué aspecto tenía, pero, por lo poco que había escuchado a lo largo de los años, era alto, moreno y guapo.

Siguió divagando y no volvió a la tierra hasta que se dio cuenta de que lo tenía delante con una taza de café en la mano.

–Se ha dejado llevar –razonó.

–Sí, pero...

–Salgamos. Hace una noche maravillosa, y las vistas son preciosas. Podemos hablar un poco más sobre los detalles de este acuerdo. Tú puedes seguir planteando dudas y yo puedo seguir derribándolas todas.

No había bebido mucho en la deliciosa cena que Luisa les había preparado, pero llevaba una copa en la mano para salir a un grupo de sillas de madera colocadas para disfrutar de la extraordinaria vista de los viñedos. El cielo estaba ya negro como un terciopelo, las estrellas brillaban con fuerza y el rumor de la brisa entre las cepas resultaba balsámico.

—No estoy dudando —fue lo primero que dijo Jennifer cuando estuvieron acomodados el uno al lado del otro como la pareja que no eran—. Solo expresaba la sorpresa de que tu madre accediera tan feliz a quedarse en la casa principal estando nosotros en esta.

—Le sentará bien —respondió, pensativo—. Me he dado cuenta de lo mucho que se ha retraído de su círculo social en los últimos meses. Luisa y Roberto son unos anfitriones encantadores, y supongo que mi madre también lo ha percibido así. Imagino que parte de la personalidad que la depresión ha sepultado está empezando a resurgir. Ya sabes que era una mujer muy sociable. —Se volvió a mirar su perfil—. Dime que no lo lamentas.

—Por supuesto que no.

—Bien. Ahora que ya nos hemos ocupado de esa duda, pasemos a la siguiente.

—Deja de decir tonterías, que esto es serio, Gabriel.

Su conversación era relajada y de buen humor, pero, por debajo de ello, Jennifer seguía siendo extrañamente consciente de que su cuerpo se comportaba de un modo distinto, que respondía de un modo distinto, como si cada parte de ella estuviera siendo acariciada por algo suave e invisible.

El codo de Gabriel, apoyado en el brazo de la silla, casi rozaba el suyo. Estaba acostumbrada a su proximidad. ¡Se conocían de toda la vida! Y, sin embargo, aquel era un hombre desconocido, un hombre que estaba descubriendo en aquellos momentos, que despertaba cosas en ella que no debería despertar, y el único modo de combatir esos sentimientos tan peculiares era seguir quitándole hierro al asunto.

—Que compartamos casa es algo que no había previsto, pero creo que va a funcionar en nuestro beneficio.

—¿Ah, sí?

—Sí, Piénsalo. —Tomó un sorbo de vino mirando frente a sí, como ella—. Mientras estemos aquí, no habrá que fingir que somos pareja. Podemos volver a ser los amigos de toda la vida sin tener que andar esquivando la mirada de águila de mi madre.

—Ya...

—Así que hay un pero, ¿no?

–Es que tengo la sensación de que, cuanto más gente haya involucrada en esta charada, más complicada se va a volver.

Gabriel se giró a mirarla justo cuando ella lo miró a él. En la semioscuridad que proporcionaba la luz de la luna y la que provenía del interior de la casa, sus miradas se encontraron y se enredaron.

La boca se le quedó seca y sus pensamientos se embrollaron.

–Y cuanto más complicada se vuelva –continuó con una voz algo corta de aliento–, más difícil va a ser salir de la supuesta relación que tenemos.

–Estás dándole demasiadas vueltas, Jen. En primer lugar, no hay una fila de personas esperando a involucrarse en esto. Ni los amigos ni la familia lo saben, y así se va a quedar. Y también te estás adelantando a los acontecimientos. ¿Qué te hace pensar que va a ser difícil salir de esto?

–¿Y tú por qué piensas que va a ser fácil?

–Es un enfoque muy derrotista el tuyo.

–Para ser tan listo, a veces eres un poco obtuso, Gabriel.

–A veces teñirlo todo de gris confunde las cosas –replicó tan campante–. En este momento, creo que lo ideal es tomarse las cosas día a día. Hoy he visto a mi madre con una sonrisa en la cara y con una actitud positiva que no tenía hace una semana. –Dejó la copa en el suelo junto a la silla y se recostó en el respaldo con las manos entrelazadas bajo la cabeza–. Una vista espectacular, ¿no te parece? Especialmente por la noche. Evocadora.

–¿Lo vas a comprar?

–Eso creo.

–¿Por qué?

–Porque me encanta el vino tinto. ¿Por qué no tener un viñedo? Y porque puedo permitírmelo. Además, con la dirección adecuada y la inversión necesaria, tiene todas las garantías de poder ofrecer un beneficio sustancial.

–¿Nunca te apetece dar un paso atrás y relajarte un poco?

Cambió su silla de posición ligeramente para poder mirarlo de frente. El silencio que recibió su pregunta fue serio y pensativo.

–¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

–Bueno, para empezar, podrías pasar más tiempo con tu madre, y cuando esta situación termine y decidas de verdad tener pareja, tendrás que acostumbrarte a una vida de menos trabajo y más ponerte el delantal y fregar los platos.

Volvió a poner la silla como la tenía para poder contemplar de nuevo el cielo y la luna, las tierras con la silueta ondulante de las viñas y los árboles que se perdían en horizontes lejanos.

El silencio entre ambos era cómodo, relajado, pero no podía dejar de ser consciente de la proximidad de sus cuerpos, del sonido de su respiración, de lo largas que se veían sus piernas extendidas.

–No necesariamente –murmuró poco después–. Como te he dicho, el matrimonio para mí no tiene nada que ver con lo que tú esperas de él. Yo no ando buscando a mi alma gemela y sí, mi vida cambiará un poco si decido tener pareja estable. –Hizo una pausa–. Cuando decida tenerla. Ya no voy a ser más joven que ahora, y mi madre me ha abierto los ojos a un futuro que creía que me esperaba bastante más adelante, así que, cuando siente la cabeza, no será con alguien que espere que renuncie a mi trabajo para empezar a hacer bricolaje y cuidar del jardín.

Jennifer se rio.

–Siempre existe el término medio, ¿sabes?

–Háblame de eso.

–Sé que no te interesa. ¿Por qué iba a hacerlo?

–Porque no puedes resistirte si te hago una pregunta –se rio–. Demasiado tentador poder decirme lo en desacuerdo que estás conmigo y montar un argumento quearme.

–O soy la alegría de la huerta o alguien que no deja de darle a la cabeza. Pues no puedo ser las dos cosas.

–Conmigo eres ambas. ¿Cómo eras con los hombres con los que has salido? ¿Qué personalidad adoptabas?

Jennifer notó que cambiaba de postura y sintió su mirada como un láser taladrándole el perfil, pero no permitió que su cuerpo desobedeciera el mandato de su cabeza. Iba a ser la amiga de siempre. Iba a ignorar el cambio que misteriosamente se había obrado entre los dos, un cambio que seguramente solo había tenido lugar en su cabeza.

–Yo no adopto personalidades, no soy una psicópata. ¿Y tú? ¿Qué personalidad adoptas tú cuando estás con una de tus chicas?

–Creo que es justo decir que ni tú ni yo somos psicópatas, así que yo tampoco cambio de personalidad. ¿Te has dado cuenta de que, cuando hablas de las mujeres con las que salgo, el tono de tu voz cambia? ¿Por qué? Siempre noto cierto desprecio en tu tono.

Jennifer se sonrojó. Menos mal que estaban a oscuras.

–¿En serio? No me he dado cuenta. Puede que sea porque no termino de entender cómo un hombre inteligente como tú escoge salir con mujeres que no parecen plantearte un desafío en ningún sentido.

–Depende de la definición de la palabra «desafío» –bromeó–. De todos modos, soy siempre la misma persona con todo el mundo. Sincero, directo y encantador.

–Si tú lo dices... ¿saldrás mañana con Roberto a hacer lo que sea que tengas que hacer? ¿Visitaréis los viñedos para que pueda ponerte al día de su situación?

–Ya tengo una idea bastante definida de lo que ha venido pasando aquí en los últimos años, y por qué ha terminado como ha terminado. He hecho un buen trabajo de fondo. El conocimiento es poder, como dicen. Pero, sí, creo que es posible que los días sean como dices. Te quedarás con mi madre y Luisa. Os dejaré un chófer para que podáis moveros por los alrededores.

–Bien. Entonces nuestro juego empezará solo cuando vuelvas de tus aventuras diarias.

–Ese es el plan.

–¿Y a primera hora de la mañana? –Se le acababa de ocurrir que nunca se había despertado en el mismo sitio que él, a pesar de las muchas comidas y cenas con amigos y familia que habían compartido a lo largo de los años, a pesar de los debates y discusiones que habían tenido–. Quiero decir que... solo para conocer la rutina, ¿a qué hora sueles despertarte? ¿Y a qué hora te acuestas? –Se rio un poco nerviosa–. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y, sin embargo, es sorprendente que no sepa esos detalles sobre ti.

–¿Y por qué ibas a saberlos?

–Pues...

–Solo sabrías esos detalles si fueses mi amante y conocieras mis costumbres íntimas. –Se quedó callado unos segundos–. Pero, ahora que lo pienso, muy pocas personas conocen esos hábitos míos –añadió en un tono más ligero–. Mi secretaria, y a la fuerza, porque siempre estoy despierto cuando se comunica conmigo, sea la hora que sea del día o de la noche. Ella sí sabe que me acuesto tarde y me levanto al amanecer.

–¿Y qué hay de tus... amantes?

–No suelo pasar la noche con nadie. Me gusta más la cama despejada.

–¿Y cuando te has ido de vacaciones con alguna de ellas?

–Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que me fui de vacaciones con una mujer.

–Pero sé que has estado con algunas mujeres en casa de tu madre.

–Es curioso que estés pendiente de mis idas y venidas.

–¡No es eso! Es que... tu madre siempre me lo cuenta cuando has estado en su casa. Simplemente sale en la conversación... de vez en cuando.

Su comentario había dado en el blanco y se sintió acalorada. La verdad es que parecía saber mucho de su vida en todo momento.

–Siempre he respetado las reglas no escritas de mi madre y, cuando he llevado a alguien a su casa, hemos estado en habitaciones separadas.

–Qué piadoso. No sabía que fueras tan chapado a la antigua.

Gabriel sonrió.

–Aparte de eso, es que dormir en habitaciones separadas es mejor porque mis horarios pueden poner de los nervios a cualquiera. Me acuesto muy muy tarde porque siempre estoy liado con algo, y me levanto muy temprano para continuar donde lo dejé. Suelo hablar con personas de otros continentes mientras camino por la habitación, lo cual es desconcertante si son las cinco de la mañana y quieres dormir. Y en las ocasiones en que comparto cama con una mujer durante la noche, me levanto y me pongo en marcha antes de que ella haya abierto los ojos.

Jennifer se rio y se levantó de su silla.

–Así les dejas claro que no quieres que se hagan una idea equivocada, ¿no? Demasiados cafés en la cama por la mañana y empezarían a querer más de lo que tú estás dispuesto a ofrecer.

–Como ya he dicho antes, hay que ver qué bien me conoces.

Gabriel se quedó en su silla viendo cómo ella se alejaba. Cuando la puerta se cerró a su espalda, permaneció un rato más con la copa de vino hasta darle tiempo a ducharse y a meterse en la cama.

Era lógico que compartir casa la hubiera descentrado. Tenía razón en que no sabían nada de los hábitos personales del otro. ¿Era ella madrugadora? ¿Le gustaba acostarse tarde? A ese pensamiento le siguió otro, y otro más...

Tal y como le había dicho, procuraba no pasar la noche con ninguna mujer, o, al menos, en contadas ocasiones. Le gustaba tener su espacio personal y podía compartimentar sin dificultad su tiempo de soledad, su tiempo de trabajo y su tiempo de juegos. ¿Compartiría ella su espacio con el tío con el que estuviera saliendo en ese momento?

Jennifer era una mujer gregaria y abierta por naturaleza, mientras que él era tremendamente celoso de su intimidad. Y ahora iban a saber un poco más el uno del otro. No es que conocerse fuera una pendiente traicionera, pero, cuando entró en la casa y cerró con cuidado para irse a su dormitorio, no pudo evitar sentir cierta trepidación interior.

Gabriel escuchó un pequeño ruido y se despertó de inmediato. No estaba profundamente dormido, sino pensando en Jennifer, no de un modo analítico y consciente, sino de una forma distraída y vaga, con pensamientos yendo y viniendo. Algo en la atmósfera que los envolvía había cambiado. Se trataba de un cambio sutil, una especie de tensión eléctrica que le hacía sentirse alerta y acelerado. Había visto su expresión de horror cuando Luisa anunció triunfal que Francesca podía quedarse en la casa principal y que ellos tendrían la casita de invitados para los dos. De repente fue como si lo que había preparado a prueba de imprevistos saltara por los aires. ¿Cómo

podía haber ocurrido? Estaba tan convencido de que aquello iba a ser muy sencillo... Se había convencido de que lo de compartir casa era un contratiempo menor. Como le había dicho a Jennifer, lo bueno era que, mientras estuviesen allí, no tendrían por qué seguir actuando.

De nuevo volvió a escuchar el ruido. Se levantó y caminó descalzo a la puerta sin molestarse en encender la luz y con una toalla alrededor de las caderas por todo vestuario. Con cuidado de no hacer ruido, abrió la puerta de su habitación. No sabía qué esperar a las tres de la mañana. ¿Un intruso colándose en una casita de campo en mitad de ninguna parte?

La vio de inmediato. Estaba de espaldas a él, la puerta de la nevera abierta, buscando... ah, una botella de agua. Se había inclinado a cogerla, pero en aquel momento, con la botella en la mano, se irguió, quitó el tapón y bebió, la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

Respiró hondo y la contempló hipnotizado. La melena le caía a la espalda hasta la cintura y su cuerpo... la había visto con un millón de vestimentas, pero nunca con un pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes. En el pantalón había personajes de dibujos animados, y la camiseta era fina, blanca y ceñida. Estando de perfil, dibujaba limpiamente... Respiró hondo y siguió mirando.

De pronto notó una erección tan potente que le dolió. Jennifer no llevaba sujetador y sus senos generosos parecían pedir una caricia.

Estaba a punto de retirarse sin hacer ruido, cuando ella se giró, aún bebiendo. Cuando sus miradas se encontraron, bajó despacio la mano y se sonrojó.

—Es que... he oído un ruido —se disculpó. No quería mirarle los pechos, e hizo todo lo posible por no hacerlo, pero fue incapaz de fijar la vista en otro sitio. No pudo evitar reparar en cómo caían, llenos. Casi pudo ver sus pezones.

Jennifer deseó que la tierra se abriera y la tragara.

Cada centímetro de su cuerpo parecía estar expuesto, desde las piernas, de un modo más revelador que si llevara un bañador, a sus

pechos, que parecían querer salir de aquella mínima camiseta. Incluso el hecho de ir descalza parecía reforzar la idea de que estaba publicitando sus atributos femeninos a modo de invitación.

Gabriel nunca la había visto así, en un entorno como aquel, en una situación tan íntima. Siendo amigos, no deberían estarse viendo así, mortificada y tremendamente consciente de sí misma y de él, de un modo que le hacía querer encoger los pies. Aquel era el tío que la había visto llorar a moco tendido con una película, que la había hecho reír cuando estaba triste y que había escuchado el relato de sus preocupaciones cuando empezaba a dar clases.

Aquel tío era su amigo.

—¿Un ruido?

Fueron las dos únicas palabras que se sintió capaz de pronunciar mientras se lo bebía con la mirada. Solo llevaba una toalla alrededor de las caderas. Qué peligro. ¿Lo era menor o mayor que contemplar su pecho musculado, o sus hombros anchos y definidos?

La humedad entre sus piernas se hizo patente.

—Solo quería beber agua —se disculpó. ¿Por qué narices tenía que disculparse?—. No es un delito.

—Obviamente, no lo es.

—Es que me has mirado como si estuviese haciendo algo malo. Sé que nos hemos visto obligados a compartir esta casa, pero será mejor que me digas si hay ciertas reglas que deba seguir, como no levantarme de puntillas en plena noche para ir a por una botella de agua al frigorífico.

—No seas ridícula —respondió, pasándose la mano por el pelo—. Puedes hacer lo que quieras. ¿De verdad piensas que me importa que te levantes a beber agua? He oído un ruido y he salido a ver si se había colado alguien en la casa.

—¿Y por qué se iba a meter nadie aquí? Siento haberte contestado así, pero es que me has asustado.

—Acepto la disculpa. Me vuelvo a la cama.

—Vale. Yo voy a... a acabar de beberme el agua. Buenas noches. O buenos días. Lo que sea.

Gabriel se quedó anclado en el sitio porque Jennifer se había dado la vuelta y los pantaloncitos que llevaba eran muy muy cortos, y su trasero apenas cubierto por el tejido resultaba espectacular.

Se imaginó recogiendo aquellas nalgas con las manos y tuvo que ahogar un gemido. Enfadado consigo mismo y con aquella falta de control, dio media vuelta y cerró firmemente.

Jennifer oyó el clic de la puerta al cerrarse y por fin pudo respirar con tranquilidad. Despacio se dio la vuelta. Sí, gracias a Dios, la pequeña zona de estar estaba vacía. ¿Qué narices acababa de pasar?

Pues que él se había plantado allí en toda su masculina y gloriosa belleza, y se había sentido atraída por él. Luego ella había vuelto de puntillas a su habitación con la cabeza llena de pensamientos que zumbaban desafiando a que los razonase.

Había cruzado la línea. Él había salido inocentemente al oír un ruido, preocupado por la seguridad, y la había pillado en la cocina, y en lugar de reírse y tomarle el pelo, que era lo que habría hecho cualquier amiga, había sido víctima de un ridículo ataque de pánico mientras lo recorría con la mirada: su pecho desnudo, las piernas largas, la toalla que le abrazaba las caderas. Aunque había apartado inmediatamente la mirada y había hecho todo lo posible por que sus ojos desobedientes se quedaran pegados a su cara, el recuerdo de lo que había visto se le había quedado grabado a fuego en la memoria con la misma fuerza que el hierro caliente marca el ganado.

Disgustada consigo misma, se tumbó en la cama y clavó la mirada en el techo. Aquella situación descabellada le estaba afectando de un modo que no esperaba, pero ya estaba allí y no le iba a quedar otro remedio que lidiar con ella. ¿Desear a Gabriel? Eso era un chiste. Simplemente había respondido a la aparición de un tío *sexy* y medio desnudo.

Su última cita había sido con el motero y, antes de él, con un contable capaz de dejarla dormida en cinco minutos. ¿Y antes? Un profesor que conoció en una convención en Leeds que no dejó de

hablar ni un minuto de su pasión, que resultó ser la bicicleta. Así que no debería sorprenderse de que un tío que estaba como un queso la hubiera descentrado un momento, pero no podía dejar que ese momento lo liara todo. Gabriel, como amigo, era genial, pero Gabriel en cualquier otro sentido no era solo tabú, sino la clase de hombre por la que jamás podría interesarse.

Ella quería una relación comprometida y seria, y aunque los hombres que había elegido en el pasado no habían estado a la altura, eso no significaba que hubiera renunciado a la esperanza de que el siguiente fuera el adecuado, el apropiado para recibir todo el amor que sabía que tenía para dar. Sus padres se habían encontrado el uno al otro y ella había comprobado cómo era el amor verdadero, el que quería para sí, y Gabriel no tenía tiempo para nada de eso. De hecho, para él, algo así no existía. No podían estar más alejados el uno del otro en ese sentido.

¿Y qué iba a pasar al día siguiente? Pues que tendría que seguir los dictados del sentido común y dejar a un lado aquella distracción momentánea. Tendría que seguir siendo la amiga que él siempre había conocido.

Por fin se quedó dormida. Cuando despertó, se encontró con que la casa estaba vacía y que eran más de las diez.

Se vistió rápidamente. Consciente de cómo la había visto la última vez, eligió un holgado vestido de verano que le llegaba hasta los tobillos y que no hacía mal el trabajo de ocultar sus curvas.

Caminó hasta la casa principal, y allí encontró a Luisa y Francesca en la cocina, terminando de desayunar, mientras el personal que Gabriel había contratado limpiaba y recogía. Gabriel no estaba por allí. Se había ido con Roberto.

Un nuevo día comenzaba, y era momento de poner sus pensamientos en orden sin que se desencadenasen más ataques de pánico.

Capítulo 6

A lo largo del día Jennifer consiguió repeler una batería de preguntas casi imposibles de contestar y, a las cinco de la tarde, estaba empezando a pensar que inspeccionar un viñedo y revisar sus cuentas era la pajita más corta, y la que ella había sacado, la más larga de todas.

Después de un increíble desayuno, Francesca y ella se dispusieron a ver parte del entorno y visitar una de las ciudades conocida por haber conservado casi intacta su arquitectura medieval y sus magníficas vistas. Luisa conocía la zona a la perfección, y les había confeccionado una lista de sitios que podían visitar, con cafés y restaurantes donde degustar el mejor café de la Toscana y la mejor pasta del planeta.

–Disfrutad de la visita –les dijo–. Y no dejéis de probar las *crostata* en la pastelería de la *piazza*. –Se besó el dedo índice y el pulgar juntos para expresar lo delicioso que les iba a parecer el dulce–. Decidle a *nonna* Agostini que os envía Luisa. Ya veréis como os invita a una.

Si hubiera podido hacer lo que quisiera, se habría pasado el día hablando de arquitectura, contemplando paisajes y comiendo dulces, lo cual no habría sido el campo de minas que le había puesto por delante la batería de preguntas que había tenido que contestar de la mejor manera posible.

Las preguntas, muy al estilo de Francesca, habían sido planteadas con dulzura y un toque de curiosidad, lo cual casi había sido peor que si la hubiera encadenado a una silla, con un foco de luz en la cara y un detector de mentiras conectado al pecho.

Al final del día, mientras volvían al viñedo en el coche con chófer que Gabriel había puesto a su disposición, se sentía como si la hubieran pasado por un escurridor de rodillo varios cientos de veces. Luisa las esperaba en la cocina, y mientras Francesca y ella se contaban lo que habían hecho en el día con un vaso de limonada y un trocito de bizcocho casero, por fin pudo sentirse libre para volver a la casita de invitados.

El día había sido caluroso, pero con una agradable brisa que les había permitido pararse a disfrutar del paisaje. Aun así, se sentía cansada y mentalmente agotada, además de nerviosa por tener que volver a ver a Gabriel. Bajo la tensión que le había generado caminar por el campo de minas e intentar no mentir, el recuerdo de Gabriel de pie en la puerta de su habitación, mirándola con esa expresión velada e ilegible, con su belleza física al desnudo... No había conseguido desprenderse de la imagen. Y, para colmo, se recordaba también a sí misma, con aquel pijama que era casi el equivalente a nada, como mostrándose, expuesta...

Haciendo una mueca, abrió la puerta de la casita. Gabriel estaba en el despacho, sentado a la mesa que quedaba de frente al pequeño vestíbulo de entrada, y alzó la mirada al verla entrar. De pronto dejó de estar cansada, pegajosa y mentalmente agotada para sentirse alerta en todos los sentidos y cargada de energía.

Al verla, Gabriel sintió que el latido de su corazón aceleraba y que una erección se gestaba bajo sus pantalones, totalmente contraria a lo que tenía en la cabeza y a todos los sermones que se había estado dando a lo largo del día.

Aquella mujer no estaba disponible, y era una vergüenza que la estuviera calibrando a esa luz, pero es que le era imposible olvidar la impresión que le había causado la noche anterior. Verla como la había visto le había puesto tan caliente como hacía muchísimo tiempo que no lo estaba, lanzándolo casi a la adolescencia, al muchacho que fue con demasiadas hormonas rampando por su cuerpo y sin la madurez suficiente para controlarlas.

No es que fuera en aquel momento prácticamente desnuda como la noche anterior, pero aun así sintió el mismo calor.

–Estoy trabajando –dijo con brusquedad.

–Yo...

Gabriel se sintió de inmediato como un bastardo. ¿Acaso era culpa de Jennifer que su cuerpo estuviese descontrolado? No. Tanto si había intercambio de dinero como si no, ella estaba allí haciéndole un favor. Se levantó de la silla, la apartó y se acercó a ella.

–Perdona, Jen.

Olía a sol. Traía las mejillas sonrosadas y el pelo que seguramente salió de casa perfectamente peinado en una coleta volvía alborotado enmarcando su cara y sintió un deseo loco de apartarle los mechones, sujetarlos detrás de las orejas y abrazarla. Sus ojos parecían más azules que de costumbre, sus pestañas más oscuras y sus labios más carnosos y rosas.

–He vuelto hace poco más de una hora –explicó–, y estoy liado con un par de asuntos espinosos.

–Vale.

–Cuéntame qué tal te ha ido el día. O igual prefieres irte directa a la ducha. Hace calor fuera.

Estaba claro que se sentía incómodo, siendo como era siempre él, inmune al nerviosismo. Pero parecía algo ansioso. Evitaba mirarla directamente y se tocaba el pelo. Solo podía haber una razón para esa forma de actuar, y era que se sentía avergonzado. Apurado por haberla pillado en la nevera casi desnuda. Mortificado por ella. Igual incluso había sentido cierta repulsa, aunque nunca se había mirado a sí misma en ese sentido físico estando con él.

Sintió un escalofrío al imaginar cómo reaccionaría si tuviera la más remota idea de los pensamientos lascivos que la habían asaltado desde que lo había visto con tan solo una toalla. La mejor solución sería volver a la familiaridad que siempre habían tenido y recuperar la normalidad.

–¿Qué intentas decirme? –bromeó–. ¿Que vengo sudada como un pollo? –Se acercó a la nevera, bebió un trago largo de agua y se

volvió a mirarlo con una alegre sonrisa—. Ya sabes que las damas tenemos un ego muy frágil. La verdad es que hacía mucho calor, pero nos hemos sentado muchas veces para que tu madre no se agotara.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó, acomodándose en el sofá de la zona de estar y esperando que ella lo siguiera.

Así estaba todo mucho mejor.

—La verdad es que ha sido muy estresante —le confió con un suspiro.

—Cuéntame.

Jennifer se acomodó en el sofá y cruzó las piernas estilo indio.

—Pues te diré que habría preferido irme a trabajar con Roberto, aunque no tengo ni idea de negocios. Me ha hecho un montón de preguntas sobre nosotros. Quería hablar de sentimientos y de amor, y de cuándo nos dimos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro.

—Suenas un poco horrible. Me imagino que habrás esquivado las preguntas escondiéndote detrás de vaguedades, ¿no?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Está entusiasmada, Gabriel. Casi que ya está planeando la boda. A finales de esta semana, tendrá elegidos los nombres de los nietos.

—¿Le has dejado caer que puede haber un par de escollos en el camino?

—Lo he intentado. He hablado de pasada de tu adicción al trabajo y la clase de vida que llevas, pero no sé si ha querido escuchar porque me ha contestado diciendo que los opuestos se atraen, y que Dios los cría y ellos se juntan. Me extraña que no me haya dicho que la ausencia aviva el cariño.

—No te preocupes. Cuando pase esta semana y la vida recupere su rutina, empezará a ver las grietas.

—Eso espero.

—En cualquier caso, ya es tarde para hacer otra cosa que no sea esperar a ver qué pasa. Lo importante es que su salud mental mejora día a día. Hasta ha empezado a usar el móvil de última generación que le regalé para enviarme fotos de los sitios que

habéis visitado hoy. Creía que lo tendría olvidado en el fondo de un cajón.

–Estoy empezando a pensar que tu madre es mucho más lista de lo que nos imaginamos –suspiró–. De alguien habrás heredado tú esa vena calculadora.

–Sí, pero puede que no sea de mi madre. Mi padre era un timador de primera, un bastardo guapo que se arrimaba por dinero, se hacía con tu casa y se largaba con la cubertería de plata.

Se miraron el uno al otro y Jennifer enrojeció. Había una dureza, un filo cortante en sus palabras que no había escuchado nunca antes, pero duró un instante.

–¿Por qué dices eso? Me refiero a lo de que mi madre sea calculadora.

–Puede que «calculadora» no sea la palabra más adecuada. –Lo miró sin pestañear unos segundos. Era un hombre muy complejo, con una profundidad oculta por la que sentía una curiosidad que nunca antes había experimentado–. Puede que sea agudeza mental entrelazada con ternura y afecto, pero es solo una sensación. Por ejemplo, me ha dicho de pronto que todo el mundo experimenta dudas en lo que se refiere a las relaciones, pero que, aunque yo pueda tenerlas, no debo dejarme influir por ellas porque tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Casi como si me estuviera preparando en caso de que encontrara razones para romper.

–¿No crees que es cosa de todas las madres hablar así?

–Solo el día de la boda, cuando te encuentra distraída junto a la ventana preguntándote si puedes saltar por ella en caso de que hayas cometido un error. Es un discurso que no se da cuando una relación acaba de empezar.

–La agudeza de mi madre tiene sus límites –dijo, levantándose y mirándola con una expresión distante–. Por buenas que sean sus intenciones, no creo que pueda ponernos unas esposas y obligarnos a llegar al altar.

–No –corroboró, pero no acertó a continuar. Había algo flotando en el aire, una especie de pulso eléctrico que dificultaba la conversación entre ellos, siempre tan fluida–. Gabriel, ¿va algo mal?

–¿Mal? ¿Qué quieres decir con que si algo va mal?

–¿Lo ves? Precisamente eso.

Lo miró frunciendo el ceño, molesta porque estuviera siendo obtuso, y por no estar segura de si era deliberado o no.

–No te sigo.

–¡A esa actitud tuya me refiero! –exclamó, mirándolo, y no pudo evitar una respuesta física a una masculinidad que nunca antes había penetrado en su conciencia–. Mira –empezó, intentando sonreír–, ¿he hecho algo que te haya molestado? Sé que estamos en una situación inusual, y que... que no estamos acostumbrados a... –señaló a su alrededor, pero sin dejar de mirarlo–... a estar así, pero fuiste tú quien dijo que compartir este espacio tenía algunas ventajas, ¿no? Que podíamos relajarnos lejos de miradas ajenas y ser nosotros mismos, pero es que ino estamos siendo nosotros mismos!

Un espeso silencio recibió sus palabras.

–Sí, lo dije –admitió de mala gana, y le dedicó una sonrisa a medias decidiendo pasar por alto lo que le había lanzado sobre el cambio en su trato–. Es verdad que estar aquí apartados tiene cosas buenas, pero igual...

–¿Igual, qué?

Gabriel la miró dubitativo. ¿Debía compartir con ella la preocupación que le rondaba por el hecho de tener un espacio para los dos? Y, en caso de hacerlo, ¿qué preocupación sería esa? ¿Que le preocupaba no ser capaz de apartar los ojos de ella, en particular después del encuentro en la cocina? No. Imposible. No sabía de dónde provenía aquella pérdida repentina de control, pero no se iba a exponer a que se divirtiera a sus expensas.

–Pues que igual deberíamos acortar la estancia aquí. No es necesario que nos quedemos otra semana. Con un par de días más de trabajo, puedo organizar alguna excusa para volver a Inglaterra.

–¿Y tu madre? Sería una pena viendo lo bien que le está sentando estar aquí. Se lleva de maravilla con Luisa y Roberto. Puede que sea porque no conocen su pasado y es como empezar de cero un capítulo nuevo. No sienten lástima por ella como seguramente les

pase a sus amigas, y por eso se siente con libertad para ser ella misma, mostrarse vulnerable después de lo que ha tenido que pasar, pero sin suscitar compasión bienintencionada. Es una mujer muy orgullosa.

–Algún día vas a hacer que un tío sea muy afortunado por tenerte como esposa.

–¿Qué quieres decir?

–Pues lo que he dicho –resumió. Tenía que cortar de raíz la extraña atracción que había empezado a acuciarle. Reestablecer los límites. Ella estaba bien, pero él no, y si verbalizaba el camino que debían tomar sus pensamientos, quizás el cuerpo escuchara–. Mírate –continuó sincerándose–. No querías hacer esto, y estás aquí. Incluso ahora que te he dado la posibilidad de que dure menos, sigues teniendo en mente el bienestar de mi madre. Te lo agradezco, Jen. Eres única.

–Gracias.

–Lo digo en serio, Eres considerada y atenta, y siempre estás dispuesta a anteponer a los demás.

–Gracias, Gabriel. No tenía ni idea de que me creyeras una santa, aunque en realidad no sea esa persona.

–Sí que lo eres. Por eso te digo que estás destinada a casarte con un buen hombre, un tío decente que te aprecie en lo que vales –serio–. Yo estoy hecho para una mujer dura como el hierro.

–¿Por qué dices eso?

–Lo sabes perfectamente. ¿Después del ejemplo de mi padre? Fue como un curso rápido de por qué el amor y el matrimonio no son para mí. Mucha gente proviene de un hogar roto y sigue creyendo que con desear que el amor funcione es suficiente, pero afortunadamente ese no es mi caso. –Pensó en el dolor de haber encontrado a su padre para que lo rechazase, apartándolo de su lado, mostrándole el rostro cruel de la indiferencia de un progenitor. La esperanza, al igual que el amor, solo acarreaban dolor y pérdida–. Aunque tendrías que darle unos cuantos consejos para que supiera cómo hacer feliz a mi madre.

–O también –respondió poniéndose de pie, dispuesta a poner fin a una conversación que no es que fuera ofensiva, pero lo parecía–,

podrías echar la red en un territorio un poquito más amplio e intentar encontrar alguien que esté menos interesado en recibir y más en dar. Con eso lo conseguirías todo, y no dependerías de que recibiera clases sobre cómo ser un ser humano decente. ¿Cuál es el plan para esta noche? ¿Vamos a ir a algún sitio a cenar? ¿Vendrán Luisa y Roberto o saldremos solos los tres?

La tensión se palpaba en el aire, pero Gabriel la agradeció. Sabía mucho mejor cómo lidiar con un poco de tensión que con lo que fuera que le estaba estrujando la libido y disparando su imaginación.

—Luisa ha ayudado al chef a preparar pasta casera, o mejor dicho, le ha dado órdenes de cómo tenía que hacerla como a ella le gusta. Roberto me ha contado que está convencida de que nadie sabe hacerla como ella, y está decidida a mostrarnos su habilidad. Además, imagino que mi madre estará muy cansada después de las actividades de hoy, ¿no?

Con su díscolo pensamiento ya bajo control y con la perversa satisfacción de haberle tocado la fibra a Jen, Gabriel la observó atentamente. Tenía las mejillas arreboladas y el pelo revuelto. El vestido que llevaba, que era suelto y no revelaba nada, se pegaba igualmente a sus curvas, a sus caderas redondeadas, a sus pechos, a sus piernas largas.

—Creo que voy a seguir un rato más trabajando —dijo, casi entre dientes—. Así puedes tener el baño a tu disposición durante un rato. ¿Te parece bien que nos veamos donde Roberto dentro de un par de horas?

—Perfecto.

—Ah, y otra cosa. Si estamos compartiendo esta casa, ayudaría que también pareciera que compartimos dormitorio. Mi madre se pasará por aquí en un momento u otro, y se quedaría de piedra si viera que cada uno duerme en una habitación.

—No lo había pensado.

Y no lo había hecho. Estaba tan absorta intentando controlarse que los pequeños detalles como ese le habían pasado desapercibidos.

Se imaginó sus cosas más íntimas colocadas junto a las de él y un calor lento se le fue extendiendo por el cuerpo. Él ya había pasado a otra página. Tenía la cabeza puesta en el trabajo.

–¿Y qué sugieres? –le preguntó.

–No tiene que ser nada dramático. Unas cuantas prendas aquí y allá, y por supuesto que tu cama esté siempre hecha a la perfección para fingir que somos lo que se supone que somos: dos personas que comparten cama. Puede que esté chapada a la antigua, pero no pienso que el siglo veintiuno haya pasado sin rozarla. No creo que le dé por buscar pruebas estilo forense de lo que hacemos aquí, pero mejor prevenir que curar.

–Vale. Montaré el escenario antes de salir, ¿te parece?

–Perfecto. Yo estaré en el despacho con la puerta cerrada. Nos vemos en un par de horas.

–Gabriel...

Ya iba hacia el despacho, pero se detuvo para mirarla por encima del hombro.

–¿Sí?

«Es que no eres el mismo de siempre. ¿Qué te pasa? ¿Tan desagradable fue para ti verme en pijama?

–Nada. Nos vemos luego.

Gabriel echó un vistazo rápido a la casa antes de ir en busca de su madre, Jennifer y los anfitriones.

Salió del despacho sabiendo que ella se había ido una media hora antes, y comprobó que había dejado estratégicamente unos zapatos en su dormitorio y un par de camisetas dobladas sobre la cómoda.

Eran poco más de las siete y las sombras comenzaban a crecer. La vasta extensión de viñedos estaba bañada en suaves tonos ocres y la última luz del sol iluminaba los caminos de adoquines que se entrecruzaban en las viñas y acababan desapareciendo tras la silueta imponente de los cipreses. Fuera de la casa había farolillos que iluminaban el patio y que se mecían en la brisa suave del atardecer.

El problema de su libido desobediente seguía presente en su pensamiento y dudó unos segundos al llegar ante la puerta principal,

la mano lista para llamar. ¿Cómo solucionarlo? Racionalizándolo. Siendo consciente de que ella estaba allí por el bien mental y la salud de su madre. Para Jen, era un trabajo. Una transacción comercial por la que le estaba pagando, aunque hubiera tenido que insistir para que aceptara. Entraría allí, comprometido al cien por cien con la farsa de tener una relación, y restablecería el sentido común. Y aquella incómoda e inexplicable atracción quedaría encerrada en su caja para no volver a salir jamás.

Con la determinación por bandera, llamó a la puerta y una de las personas que había contratado para que ayudara durante el tiempo que iban a estar allí le abrió y lo acompañó al salón.

Jennifer oyó acercarse a Gariel antes de que llegase a la puerta, alertada por una especie de sexto sentido que desconocía poseer y que se había activado por cuenta propia. Estaba sentada de espaldas a la puerta con una copa de *chianti* en la mano charlando con Roberto sobre la producción vinícola.

En el sofá que quedaba enfrente, Francesca y Luisa charlaban como si fueran viejas amigas, y viéndola así pudo comprender por qué Gabriel y ella hacían lo que estaban haciendo. Había pasado casi una hora con Francesca antes de unirse a Luisa y Roberto, y la verdad es que estaba feliz. Había recuperado el color en las mejillas y la luz en la mirada. No solo se debía al hecho de que creyera que su hijo iba a sentar la cabeza con alguien a quien ella quería, sino también el hecho de estar allí, lejos de lo que le recordaba la fragilidad de la vida, lejos de una vida social que había abandonado y lejos de sus dudas y sus ansiedades. Estaba segura de que volvería a Inglaterra siendo otra.

Notó la presencia de Gabriel a su espalda antes de sentir el peso de su mano en un hombro a modo de caricia y el roce de su aliento al inclinarse para besarla en el cuello.

–¿Has tenido un buen día, cariño? –se interesó.

Jennifer, sonrojada, se giró para mirarlo mientras él acercaba una silla a su lado. Cuando se sentó, sus rodillas se rozaron y Jen sintió que la boca se le quedaba seca al ver sus piernas bajo el fino tejido

de sus pantalones. Rápidamente subió la mirada, primero a la curva deliciosa de su boca y después a sus ojos oscuros dibujados por aquellas pestañas de un largo imposible.

–Eh... sí, cariño. Ya te he dicho que hemos tenido un día fabuloso, ¿verdad, Francesca?

Necesitó humedecerse los labios cuando Gabriel le puso la mano en la rodilla, taladrándole un agujero en el vestido. Cuando le rozó la piel justo al borde del tejido, creyó que combustionaría.

Francesca se había lanzado a un relato pormenorizado de su día que Jennifer oyó a medias mientras intentaba mirar a cualquier parte menos al hombre que estaba destrozando su sistema nervioso.

Se levantaron poco después con el anuncio de que la cena estaba lista... y entonces su brazo pasó a sus hombros. Se acomodaron a la mesa... y sintió su mirada clavada en su perfil como si fuera la mujer más fascinante del planeta. Se unió a la conversación, y la mano de Gabriel se posó sobre la suya para dejar una leve caricia. Pidió la sal, y él la miró a los ojos antes de acercársela.

¿A qué estaba jugando? Bueno, sí que sabía cuál era su juego: proyectar la imagen de pareja enamorada a la que se habían comprometido. Todo era mentira, irreal, postizo. Ya no eran los amigos de siempre.

Ser consciente de ello le produjo una tristeza que se esforzó por ocultar durante toda la velada detrás de una sonrisa. Se aseguró de charlar y reír en los momentos adecuados, aun cuando sentía un nudo en el estómago. ¿Volverían las cosas a la normalidad cuando todo aquello terminara?

Francesca fue la primera en retirarse, inmediatamente después de los postres, y Gabriel rechazó educadamente la invitación de los anfitriones a tomar una copa.

–Mañana nos espera otro día muy cargado –dijo, dándole la mano a Jennifer para caminar hasta la puerta–. Voy a visitar otros dos viñedos más para ver sus métodos de producción.

–¿Y la competencia está dispuesta a enseñártelo? Muy generoso por su parte –comentó Jennifer.

–Te sorprenderías del poder del encanto y la persuasión –repuso Gabriel con el aplomo al que ella se había acostumbrado a lo largo

de los años—. Ya he comenzado a confeccionar mi lista de contactos y a trabajar en cómo podemos beneficiarnos los unos a los otros, como en una gran familia. Trabajar juntos siempre es mejor que hacerlo solo —concluyó.

Jennifer hizo una mueca y él sonrió. Por un segundo habían vuelto al lugar que ella conocía y amaba, pero, en cuanto salieron, su mano bajó, y la distancia volvió a hacerse palpable.

Una vez de vuelta en la casa de invitados, Gabriel abrió y ella entró, pero no se dirigió de inmediato a su alcoba como quería hacer, sino que se dio la vuelta con los brazos cruzados para enfrentarse a él.

—¡Estás raro! —explotó, furiosa.

—¿Qué? ¿Cómo que estoy raro?

Gabriel la miró replicando su furia, pero consciente de que su enfado no se dirigía a ella, sino a sí mismo. Estaba furioso por haberse pasado la noche interpretando un papel con la esperanza de no olvidar que aquello era precisamente eso, una interpretación. Tocarse. Mirarse. Pero su cuerpo seguía reaccionando, activándose, respondiendo...

Incluso en aquel momento la veía tan hermosa. Nunca la había visto furiosa con él y era algo espectacular. Esa furia. Esa fiereza.

—¿Y bien?

En aquel momento, la tentación fue más fuerte que el sentido común, y se acercó a ella hasta que quedó a centímetros de su cuerpo. Sentía el calor que emanaba de él, el perfume que llevaba, sus ojos azules, la curva de su boca de labios generosos.

—¿Quieres saber qué es lo que me molesta? Tú, Jen. Tú eres lo que me molesta, ¿y quieres saber por qué?

Sí que quería saberlo. Estaba claro. Su respiración se había quedado en suspenso y tenía los ojos muy abiertos. Jen lo deseaba. Lo deseaba tanto como él a ella. No había retrocedido ni un centímetro, sino que se acercaba a él como la mariposa a la llama, tanto si era consciente de estarlo haciendo como si no.

—No tengo ni idea de qué hablas.

–¿Quieres averiguarlo?

La respuesta estaba allí, en el color que había subido a sus mejillas, en sus labios entreabiertos, en la sutil dilatación de sus pupilas.

–Te lo voy a mostrar –masculó.

Y poniendo una mano en su nuca, la acercó a su cuerpo y la besó.

Capítulo 7

El desconcierto se apoderó de ella cuando sintió su boca de labios fríos y firmes. No duró mucho, porque enseguida quedó reemplazado por la certeza de que aquel momento era lo que había estado esperando, aunque no tuviera sentido. Gabriel era la elección equivocada, completamente equivocada, de la que ella debería estar huyendo, interponiendo todo un océano de agua clara entre ellos.

Sin embargo, no fue eso lo que hizo, sino que le rodeó el cuello con los brazos para pegarse a él y devolverle el beso con urgencia. Sus lenguas se enredaron y ella contuvo un gemido de placer. Pero su boca no bastaba. Quería más de él, quería que él reclamase más de ella.

–Jen... –murmuró Gabriel en voz baja, separándose mínimamente de ella, sin dejar de mirarla a los ojos o de acariciar su nuca.

–Lo sé –exhaló ella, conteniéndose para no acariciarle la cara. Lo conocía tan bien y, sin embargo, en aquel momento, sintió que había tanto por descubrir.

–Yo no pretendía que pasara esto. Suelo poder confiar en mi autocontrol.

–Es una mala idea, sí –corroboró ella, pero sin dejar de desear acariciarlo, y dado que Gabriel no se había separado, se imaginó que sentía lo mismo.

A pesar de que, de verdad, era una mala idea. Terrible, de hecho. Eran amigos, y aquel beso no podía estar más lejos de la amistad. No era nada, no significaba nada, y se aseguraría de que así fuera, porque ella quería todo lo que él no podría dar jamás.

–Terrible –añadió.

–Es capital que nos alejemos de lo que narices sea esto y olvidemos que ha ocurrido.

–Por supuesto. Sin embargo...

–Háblame.

–Sé que es lo que debemos hacer, pero...

–Piensa antes de seguir –musitó–. Estoy en una posición en la que jamás esperé encontrarme, y en la que no he estado nunca antes, y, por primera vez en la vida, no... yo no sé...

–¿Qué?

–No sé predecir el resultado.

–¿Y eso es malo?

–Para mí, sí.

–Entiendo.

Jen suspiró. Era obvio que aquella era una situación que había que haber impedido a toda costa, pero sin poder evitarlo le lamió la barbilla, el pliegue de la boca...

Con un gemido de abandono, Gabriel la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio. Abrió con el pie y la dejó sobre la cama.

La ventana estaba abierta, con lo que la luz plateada de la luna iluminaba la estancia y perfiló a Gabriel de pie junto al lecho, quieto durante unos segundos. ¿Estaría pensándose mejor?

El corazón se le paró al ver que empezaba a desnudarse, pero a pesar de las dudas, se apoyó en un codo para contemplarlo. Sus movimientos eran lentos y deliberados, y no había dejado de mirarla a los ojos ni un segundo.

–¿Disfrutando con las vistas?

–Solo un poco.

–Vaya por Dios...

Viéndola así, recostada en su cama, con la melena suelta cayendo sobre las sábanas, con aquellas curvas tan sensuales a la vista, Gabriel se sintió en paz, lo que no dejaba de ser curioso.

La relación de toda la vida, la amistad que siempre había valorado, debería hacer que la situación fuese extraña, pero, por algún motivo, resultaba natural. ¿Encajaría en la definición de amigos con derecho

a roce? Nunca se había planteado la viabilidad de semejante relación, pero en ello estaban y, sí, le resultaba... natural. Quizás fuera por la libertad de saber que estaba con una mujer que lo entendía y que sabía perfectamente de dónde venía.

Jennifer no esperaba nada de él. No buscaba amor y compromiso. Sabía lo que pensaba a ese respecto. Podía ofrecerle su cuerpo, pero su corazón estaría a salvo de él. ¿Sería esa la razón de que se sintiera tan liberado, plantado allí, ante su mirada perezosa y llena de curiosidad? Liberado y excitado como no lo había estado nunca antes.

Dejó caer la camisa al suelo, fue hasta la ventana y cerró los postigos, con lo que la luz de la luna quedó fuera y sus ojos tuvieron que acostumbrarse a la repentina oscuridad.

–Te toca –le dijo, acercándose de nuevo a la cama.

Jennifer se levantó y se acercó a él. Era algo más bajita, pero no mucho.

–Pensándolo mejor –añadió–, prefiero hacer yo los honores.

Tomó sus manos en las suyas y, antes de empezar a desnudarla, la besó de nuevo, larga y dulcemente.

Sintió un suspiro de Jen como una caricia.

–¿Estás segura de esto?

–Nunca he estado antes tan segura de algo.

–¿Aunque no tenga sentido?

–Me estoy dejando llevar por la corriente.

–Por lo menos no te haces ilusiones.

–No me las hago –respondió, besándolo en el cuello, lamiendo su sabor a sal–. Y deja ya de hablar.

–A sus órdenes.

Comenzó a desnudarla muy despacio, y a cada porción de piel que se revelaba, se iba excitando más y más. Cuando quedó ante él en bragas y sujetador, deslizó las manos por sus hombros y sus brazos, como si fuera un ciego que quisiera guardar en la memoria cada centímetro de su cuerpo.

–Eres preciosa, Jennifer –dijo con voz ronca.

–Te agradezco el halago, pero no es necesario, Gabriel, de verdad.

–¿Qué quieres decir?

Llevó las manos a sus costados, a su cintura, saboreando por adelantado el placer de llegar a sus senos, a sus piernas, a lo que le aguardaba entre ellas.

–No es necesario que pases por ese capítulo.

Gabriel frunció el ceño.

–¿Ese capítulo?

–Sí, la parte de cortejo.

–No es cortejo. Es que de verdad eres preciosa, Jen –dijo, y volvió a besarla, interrumpiéndose brevemente para añadir–: y... –le lamió la boca–... esto no es –su respiración en la oreja acompañada por la humedad de su lengua–... un cortejo –sonrió mirándola–. Haces que parezca superficial.

–Ni se me ocurriría.

–Algo que no hago nunca es mentir. Si te digo que eres preciosa, es que lo eres.

–Que no miente, dice el hombre que me ha convencido para que finja estar saliendo con él por el bien de su madre.

–*Touché*, pero eso es una mentirijilla sin importancia con la mejor de las intenciones. Además, en este momento ya no es tan mentira, ¿no te parece? ¿Y qué has dicho antes sobre que dejase de hablar?

Bajó despacio los tirantes del sujetador y contempló sin apenas respirar cómo sus senos quedaron al descubierto.

Había muerto y estaba en el cielo.

Las manos le temblaban cuando lo desabrochó y lo dejó caer al suelo con el resto de la ropa antes de tomar su seno generoso con las dos manos. Sus manos eran grandes, pero ni aun así podía contenerlo todo. Con los pulgares acarició sus pezones y gimió.

Su erección pugnaba por salir de los calzoncillos como una vara de acero. Sin dejar de besarla tomó su mano y la guio hasta su erección, pero tuvo que apretar los dientes cuando la sintió.

–No sé cuánto más voy a poder aguantar esto –gimió. Se deshizo de los calzoncillos a la velocidad del rayo y la empujó hacia la cama, en la que cayeron los dos en un tumulto de gemidos y risas.

No podía estar más de acuerdo con Gabriel. Estaba tan mojada que los muslos le resbalaban el uno contra el otro, y, Dios, sentir

aquella erección gigante palpitándole en la mano... nunca había experimentado un deseo cegador como aquel.

A duras penas consiguió liberarse de las bragas antes de que él se colocase entre sus piernas y de que su pene quedara entre sus muslos, presionando contra ella, frotando su clítoris hasta volverla loca de deseo. Arqueó la espalda y los ojos se le cerraron cuando volvió a besarla, pero no duró mucho. Sabía que iba a explorar su cuerpo y no podía esperar. La cabeza le dejó de funcionar cuando aquellos labios iniciaron un viaje en su cuello, lamiendo y mordiendo, antes de alcanzar un pezón. Sintió que Gabriel se relajaba en el trabajo y comenzaba a succionar, a acariciar el pezón con la lengua, y su cuerpo se electrizó. Aferrándose a su pelo, abrió las piernas del todo y se abandonó a lo que le estaba ocurriendo a su cuerpo.

Físicamente parecían la pareja perfecta. ¿Sería esa la razón de que se sintiera tan cómoda haciendo lo que estaba haciendo con él, aunque la lógica le gritara que estaba dando un paso muy peligroso?

Se revolvió y gimió mientras Gabriel seguía jugando primero con un pezón, después con el otro, tomándose su tiempo. Luego bajó una mano por su costado, cruzó por encima de su vientre en un contacto ligero como una pluma, pero decidido a llegar a la humedad que había en el centro de su cuerpo.

Se incorporó para poder reemplazar la mano con la boca. Jennifer se estremeció. La excitación creció y creció hasta alcanzar casi el punto de no retorno justo cuando él se colocaba entre sus piernas, y cuando abrió el camino, estaba a punto de explotar. No podía respirar. Estaba tensa como la cuerda de un arco, pero dispuesta a recibir su boca. Cuando su lengua encontró su clítoris, abrió los ojos y la imagen con que se encontró, su cabeza entre los muslos, fue tan erótica que se olvidó de respirar y los cerró de nuevo, dejándose llevar por el ritmo de su lengua.

No iba a parar. Iba a llevarla al precipicio, y era lo que deseaba. No podría haberle pedido que parase aunque lo hubiera querido.

Cuando llegó el orgasmo, fue con tanta fuerza que le hizo gritar, arqueando el cuerpo contra su boca mientras los espasmos la sacudían sin control, y siguió y siguió hasta que quedó tan débil como un gatito.

–Debería haber esperado –se disculpó cuando Gabriel se tumbó a su lado–. Pero no lo siento demasiado porque ha sido increíble.

Gabriel tiró de su cadera para que quedaran mirándose.

–Me gusta el cumplido.

–Que no se te suba a la cabeza –respondió sonriendo, y lo besó en la boca.

–A mí también me ha gustado. Ha estado bien verte perder el control así.

–Ahora te toca a ti –dijo.

Sin apartar la mirada de él, bajó la mano y comenzó a acariciar su pene con un ritmo lento pero estable, viendo con satisfacción cómo apretaba los dientes para no perderse en el placer de lo que le estaba haciendo. Intentó que bajase el ritmo, pero ella lo apartó riendo.

Pero el control último lo tenía él, incluso cuando Jen sustituyó la mano por la boca o cuando se colocaron para poder darse placer mutuamente. El contacto de su lengua mientras lo saboreaba fue casi demasiado.

Cambió de postura, pero no dejó que él se incorporara para ir a por protección.

–Tomo la píldora –le dijo–, y no porque vaya de cita en cita buscando al príncipe azul, sino para regular mi periodo.

–Eso es mucha información –respondió, y pensó dos cosas a la vez: la primera fue que confiaba en ella. Si cualquier otra mujer le hubiera dicho lo mismo, aún así habría utilizado preservativo. Era un hombre muy rico. ¿Cómo saber si...? La segunda fue, en un pensamiento que casi no quiso reconocer, que se alegraba de que no anduviera de flor en flor. Nunca había pensado que lo hiciera, pero oírsele decir le produjo un placer inesperado.

La besó con ternura, y aquella vez hicieron el amor con menos desesperación, pero no con menos urgencia.

Intentó ir despacio, y lo consiguió, pero solo por los pelos porque entrar en ella y sentir cómo se cerraba en él sin la barrera de un preservativo fue casi insoportable. Se movió con cuidado al principio,

esperando con paciencia a que ella reprodujera su ritmo. Luego fue entrando más hondo y más rápido hasta que no quedó nada dentro de él aparte del rugido de placer cegador que le corría por las venas y que explotó en algo tan maravilloso, tan intenso que quedó agotado por completo y prácticamente cayó sobre ella antes de colocarse a su lado y cerrar los ojos por un segundo.

Los dos estaban agotados. Jen estaba tan sudorosa como él, tumbada en la oscuridad, con la mirada puesta en el techo, esperando una conversación que debían tener.

–Ha estado muy bien.

Fue ella la que rompió el silencio, girándose hacia él.

Gabriel sonrió sin volverse de inmediato a mirarla, experimentando un alivio tremendo al ver que parecía no haber incomodidad.

–¿Muy bien? –repitió, girándose–. ¿Podemos hacerlo mejor?

–Nueve de diez.

–¿Cómo hemos perdido el punto que falta?

–El diez sería la perfección, y eso no existe. Se lo digo siempre a mis alumnos.

Allí tumbada, notando el desenfado en su voz, supo que aquel era el modo correcto de enfocar lo que había ocurrido. Por dentro había un tumulto de emociones desestabilizadas, confuso, inquietante. Pero ya se ocuparía de ello más adelante, en la intimidad de su propia habitación, donde podría diseccionarlo y recomponerlo después de un modo que tuviera sentido. En aquel momento, lo importante era no olvidar que lo que para ella era desestabilizador y confuso podía no serlo para Gabriel.

Él era un hombre mundano y, por inesperado que fuera lo que acababa de ocurrir, al final del día no experimentaría las emociones en conflicto y no le apetecería pasar por una agónica sesión de preguntas y respuestas sobre lo que acababa de pasarles.

Ella, aunque había salido con unos cuantos hombres, seguía estando verde en cuanto al sexo. Para ella, lo ocurrido era algo grande. Enorme. Pero, por el momento, lo mejor que podía hacer era no darle demasiada importancia. Ser la adulta que él creía que

era, aunque supiera que la verdad era otra. Lo importante era deshacerse de aquella lujuria, que además tenía fecha de caducidad en su propia naturaleza.

Si todo se volvía raro e incómodo, sería el fin de su amistad.

–Bueno... –empezó, trazando círculos sobre su pecho–. Ya sabes lo que voy a decir ahora, ¿no?

–¿Qué? –preguntó, alerta.

¿Acaso esperaba que se volviera de pronto de esa clase de mujeres que intentaría atraparlo porque se habían acostado?

–Que se cometen errores –declaró con serenidad y compostura–. Creo que deberíamos pasar página y definirlo como la clásica aventura de una sola noche en vacaciones.

Aquello, pensó Gabriel, era exactamente lo que quería escuchar. Una aventura de una sola noche. La atmósfera los había empujado. Dos adultos que habían acordado rendirse a la tentación.

–¿Una aventura de una sola noche? –repitió.

–Exacto.

Fue a levantarse de la cama mientras él la miraba descontento.

–Espera. ¿Dónde vas?

–A mi habitación.

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? Porque es donde duermo.

–Vuelve a la cama.

–Gabriel, los dos sabemos que esto no debería haber pasado, pero ha pasado, y no tiene sentido darle vueltas. Somos... tú eres... los dos somos amigos, y no...

–¿Amantes? Pues no es eso lo que me está diciendo el cuerpo. ¿El tuyo te dice otra cosa? ¿Te dice que solo somos amigos?

–No me refiero a eso.

–Anda, vuelve a la cama.

–¿Por qué?

–Porque sigo deseándote.

Sus palabras se quedaron en el aire vibrando, peligrosas, mientras la miraba en silencio. Quería tirar de su brazo, subirla a la cama y que se pegara a él, pero no sabía de dónde salía esa necesidad. En cuanto a mujeres, siempre viajaba ligero.

–Esto no tiene que ver con el deseo.

–No me puedo concentrar si te quedas ahí de pie buscando tu ropa. Quiero volver a hacerte el amor.

Jennifer sintió de nuevo la humedad entre los muslos al llenársele la cabeza de imágenes eróticas, de caricias y de la respuesta de su propio cuerpo.

Gabriel la deseaba, y solo por el modo en que lo había dicho, con la voz ronca, exigente, grave y profunda, pero también dubitativa... intentó guardar todos los pensamientos prohibidos en una caja, pero ahora que había abierto la tapa, saltaban por todas partes. Respiró hondo.

–Te estás comportando como un niño mimado.

–Lo sé. Vuelve a la cama y me riñes.

Ella lo miró frustrada e impaciente, pero él daba palmaditas en el colchón a su lado y no había cosa en el mundo que deseara más que ocupar ese espacio...

–No voy a... bueno, sí, pero no significa que vayamos a... a...

–¿A? ¿A disfrutar haciendo el amor hasta que no podamos más? ¿A volvernos locos el uno al otro hasta que perdamos la capacidad de pensar? ¿A hacerlo una y otra vez?

–Ya basta, Gabriel –le susurró, pero sus piernas, por voluntad propia, la estaban llevando a la cama. Suspiró de placer cuando él la apretó contra su cuerpo, cuando pudo sentir la firmeza de sus músculos y su abrazo rodeándola.

–Esto no es lo que habíamos planeado –protestó con poca convicción.

–Pero tampoco es un error, Jen, y creo que no es algo a lo que podamos dar la espalda y fingir que no ha ocurrido porque sí que ha ocurrido, y ya tendremos una conversación sobre lo que vayamos a hacer al respecto. Además, tenemos la bendición de nuestro futuro matrimonio, ¿no?

–Déjate de tonterías, que no tiene gracia.

–Sé que no la tiene, pero piensa en la única alternativa.

–¿Te refieres a la más razonable, que es que nos olvidemos de esto?

–La única que hay. Si intentamos fingir que no he hemos hecho el amor, ¿no crees que, cada vez que nos miremos, lo único que seremos capaces de ver será el elefante en la habitación? ¿Tienes idea de hasta qué punto será imposible volver a lo que teníamos antes, a la amistad de toda la vida? Habría demasiadas cosas pendientes entre nosotros. No sobreviviríamos.

–No digas eso.

–Sé que no deberíamos haber hecho lo que hemos hecho, pero es que mi cuerpo no está de acuerdo. Lo que mi cuerpo me está diciendo es que hacerte el amor ha sido una pasada de la que no lamento ni un segundo. ¿Y tú? ¿Lamentas algo? Y me refiero a lamentar algo que no tenga que ver estrictamente con el sentido común. Dime la verdad, Jen. Si eres capaz de decírmelo, intentaré dar media vuelta y hacer lo que me pidas, fingiendo que nunca ha ocurrido. Si de verdad crees que puedes ser capaz de vivir con ello, dímelo.

Sus palabras dejaron un rastro imborrable. Trató de imaginar cómo sería verlo sabiendo que habían hecho el amor, queriendo repetir, pero existiendo en un estado permanente y agónico de negación. ¿De qué podrían hablar cuando estuvieran solos? ¿Acabarían en un silencio extraño mientras buscaban qué decir, sabiendo que había algo que acechaba en el aire? ¿De qué tenía tanto miedo? Sabía que nunca se perdería por completo con aquel hombre. Conocerlo tan bien como lo conocía tenía sus ventajas. Jamás podría comprometer su corazón con un tío que tenía fobia al compromiso.

Cerró la mano en un puño y golpeó su pecho mientras decía:

–No me arrepiento –murmuró, indefensa–. Lo he disfrutado.

–Lo sé.

–Eres un engreído.

–Solo contigo.

–¿En serio?

Gabriel no contestó, sino que la besó lentamente, y sintió cómo se derretía en sus brazos. Tan intensa fue la satisfacción que experimentó que se quedó desubicado. ¿Cuántas veces se podía hacer el amor en una noche? Incontables, al parecer, porque ya estaba sintiendo una nueva erección.

–Acabaremos por agotarnos el uno al otro, Jen, confía en mí.

–Por supuesto que sí. Lo sé.

Separó las piernas y dejó que la acariciara con su pene endurecido. Cerró los ojos y se aferró a sus hombros, mientras que Gabriel se perdía en la simple sensación de observarla.

–Y cuando eso ocurra –continuó–, todo esto quedará atrás.

–Lo sé. ¿Por qué sigues hablando?

Gabriel se echó a reír casi con timidez porque él tampoco sabría decir qué le empujaba a seguir hablando. Jen tenía las mejillas arreboladas, los labios entreabiertos y los ojos cargados de deseo. En un momento así, no tendría que haber palabras.

–Buena pregunta. Igual me estoy volviendo como esos tíos que escriben poesía y abrazan árboles.

–Menuda sorpresa sería.

–Solo quiero asegurarme de que estamos en la misma página. Sé que...

¿Qué? ¿Qué sabía? Jen parecía perfectamente satisfecha con su decisión. ¿Desde cuándo era él de los que analizan una situación que no lo requiere?

–Sé que –continuó– tú no eres así. Que no sueles acostarte con un hombre si no hay posibilidad de una relación como la que tú quieres. Es que no quiero que puedas... bueno, que te pueda hacer daño. Yo tengo experiencia y sé manejar esta clase de situaciones, pero...

–¡Gabriel, por Dios! ¿Quieres dejarte de advertencias? –se impacientó–. No estaría aquí si no quisiera, o si temiera sufrir después. ¿Quién decidiría empezar algo que sabe que al final le va a hacer daño? Tienes razón en lo de que necesitamos quitarnos esta fiebre para que después sea como una gripe que hayamos superado. Cuando eso ocurra, le diremos a tu madre que se ha terminado, y no

estaremos mintiendo. Será de verdad, y volveremos a ser los amigos que siempre hemos sido.

Capítulo 8

Me siento fatal, Gabriel. ¿Tú también?

Jennifer hablaba sin mirarlo. Estaba sentada junto a Gabriel en una heladería en una de las muchas y encantadoras plazas que tenía la ciudad que habían decidido visitar aquel día. Ambos miraban a la gente pasar.

–No puedo decir que me sienta particularmente mal en ese momento.

–Es el tercer día que abandonamos a tu madre para irnos por ahí.

–Prefiero pensar que es el tercer día que nos ha echado de casa porque no quiere estorbar a los tortolitos.

Y como tortolitos se estaban comportando. Iban a seguir con lo que tenían hasta que se les pasara la fiebre y, mientras, disfrutarían el uno del otro sin una sola atadura.

–¿De qué otro modo podríamos lidiar con lo que hay entre nosotros? –había preguntado en voz baja un par de noches atrás, estando el uno en los brazos del otro, agotados y con la luz de la luna proyectando sombras sobre la cama—. Yo soy feliz, tú eres feliz, mi madre es feliz. Una gran familia feliz.

Jennifer no podía estar más de acuerdo con esa conclusión. Lo estaba pasando de maravilla. Siempre se había considerado una persona que sabía disfrutar de la vida, pero nunca hasta aquel extremo. ¿Cuándo se había sentado en la *piazza* de una ciudad encaramada en lo alto de una colina, desde la que se podían contemplar las viñas, los huertos de olivos y los campos que se extendían hasta un horizonte sin límites bañado por el sol?

Extendió un brazo y tomó su mano antes de mirarlo. El sol había pronunciado el moreno de su piel, iba vestido con un polo gris claro

y pantalones de lino y zapatos de verano. Elegante, como siempre, y muy muy caro.

–¿Vas a echar de menos estar aquí? –le preguntó.

–¿En la Toscana?

–Me refiero al hecho de estar sin hacer nada. Apenas has trabajado en los últimos días.

Jen tenía la cara vuelta hacia el sol, los ojos ocultos tras las gafas de sol. Llevaba una falda de vuelo fina, un chaleco ajustado y una gorra de béisbol, y nunca había estado más *sexy*.

Gabriel frunció el ceño. ¿Era cierto lo que decía? Había trabajado un poco aquí y allá, pero lo cierto era que el sexo lo había ocupado todo. No podía recordar la última vez que eso había ocurrido, y no estaba seguro de si le gustaba. O quizás lo que de verdad pasaba era que no lo entendía.

–¿Cómo iba a poder ponerme a trabajar, si se supone que estamos locamente enamorados? Quedaría fatal si me limitara a dar los buenos días y desapareciera para ponerme a trabajar. ¿Qué hombre querría tener a su futura esposa dándole la brasa?

–Me debes estar confundiendo con otra, Gabriel. Yo no soy la clase de mujer que da la brasa.

–¿Cómo lo sabes, si no has estado casada con un tío que se pase media vida en la oficina delante de un ordenador?

Empezaba a caer en la cuenta de que, sin ser consciente de ello, había empezado a caer en la domesticidad. Le gustaba sentir que dormía a su lado y, cuando se levantaba por las mañanas, se quedaba mirándola un momento antes de ir a preparar un café para dos. Aquella idea le estaba resultando inquietante.

Jen se volvió hacia él. Tenía una manchita de chocolate en un lado de la boca, e instintivamente sacó una servilleta del servilletero y se la limpió, y ella acabó el trabajo lamiéndose la zona.

Le agradó ser consciente de que su primera reacción al ver la lengua había sido pensar en sexo. Y eso entraba dentro de su zona de confort.

–Supongo que –contestó ella a su comentario anterior– vivir en la oficina, quizás durmiendo en un sofá cama, mientras que la esposa agobiante y latosa espera tras las bambalinas, es tu idea del matrimonio –sonrió–. Pobre de la que se te acerque si tu actitud es esa. Pero, aparte de eso, no entiendo por qué no quieres correr el riesgo de buscar una persona que encaje contigo.

–Ya hemos hablado de ello.

–Sí, pero considéralo desde mi punto de vista: los dos estamos aquí, y, siendo que nuestra relación no es de verdad, no has mirado el ordenador desde hace no sé cuánto tiempo.

–La variedad es la sal de la vida. Y es culpa tuya por ser tan tentadora.

–Puede que sea solo diferente, si la variedad es la sal de la vida –replicó.

–Yo no me siento acorralado por ti –dijo Gabriel unos segundos después–. Tú me conoces, y sabes cuáles son mis reglas básicas. Por eso he querido que fueras tú quien me ayudara. Por eso te elegí. Y ahora que estamos durmiendo juntos, sigo sin sentirme acorralado contigo.

–Entonces es posible que...

–¿De qué estás hablando?

–Pues que, si te sientes libre conmigo y no en peligro de quedar acorralado por alguien que quiere pegarse a ti como una lapa, también podrías sentirte así con otra persona. Y si añades amor y afecto a la mezcla... bueno, pues ahí lo tendrías.

–¿El qué?

–No te hagas el loco.

–La vida no es tan fácil, Jen. Puede que para ti lo sea, pero para mí no. Tú perdiste a tu padre cuando eras niña, pero recuerdas perfectamente cómo era una relación sana entre tus padres.

–Sí, pero...

–Yo me marché de casa cuando tenía trece años.

–¿Qué?

Jen se volvió a mirarlo con los ojos de par en par. Nunca se lo había contado. ¿Cómo era posible que no lo supiera? Ser consciente de semejante secreto le dolió, aunque sabía perfectamente que Gabriel era un hombre muy reservado para sus cosas y que seguramente habría otro montón más que no sabría de él. Sin embargo, estar allí los dos había propiciado una cercanía entre ellos que le había hecho pensar que... ¿Qué? Se humedeció los labios e intentó frenar la avalancha de pensamientos que se le escapaban como humo en el aire.

—¿Te fuiste de casa?

Se quitó las gafas de sol y se incorporó en la silla. El trajín de la plaza dejó de interesarle, y las risas y las charlas en voz alta. La música del músico callejero que tocaba su instrumento junto a los puestos del mercadillo pasó a segundo plano.

—¿Y para qué te fuiste? ¿Te refieres a un viaje con el colegio? No te sigo.

—Me pareció que era buena idea tratar de encontrar a mi padre y ver qué se traía entre manos.

Aquellas palabras se quedaron suspendidas en el aire entre ellos, agotaron todo el oxígeno y dejaron una escena electrificada y sin aire.

Gabriel evitó aquella mirada penetrante, inteligente y curiosa de sus ojos azules.

No podría decir por qué había dicho lo que había dicho. Era algo de lo que nunca había hablado con nadie, pero tampoco lamentó haberlo hecho.

Dejó vagar la mirada aguardando la inevitable avalancha de preguntas.

—¿Y bien? —azuzó cuando Jen siguió callada.

—¿Bien, qué?

—Me ha parecido que lo que te he dicho te ha sorprendido.

—Pues claro —admitió—. Pero no voy a entrometerme ni a preguntar porque tengo la sensación de que acabarías lamentando habérmelo contado. Eres un hombre muy reservado y orgulloso, y por esas dos

razones creo que acabarías culpándome a mí por haberme confesado algo que preferirías haberte callado.

–¿Desde cuando eres una psiquiatra aficionada? –preguntó, pero con una nota divertida en la voz, y ella sonrió.

–Desde que doy clases a adolescentes con tendencia a tensar la cuerda para ver hasta dónde pueden llegar. A veces hace falta reflexionar un poco para devolverlos al camino correcto.

–¿Y es eso lo que estás haciendo? ¿Llevarme al camino al que quieres que vaya?

Jen se quedó seria.

–No. Estaba siendo sincera. Claro que siento curiosidad, pero eres tú quien tiene que decidir si quieres o no hablar de lo que fuera que pasó entonces, y no soy yo quien debe forzarte a compartirlo.

–No es que sea un secreto de estado –respondió, indolente, y Jen lo miró enarcando las cejas–. Vale, admito que no es algo que publique en el tablón de anuncios, pero, cuando echo la vista atrás, creo que fue una escapada juvenil comprensible.

Hizo una pausa y le pidió a un camarero que pasaba dos vasos de soda fría con limón, que era la especialidad del sitio en el que estaban, además de un plato de fruta fresca y unos *cornettos* de crema.

–Mi madre nunca me habló de mi padre. Su relación terminó, y todo quedó enterrado en silencio. –Le resultaba extraño el hecho de hablar de su pasado–. Yo era demasiado joven para recordar los detalles, pero no hubo discusiones ni gritos.

–Tu madre no es de ese estilo.

–Ya, pero su silencio cuando mi padre se largó dejó un vacío, y cuando me fui haciendo mayor, llené ese vacío con toda clase de especulaciones infantiles. Cuando cumplí los trece, llegué a la conclusión de que mi padre andaba por ahí, en alguna parte, y que quizás no le dejaban verme. O que, al menos, estaría desesperado por recuperar el tiempo perdido con su único hijo. Era fácil darle una pátina romántica a alguien del que nunca te han hablado y que participó en una situación que nadie te ha explicado.

Se recostó en su silla cuando les trajeron lo que habían pedido, y volvieron a quedar frente a frente mientras empezaban con la

comida.

–No me puedo creer que vaya a zamparme todo esto después del helado –protestó Jennifer–. Voy a volver a Inglaterra del tamaño de una ballena varada.

Gabriel se rio. Si no hubiera querido seguir con la conversación, su interrupción le habría ofrecido una ruptura natural, y sabía instintivamente que ella se habría guardado su curiosidad. Pero es que quería continuar.

–Averigüé dónde vivía. Fue fácil para un detective aficionado como yo, porque mi madre no cerraba los cajones con llave, y la información sobre su divorcio estaba allí, todo ordenado en sus correspondientes carpetas. Si me hubiera tomado la molestia de leerlo todo, habría sabido de antemano lo que me encontré después cuando me presenté ante su puerta dos días después.

–¿Qué fue?

–Que tenía otra familia estando casado con mi madre. Lo dijo abiertamente. También dijo que no tenía interés ninguno por conocerme. No le interesaba yo, ni mi vida, ni nada que hubiera podido hacer. Le importaba un comino las cosas que jamás deberían importarle un comino a un padre. Se largó sin mirar atrás. Después, pero mucho después, cuando yo ya era un adulto, descubrí hasta dónde llegaba verdaderamente lo que había hecho, y se extendía mucho más allá de tener una segunda familia. Había sangrado a mi madre cuanto pudo, dejando la economía de la familia en una situación precaria, y lo hizo sin importarle lo más mínimo. Mi madre se casó con él por amor. Él se casó con mi madre por dinero.

–Lo siento, Gabriel. Debió ser un descubrimiento devastador para ti.

Él se encogió de hombros.

–Conseguí que la economía de la familia recuperase el buen rumbo en cuanto fui lo suficientemente mayor para tomar las riendas. Entonces descubrí la verdadera profundidad del destrozo que había causado el acuerdo de divorcio, y el modo en que engañó a mi madre para sacarle cuanto pudo.

Jennifer lo miró en silencio. Su expresión era impasible, aunque estaba hablando de un evento que podía haberle destrozado el corazón.

No tenía ni idea de lo que había tenido que pasar. Era muy niña entonces como para darse cuenta de algo, pero no le había dicho una palabra después. Su madre y la de Gabriel se conocían bien y nada se había filtrado a lo largo de los años. Y menos aún de labios de Gabriel.

Por eso solo lo había mencionado en aquel momento: para hacerle entender hasta qué punto era inmune al concepto del amor y del matrimonio, y a lo que podía aguardar al otro lado de aquel arcoíris.

—¿Alguna vez te ha hablado tu madre de cómo se sintió con todo lo de tu padre? Con el divorcio y lo que hizo...

—Creo que esa es una conversación que es mejor no tener.

—¿De verdad? No sé si estoy de acuerdo contigo.

—Ya, pero es que tu perspectiva es la de alguien que usa tácticas psicológicas para arrancarle la información a sus víctimas —sonrió.

—No seas malo, anda —sonrió también—. Deberías probar a ser profesor solo durante un rato. A veces es el único modo. —Hizo una pausa y lo miró pensativa—. Imagino que al principio tu madre quería protegerte y después, el tiempo había pasado ya, y si tú no habías hecho preguntas, prefirió no compartir contigo una información que podía hacerte daño. Es lo que hacen los padres: proteger a sus hijos. Yo no supe lo enfermo que estaba mi padre hasta que ya no pudo seguir ocultándomelo.

—¿Te has dado cuenta de que, en un día soleado y precioso como este, en una de las ciudades más bonitas de Italia, estamos perdiendo el tiempo con una conversación profunda y seria sobre un pasado que ninguno de los dos podemos cambiar?

—Supongo que es tu modo de decir que te gustaría cambiar de tema.

—Como ya te he dicho otras veces, hay que ver lo bien que me conoces. ¿Qué te parecen los pasteles? Tienen mucha fama en esta parte del mundo.

La conversación que habían empezado quedó así cercenada de raíz. Probablemente, nunca volverían a tenerla. Siguieron hablando

de cosas inconsistentes y poco después volvió a deleitarse observando en silencio a los transeúntes.

Sin embargo, Gabriel había puesto en marcha un tren de pensamientos en su cabeza que estaba cobrando velocidad. Más allá de su expresión remota, ¿qué sentía? ¿Pensaría a menudo en aquel pasado que no podía cambiar y sentiría el dolor del niño rechazado? ¿Creería que su madre seguía sufriendo por lo ocurrido? ¿Desconfiaba tanto del amor por esa razón? Con el ejemplo de lo peor que podía depararle a una persona el amor, ¿se habría retirado a la seguridad de un lugar apartado de toda emoción?

Entendía por qué estaba tan decidido a no entregar su corazón a nadie. No se debía a que no pudiera amar, porque amaba profundamente a su madre, luego su corazón era capaz de albergar amor, pero lo que no podía albergar era confianza. Y sin confianza, ¿cómo podía florecer el amor? En su pecho sintió algo roto al darse cuenta de que nunca sería capaz de comprometerse con nadie. ¿Acaso creía que exageraba cuando se lo decía él? ¿Que era de broma?

Lo miró un instante y lo recordó de adolescente, delgado, sin la masa muscular del adulto, pero ya con aquellas facciones nobles y orgullosas que se llevaban prendidas las miradas de todas las chicas.

Ahora era mucho más, y sintió que podía seguir mirándolo y pensando en él para siempre, lo cual la dejó bastante incómoda.

—Deberíamos ir pensando en volver, ¿no te parece? —sugirió, levantándose.

Gabriel consultó su reloj, un Rolex que para conseguirlo había que inscribirse en una lista de espera exclusiva y que se dignaran a considerarte un posible comprador.

—Debes estar molido de tanto compartir conmigo, Gabriel. Seguro que necesitas tumbarte un rato.

Se puso las gafas de sol y le dedicó una deslumbrante sonrisa.

—Solo si tú te tumbas conmigo, pero no soy capaz de garantizarte que sea solo para descansar.

Y así, con esa facilidad, volvieron a su rutina habitual. Hablaron del día y Gabriel la impresionó dándole más información de la zona que visitaban de la que se imaginaba que conocía.

–Es que me subestimas –contestó él–. Yo lo sé todo –sonrió.

–¿A que no sabes quién va a estar esta noche en la fiesta que Roberto y Luisa nos han organizado?

–Es que no necesito saberlo. –Soltó un segundo la mano del volante y se la puso en el muslo–. Seguramente se tratará de otros viticultores locales que quieran hablar un poco más del negocio conmigo antes de que nos vayamos.

Jennifer se estremeció. Las cosas serían distintas en Inglaterra. Ya no estarían en aquel entorno romántico bañado por el sol en el que Gabriel había podido dejar a un lado el trabajo para que los dos se olvidaran del mundo real por unos días.

Sí, habían decidido seguir con lo que habían empezado. ¿Por qué no? El problema era que, rodeados por la realidad, sería difícil decir cuánto tiempo podría sobrevivir su relación tal y como era.

Cuando pensaba en la vida post Gabriel, algo en su interior se quedaba vacío, y le resultaba muy difícil visionar de nuevo la amistad inocente y sencilla que habían tenido. De hecho, cuando pensaba en esa etapa, no podía visualizar nada en absoluto.

–Volver a Inglaterra va a ser raro –comentó sin pensar.

–¿Por qué?

–Porque esto es como una burbuja, ¿no te parece? Quiero decir lo de que estemos aquí, compartamos cama y nos despertemos los dos juntos en ella. Que tú hayas podido poner en pausa tu trabajo para que podamos pasar juntos todo este tiempo.

Gabriel tomó su mano y entrelazaron los dedos. El corazón se le encogió y los pensamientos cayeron en tropel.

Todo el tiempo que había dedicado a salir con otros hombres buscando la persona perfecta, la pareja perfecta con la que pasar el resto de su vida. Todos esos principios y expectativas con el fin de protegerse de hombres como Gabriel. De Gabriel en sí.

La boca se le quedó seca y el corazón se le aceleró de tal modo que las sienes le palparon con fuerza. Gabriel estaba diciendo algo, pero tenía tal zumbido en los oídos que no escuchaba nada. La razón por la que el amor se le había resistido era porque siempre había estado ahí, escondido a plena vista.

Amaba a Gabriel. Estaba enamorada de él. Había sido su amigo y después, poco a poco, había pasado a ser mucho más. Había llegado a ser el amor de su vida, la razón por la que todos los hombres con los que había salido nunca se habían acercado siquiera a ser el adecuado. Gabriel le había robado el corazón y durante aquellos días, envuelta en aquella charada, se había visto obligada a enfrentarse a esa realidad.

¿Y qué iba a pasar a continuación?

—¿Me estás escuchando?

Jennifer parpadeó varias veces y lo miró.

—¿Eh?

Ante sí tenía al hombre al que amaba. Podría cerrar los ojos y replicar cada parte de su adorado rostro tan bien como si fuera el propio. Y ahora podía también hacerlo con su cuerpo, el que había recorrido con la boca y con las manos, saboreándolo, amándolo.

—He dicho —repitió, divertido— que, en cierto sentido, es algo bueno.

—¿De qué estás hablando?

Gabriel se rio.

—Dime que no te estabas quedando dormida escuchándome. No sé si me recuperaría de un golpe así.

Percibió su tono bromista habitual, y se sorprendió de reconocer cuánto más quería de él.

—¿Me estás diciendo que tienes ego? Imposible. —Ella también volvió al tono habitual, pero su corazón continuó latiendo como un martillo sobre un yunque—. Y yo que creía que eras un tío modesto.

—He dicho que la realidad es volver yo a mis horarios de trabajo, y tú a los tuyos. Eso supondrá una carga para lo nuestro, y será natural que las cosas se vayan enfriando y que volvamos a estar donde estábamos.

—Pero nunca será lo mismo, ¿no?

—¿Estás hablando en general, o es una discusión en profundidad sobre algo que no vale la pena discutir?

—¿Qué quieres decir con que es algo sobre lo que no vale la pena discutir?

–¿Qué sentido tiene especular sobre lo que ocurrirá cuando todo esto termine? No voy a mentir si te digo que me gusta donde estamos ahora mismo, y me parece que no vale la pena intentar predecir cómo nos vamos a sentir, o lo que vamos a sentir. Cuando volvamos, voy a intentar pasar más tiempo con mi madre, de modo que te voy a ver con más frecuencia de lo normal. Podemos ir juntos a buscar casa y vivir el momento.

–¿Qué?

La mente se le quedó en blanco durante un segundo, en el que la realidad y la fantasía se fusionaron, y sintió que la arrastraba una marea de puro goce.

–¿De qué estás hablando, Gabriel? ¿Qué casa?

–No te asustes, que no he decidido domesticarme de pronto. No te olvides que voy a pagarte por lo que estás haciendo aquí.

Jennifer parpadeó varias veces y apartó la mirada.

–La verdad es que lo había olvidado.

–Pues ya es hora de que empieces a recordar. Te habría dado mucho más, pero tendrás una cantidad suficiente para la casa de tus sueños, que, por cierto, ¿dónde está exactamente?

–Gabriel, no me parece bien que me pagues ahora que estamos... que nosotros...

–¿Por qué no?

Sabía perfectamente de qué hablaba y no fingió lo contrario.

En aquel momento supo que nada había cambiado para él. El sexo era sexo, y no se relacionaba con otras áreas de su vida. No había empezado a atormentarse con pensamientos sobre el amor, el deseo y los anhelos. Le bastaba con lo que había sobre la mesa.

–Me resulta raro –añadió.

–No te lo parecerá cuando empecemos a mirar casas.

–¿Y no te vas a aburrir? ¿Alguna vez has ido a mirar casas?

–Pues, ahora que lo mencionas, no. Cuando quiero una casa, le pido a mi asistente ejecutiva que haga todo el trabajo previo para mí, y yo después elijo de la lista que ella me presenta. Luego, dejo que el equipo de diseño de interiores haga su trabajo.

Jennifer se echó a reír.

–De verdad, Gabriel, que no vives en el mundo real.

–A mí me parece muy real –protestó sonriendo–. Hubo un montón de trabajo previo que hacer cuando buscaba casa en Londres, aunque la verdad es que, cuando quiero comprar casa fuera, lo suelo dejar todo en manos de alguien local.

–Me temo que no va a ser divertido ir de aquí para allá mirando posibles casas y hablando de cómo quitar el papel pintado y reconfigurar la cocina. ¿Crees que serás capaz?

–Depende de la recompensa posterior.

–¿De qué clase de recompensa hablas?

–Puedo ponerte un ejemplo si encontramos un sitio tranquilo y un poco alejado en el camino de vuelta. ¿Qué te parecería hacer el amor en campo abierto, con el cielo sobre nuestras cabezas y rodeados de olivos?

«Maravilloso».

–Muy mala idea, porque se nos está haciendo tarde. No te olvides que tenemos una fiesta a la que atender.

–Qué faena. En otra ocasión.

–¿No piensas en otra cosa que no sea sexo, Gabriel?

–Sí. El trabajo suele ser lo primero de la lista, excepto aquí.

Jennifer no contestó, pero por debajo del tormento que había supuesto darse cuenta de que se había enamorado del hombre más inaccesible del planeta, alentaba un rayo de esperanza. ¿Era significativo que, estando allí con ella, se hubiera olvidado del trabajo? ¿Lo era que allí hubieran pasado las noches en la misma cama? Y, por encima de todo, ¿era significativo que, antes de que llegasen siquiera a tocarse, eran amigos, unidos por una amistad profunda y significativa?

Seguirían viéndose hasta que, un buen día, dejaran de hacerlo. Él esperaba que, una vez estuvieran de vuelta en la realidad, todas las líneas divisorias volvieran a ocupar su lugar. ¿Que el trabajo volvería a ser el número uno de su lista de prioridades, pero si tenía paciencia, quizás llegase a darse cuenta de que ella no era tan prescindible como él se creía? ¿Que ser amantes había añadido tanto a su relación que le resultaría imposible separarse de ella como creía?

Mejor no dejar volar la imaginación y dejar de ver un futuro que no estaba disponible. Gabriel era un hombre que nunca confiaría lo suficiente para amar. Que estaba demasiado condicionado por su pasado. Pero era difícil escuchar la voz de la razón cuando lo único que deseaba era creer que el amor que había descubierto que sentía por él pudiera ser recíproco.

Prácticamente todas las luces de la casa estaban encendidas, así que los preparativos para la fiesta iban viento en popa.

–Si llegamos tarde, te voy a echar la culpa a ti –le advirtió cuando se bajaba del coche para abrirle la puerta a ella.

Jennifer bajó e iba a echarse a reír a modo de respuesta, pero no pudo hacerlo porque Gabriel se apoderó de su boca. El roce de sus lenguas le provocó una erección inmediata. Allí estaban a cubierto de miradas curiosas, y levantó la falda para hundir la mano en sus bragas. Encontró su clítoris ya endurecido y palpitante, lo acarició hasta que Jen empezó a jadear y un orgasmo la atravesó de parte a parte.

–¡Gabriel!

–Lo sé, cariño. Para mí también ha sido la pera.

«Es la primera vez que me llama cariño», se dijo, pero el momento se perdió porque Gabriel le pidió que no se le acercara más y que se guardara para cuando estuvieran en la cama y pudiera hacerle lo que sabía que tanto le gustaba...

–Te advierto que no vamos a quedarnos mucho –le dijo una hora más tarde, ya arreglados y delante de la puerta principal de la casa, que se abrió antes de que pudiera llamar. Roberto los miró entusiasmado.

–¡Estáis aquí! –los saludó, invitándolos a pasar. Había unos olores deliciosos, y se oían voces y risas, aunque solo habían visto unos pocos coches en el patio—. Pasad, pasad, que hay alguien deseando conoceros.

–Nosotros también estamos deseando conocer a sus hijos –contestó Gabriel educadamente.

El hombre se echó a reír.

–*Non stai encontrando I miei figli! Stai encontrando don Alfonso, il prete del paese! E qui per benedirvi entrambi!*

Jennifer miró a Gabriel.

–¿Traducción, por favor?

–No vamos a conocer a sus hijos –explicó, pasándose la mano por el pelo–, sino al cura del pueblo, que ha venido para darnos su bendición.

Capítulo 9

Cómo que a bendecirlos? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Había oído bien?

Apabullada, Jennifer se dejó conducir al salón, donde todo el mundo lo estaba pasando genial.

Lo habían decorado para la ocasión con preciosas velas perfumadas repartidas por todas partes. No había más de una docena de personas. Francesca charlaba con un grupo de gente de su edad acomodados en los sofás que enmarcaban la enorme chimenea de piedra. Otras dos parejas, poco más o menos de la misma quinta, cerca de los setenta, reían y charlaban con una copa de tinto en la mano. Los entrantes se habían dispuesto en una preciosa mesa auxiliar: *bruschettas*, olivas, queso y varios tipos de pan.

Luisa estaba en su elemento y, en cuanto los vio entrar, se acercó a ellos con una sonrisa.

—¡Pasad, hijos, pasad! Pero no os llenéis con los entrantes, que enseguida se va a servir la cena.

Francesca se acercó a ellos y todo el mundo los miró. Obviamente eran el centro de atención. El padre Giovanni les fue presentado con orgullo, y le siguieron todos los demás invitados.

—No me siento capaz de recordar todos los nombres —sonrió Jennifer—. Siendo profesora debería tener esa capacidad, pero, en cuanto salgo del aula, mi memoria para los nombres desaparece.

—Es una profesora maravillosa —explicó Francesca—. Mi hijo, que siempre ha trabajado todas las horas del mundo, no podría esperar una pareja mejor. ¡Sabe domesticar a los alumnos más díscolos, así que seguro que domestica también a mi hijo!

«Ay, Dios mío», pensó angustiada. «Ahora estamos prácticamente casados».

–Nadie podría decirle a Gabriel lo que tiene que hacer –respondió, y sintió que él la abrazaba afectuosamente.

–¿Y desde cuándo eso te ha amilanado a ti? –murmuró él entre las sonrisas de los demás invitados–. Esta mujer lleva diciéndome lo que tengo que hacer desde que teníamos diez años.

–¡Eso no es cierto, Gabriel! –protestó riendo y mirándolo a los ojos.

–Has sido la única persona que me dijo que no fuera tan presumido cuando quise comprarme mi primer coche.

–Es que era un coche absurdo –aclaró. «Y peligroso». Recordaba aquella conversación como si hubiera tenido lugar un día antes, y el horror que le había producido la posibilidad de perderlo en un accidente de tráfico. Qué idiota. Pensar en comprarse un coche potente y rápido con dieciocho años solo porque tenía el dinero para hacerlo.

–Acabas de darme la razón.

Sus miradas se enredaron y sintió una punzada en el vientre, pero no pudo apartar la mirada de él. Así de intensa era la conexión.

–¿Está oyendo, padre Giovanni? –comentó Luisa, acercando al sacerdote–. Francesca me ha dicho que su hijo es un hombre nuevo. Desde que Jennifer y él llegaron aquí, no se ha vuelto a sepultar en trabajo.

–Es la primera vez que le veo hacer tal cosa –corroboró Francesca–. Y lo he reprendido un millón de veces sobre la importancia de no trabajar demasiado. Se ve que Jennifer lo influye mucho más que yo.

–Lo cual es un buen síntoma –sonrió el padre Giovanni, y los dirigió a una de las mesas llenas de aperitivos.

Justo cuando Jennifer habría agradecido tener una audiencia numerosa, todos los presentes parecían haberse esfumado por arte de magia, dejándolos a los tres con sus platos en la mano y un coqueto rincón en el que sentarse después, un poco alejados del grupo.

–No suelo hacer estas cosas –comentó el padre entre mordiscos de un delicioso pan de ajo y aceite, limpiándose la barbilla tras cada bocado.

Estaba tan grueso como el anfitrión, y tenía la misma piel morena y curtida por la intemperie. Un sacerdote al que su congregación debía adorar.

–Y no tiene por qué sentirse obligado a... a hacer nada – interrumpió Jennifer, mirando a Gabriel en busca de ayuda. Pero el aludido parecía estar tan pancho, con las piernas extendidas y tomando pequeños sorbos de vino–. Luisa y Roberto son tan atentos, pero ya han hecho más que suficiente por nosotros sin que sea necesario que... que usted...

–Es un placer –le quitó importancia el padre–, y creo que a su encantadora madre –continuó, señalando a Gabriel con el mentón– le ha encantado la idea de que seáis bendecidos. No se trata de algo formal, hijos, pero espero que permanezca a vuestro lado mientras avancéis en vuestra nueva vida como esposos.

–Aún ni siquiera hemos fijado la fecha para la boda –se le ocurrió decir a ella.

–Os conocéis desde hace mucho, ¿no?

Gabriel por fin se decidió a intervenir.

–Como ya he dicho antes, Jennifer es como una piedra en mi zapato desde que éramos unos críos.

–La amistad suele ser el pegamento más fuerte para unir dos almas.

Jennifer sintió que el corazón le brincaba en el pecho porque aquel buen cura acababa de decir lo que ella se había atrevido a pensar.

–¿De verdad lo cree, padre?

–Desde luego –contestó, volviéndose hacia ella. Dejó el plato en cuidadoso equilibrio sobre las piernas y entrelazó las manos sobre la panza–. No solemos darnos cuenta de lo importante que es conocer hasta el último detalle de la persona con la que acabamos compartiendo la vida. Es demasiado frecuente que esos detalles se pierdan en el torbellino de estar enamorado y después, cuando los

vamos conociendo, pueden convertirse en obstáculos que entorpecen el camino a la verdadera felicidad.

–El índice de divorcios demuestra que son muchos los que se pierden en ese torbellino –añadió Gabriel.

–Pero algunos consiguen encontrar la salida –intervino Jennifer.

–Bien dicho, hija. No quiero monopolizaros, así que solo voy a nombrar algunos de los obstáculos que pueden aguardaros.

–¿Tiene tiempo para escucharlos todos, padre? –preguntó Gabriel con una sonrisa–. No tardaremos en volver a Inglaterra.

–Son pocos los más importantes, joven –respondió antes de tomar otro sorbo de su copa–. Discusiones sobre el dinero...

–¿Te suena, Jen?

Jennifer lo desafió con la mirada, recordando cómo lo había abroncado por que tuviera la desfachatez de ofrecerle dinero por fingir tener una relación.

–Es que tiene demasiado –le dijo ella al sacerdote–. Nadie necesita tantos coches como tiene él, así que, si discutimos, es solo porque me gusta hacerle ver lo que es obvio.

–Lleva un montón de tiempo discutiendo conmigo por culpa del dinero, así que entonces no hemos empezado demasiado bien.

El padre les sonreía con indulgencia.

–Bien. Así que tenemos discusiones por el dinero –dijo, y alzó un dedo–. Y luego está la trampa de la complacencia, de modo que os aconsejo que nunca olvidéis hacer que el otro se sienta especial.

Gabriel tomó la mano de Jen y la apretó. Sabía lo que quería decir: que se les daba muy bien hacer que el otro se sintiera especial. Llevaban días practicando.

–¡Y no olvidemos la maldición de la familia política! –añadió el padre, guiñando un ojo.

–En ese sentido, no hay de qué preocuparse –respondió Gabriel–. Jen está casi tan unida a mi madre como yo, y su madre piensa que soy lo mejor después de la barra de pan.

–Pues ya sabes algo que yo no sé. ¡Nunca la he oído decir tal cosa! –se rio. Sabía que su madre le tenía mucho cariño a Gabriel–. Se lo inventa todo. Tiene un ego del tamaño de un crucero –añadió sin soltarse de su mano, pero mirando al sacerdote.

La risa de Gabriel la llenó de calor, ternura y amor. Todos los tabús en un mismo momento: amor, ternura, deseo y una necesidad absoluta de que no se separara de su lado.

–Yo os bendigo, hijos míos, y deseo que vuestro amor se haga más fuerte cada día y que recibáis la bendición de tener muchos hijos.

No esperaba que las palabras del sacerdote la conmovieran tanto, hasta el punto de sentir que algo había cambiado en su interior. Salió del paso como pudo el resto de la velada, pero no fue capaz de recordar nada de lo que le dijo a ninguno de los presentes.

–Bueno –empezó cuando Gabriel y ella volvían a su casa de invitados–. ¿En una escala del uno al diez...?

–He vivido experiencias más cómodas.

Se apartó para dejarla entrar y cerró la puerta a su espalda.

¿Una bendición? ¿Qué se esperaba cuando Luisa le anunció que figuraría en el menú junto con la pasta casera y los mejores tintos? ¿De verdad se esperaba una experiencia cómoda?

Lo cierto era que no se había parado a pensarlo con detenimiento. Suponía que sería algo por lo que navegar con educación y casi cero participación, que acabaría en un abrir y cerrar de ojos y que podría olvidar a continuación. Pero algo le había llegado muy dentro. El padre Giovanni le había conmovido, y no estaba seguro de si eso le gustaba. El buen hombre le había pillado desprevenido, y eso no ocurría desde hacía mucho tiempo.

–Nunca me había imaginado a mí mismo como padre de muchos hijos –sonrió–. ¿Y cuántos son muchos? ¿Un equipo de fútbol? ¿Más? Igual debería haber ahondado un poco en ese aspecto de la bendición.

–Yo te lo preguntaba en serio.

–¿Por qué, si era algo inevitable? ¿Por qué profundizar?

Pero él se había sentido muy incómodo, como si alguien lo empujara a enfrentarse a pensamientos que no quería analizar.

–Desde luego, no ha sido lo que me esperaba –concluyó.

–¿Y qué esperabas?

–Algo más indefinido y bienintencionado entre la *bruschetta* y el plato principal, supongo.

Abrió la puerta de la nevera, sacó una botella de agua y se la bebió del tirón. Luego la miró. Jennifer había brillado toda la noche. Estaba preciosa con aquel vestido elegante y ceñido en color verde jade, con la melena suelta a la espalda y sus voluptuosas curvas desprendiendo una sensualidad que ningún dinero podía comprar. Había charlado con todo el mundo sin perder la sonrisa. Tenía la capacidad de lograr que todo el mundo se sintiera a gusto con ella.

No era de extrañar que su madre estuviera encantada con la idea de que llegara a ser la señora de Gabriel García, pero, mirándola en aquel momento, volvió a sentir la misma ansiedad que durante la velada, en particular durante las palabras del sacerdote.

–¿Sexo? –sugirió como quien ofrece una copa.

–Bueno, reconozco que es una forma novedosa de plantearlo –se rio.

–Es que hay veces que el cortejo previo está sobrevalorado.

–¿Y esta es una de esas veces?

–Es por el vestido, que lleva toda la noche poniéndome la libido patas arriba.

–Háblame más de eso.

–Mejor si te lo demuestro con hechos.

Se le acercó decidido a perderse en lo físico, pero sabiendo que en cuanto terminara, cuando los dos estuvieran saciados, tendría que enfrentarse a la inquietante ansiedad que lo acuciaba para deshacerse con ella.

Nunca había deseado a otra mujer como la deseaba a ella. Quería perderse en ella, ahogar en su cuerpo los inquietantes sentimientos que llevaba dentro y con los que no conseguía razonar.

Avanzaron a trompicones hacia del dormitorio, quitándose la ropa. Jennifer le desabrochaba el pantalón como podía y él le había bajado el vestido cuando llegaron junto a la cama, apartándolo de una patada. Lo que quedaba de su ropa desapareció en un instante justo antes de que cayeran sobre el colchón, y entonces...

No podía esperar. Se estaba volviendo loco solo con tocarla y sentir el peso de sus senos, la dureza de sus pezones. Sus gemidos

lo animaban a seguir y la penetró con fuerza y hasta donde no pudo más, mientras ella le rodeaba las caderas con las piernas. ¿Estaba expulsando algo de su interior? Esa era la sensación que tenía, pero no podía decir qué.

Supo que ella llegó al orgasmo con él por la rigidez de su cuerpo y la urgencia de sus gemidos. Abrió levemente los ojos para mirarla. Quería ver cómo el color iluminaba su cara y cómo los ojos se le entornaban mientras el orgasmo se la llevaba al mismo tiempo que a él, que con un largo y violento estremecimiento se derramaba en ella.

Tumbada a su lado, nunca se había sentido más cerca, de él o de ningún otro ser humano. Nunca.

Así se sentía el amor, y le sorprendía que solo en aquel momento hubiera sido capaz de encajar las piezas del rompecabezas y comprender sus sentimientos por lo que de verdad eran. El modo en que habían hecho el amor... había estado cargado de una urgencia abrasadora, algo fuerte y poderoso que hablaba de sentimientos en él que igualaban a los suyos. ¿O sería cosa de su imaginación?

Le pasó la yema del dedo por la espalda y Gabriel se estremeció.

—Entonces...

—¿Entonces, qué?

La habitación estaba a oscuras, pero no tanto como para que no pudiera ver la expresión perdida de sus ojos, la mirada de un hombre que acababa de satisfacer todas sus necesidades.

—Estábamos hablando de lo que el padre Giovanni nos ha dicho.

—¿Ah, sí?

—Sí. Justo antes de que decidieras que necesitábamos sexo sin dilación. Cuéntame cómo te has sentido cuando ha bendecido nuestra unión.

—Yo creía que ya lo habíamos hablado, ¿no? Cuando andaba preguntándome si necesitaría construir un ala nueva en mi casa por el pedazo de familia que voy a tener.

Se tumbó boca arriba y colocó un brazo sobre los ojos durante un par de segundos.

–Has estado impresionante esta noche –dijo mirándola.

La aparente sinceridad de su tono la hizo sonreír, como si no hubiera sido capaz de resistirse al halago espontáneo.

–Sigue hablando...

–Impresionante, preciosa y cautivadora. Te interesas de verdad por los demás y lo que tienen que decir, y no me digas que se debe a que eres profesora y te pagan por escuchar a esos mocosos tuyos y sus tonterías.

–¿Te das cuenta de que tú también fuiste un mocoso de esos?

–Mis profes me adoraban.

–Es tu ego el que habla, pero no intentes cambiar de tema. Estábamos hablando del padre Giovanni y lo que ha dicho. Quiero saber cómo te has sentido.

–Creo que me he sentido raro –dijo, jugando con un mechón de su pelo.

–¿Por qué?

–Porque nosotros no estamos en ese punto.

–Lo sé.

Durante unos segundos tuvo la sensación de estar contemplando un profundo abismo.

Quería a Gabriel. Siempre lo había querido. El amor había crecido desde cero. Había pasado de adorar a su héroe cuando apenas era una cría a la honda amistad, para llegar después a aquella maravillosa... aquella maravillosa sensación que la llenaba en aquel momento.

¿Debería esperar para ver si él llegaba a sentir lo mismo en algún momento? ¿Esperar en silencio la acercaría a su sueño o seguiría él ajeno a cualquier sentimiento que pudiera albergar por ella, y que pudiera ir más allá de la simple amistad?

Lo que el sacerdote les había dicho sobre la amistad volvió a su recuerdo. ¿Acaso no eran sus palabras el reflejo exacto de lo que pensaba ella? ¿Cómo callárselo? No podría volver a tener una cita si no le decía lo que sentía. No podía pasarse la vida esperándolo, pensando en su amor, amándolo... Lo mejor que podía ocurrir era

que él viera lo que ella veía, que reconociera los sentimientos que albergaban el uno por el otro como algo más grande de lo que podían haber esperado. ¿Y si él no sentía lo mismo? ¿Y si le daba la espalda?

Era una perspectiva estremecedora, pero al menos su rechazo aportaría claridad y le permitiría seguir adelante con su vida. Había malgastado tanto tiempo y energía saliendo con tíos a los que diseccionaba sin ser consciente de que ninguno de ellos había tenido ni la más remota posibilidad comparados con el amigo del que se había enamorado.

Pasara lo que pasase, revelarle sus sentimientos abriría puertas distintas, otro modo de seguir adelante. Y había llegado el momento de hacerlo.

–Un penique por ellos –dijo Gabriel.

–¿Qué?

–Un penique por tus pensamientos. Estás a miles de kilómetros de aquí –sonrió–, y eso no me gusta. Prefiero a la Jennifer que está aquí conmigo. ¿Qué le ronda a esa preciosa cabecita tuya?

–¿Mi preciosa cabecita? –repitió, y miró al techo con un suspiro teatral–. Sabes que no puedes decir cosas así, ¿no?

–Pero es que eres preciosa.

–Me estás tomando el pelo.

–Por supuesto. Soy un hombre del siglo veintiuno, luego soy feminista.

Sabía que podían perderse en aquella línea de puyas porque era terreno conocido, pero en aquel momento había cosas más importantes de las que hablar, y si no lo hacía ya, ¿quién podía saber cuándo reuniría el coraje para hacerlo?

–Lo que el padre Giovanni ha dicho me ha hecho pensar, Gabriel.

–Notó que se quedaba muy quieto–. Antes simplemente nos estábamos divirtiendo, pero, cuando habló del matrimonio y de lo que conlleva, me hizo darme cuenta de que... que...

–No, Jennifer.

–Si no sabes lo que voy a decir.

–Por la expresión de tu cara sé que seguramente no voy a saber qué hacer con lo que me quieres decir, y no me gustan las

situaciones en las que no sé qué hacer.

—Entonces ya somos dos, Gabriel. Pero... —Cerró los ojos con fuerza y los abrió para mirarlo sin pestañear—. Te quiero. Y no me interrumpas. Déjame hablar. Te quiero, y no solo como amigo. Estoy enamorada de ti. Creo que no me había dado cuenta antes, pero cuando el padre Giovanni empezó a hablar con nosotros, cuando nos ha bendecido como si fuéramos una pareja de verdad, algo dentro de mí me ha hecho darme cuenta de que lo éramos. Una pareja. —Puso un dedo sobre sus labios, aunque él no había hecho ademán de hablar—. En mi corazón, siempre hemos sido una pareja. En mi corazón, siempre has sido el hombre de mi vida. No me había dado cuenta antes, pero ahora...

Su rostro seguía inescrutable.

—Podríamos darle a esto una oportunidad —le propuso—. Quiero decir una oportunidad de verdad. Sé que tienes miedo de que te rompan el corazón, pero nos conocemos de toda la vida, Gabriel, y, tanto si te atreves a admitirlo como si no, encajamos a la perfección.

En aquel momento, contemplando sus hermosos e inteligentes ojos azules, Gabriel entendió al fin cuál había sido la fuente de la inquietud que había venido sintiendo recientemente, una inquietud que había estado ahí desde el primer momento que la tocó. O puede que incluso antes. Desde luego había estado cuando el padre Giovanni habló con ellos sobre el matrimonio y la importancia de sobreponerse a las dificultades.

Era la inquietud que manaba del miedo. Gabriel no había reconocido su proveniencia porque el miedo era una emoción que no solía aparecer en su radar. Había sentido, eso sí, el miedo a la tentación. Había pensado en ella, en estar a su lado y no separarse nunca, y eso le había provocado terror porque la idea había despertado algo en lo más hondo de su ser, algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

¿Esperanza de qué? ¿De sentir amor? ¿De que las estúpidas fantasías que acompañaban al amor pudieran ser ciertas para él? ¿Que las historias que contaba la gente acerca del amor y que lo

definían como lo único que el dinero no podía comprar pudieran ser ciertas?

Para él, no. Amar era confiar, y cuando la confianza se rompía, acarreaba la clase de dolor que había sentido en una ocasión y que no quería volver a sentir jamás.

Y luego estaba el corazón de ella, puro y sincero. Cuando se le rompiera, sería imposible recomponerlo y pasaría a ser como él, encerrada en una torre de marfil con muros tan infranqueables que nadie lograría saltarlos. No tenía intención de ser él el hombre que terminase partiéndole el corazón.

Pero, en su interior, algo se estaba resquebrajando porque sabía que tenía que alejarse de ella. Cerró los ojos con fuerza durante un par de segundos e intentó detener la angustia que amenazaba con partirlo por la mitad. Había dicho que lo amaba, pero se recuperaría en un tiempo y encontraría a otro hombre merecedor de una mujer como ella. Se lo agradecería cuando el dolor hubiera pasado y se recuperara su orgullo. Si alentaba la ilusión de que las cosas podían funcionar entre ellos, cuando se hundieran, lo que tenían nunca podrían recuperarlo.

—Ahora es mi turno de preguntarte qué tienes en la cabeza —la oyó decir.

—Tú crees que me quieres, Jen, pero no es así. Estamos aquí y... lo distinto que es esto, el escenario... y esa bendición, te ha hecho creer que hay más de lo que hay en realidad.

Pensó en su propia debilidad, en lo fácil que había crecido en él el hábito de dormir con ella, de anteponerla al trabajo, de flirtear con lo imposible.

—Y en cuanto a mí, ya te he dicho que no estoy hecho para lo que tú buscas, y ha sido muy inocente por tu parte llegar a pensar que algo podía haber cambiado en ese sentido. Jen, me conoces mejor que nadie en el mundo, y deberías comprender que las lecciones que aprendí del divorcio de mis padres, del cinismo de mi padre y su forma de usar a mi madre por dinero, por cómo me rechazó cuando fui tan idiota como para pensar que podía sentir algo por su propio hijo... bueno, todo eso es la base que me ha hecho ser como soy.

Su desnudez le hacía sentirse vulnerable, humillada y tonta. La esperanza, que tan sólida le había parecido hacía un momento, se había evaporado tan rápidamente como el rocío una mañana de verano.

Inició el movimiento para levantarse, pero él la sujetó por los brazos.

–He entendido el mensaje –murmuró.

–Te he hecho daño.

–Has sido sincero, y te estoy agradecida por ello. Yo... no sé qué es lo que me ha pasado.

–Que te ha sobrepasado lo que ha ocurrido aquí. Y la guinda del pastel ha sido el padre Giovanni y su sermón bienintencionado sobre el amor y el matrimonio.

Jennifer sabía que le estaba lanzando un salvavidas con el que poder fingir que todo había sido culpa de la sangre que se le había subido a la cabeza. ¡Por supuesto que no estaba enamorada! ¡Por supuesto que no había comprometido su corazón con él! Simplemente se había dejado llevar por el momento, seguramente por esa bendición con la que ninguno de los dos había contado.

–Podría ser.

–Nada de «podría».

–Tienes razón –dijo, serena–. Nada de «podría» –rectificó–. Te quiero, Gabriel, y no tiene sentido fingir lo contrario, o que es solo un romance de vacaciones que se desvanecerá en cuanto la realidad haga acto de presencia.

–Pero si me dijiste que...

–¡Sé perfectamente lo que he dicho! –se impacientó–. Sé que te he dicho que eres el último hombre con el que consideraría tener una relación duradera. Sé que tu definición de una relación es algo que dura diez segundos antes de que empieces a aburrirte y a mirar el reloj porque es momento de pasar a otra cosa.

–No estás siendo justa.

–¡Estoy siendo más que justa!

Se levantó de la cama y arrastró la sábana con ella para cubrirse. Estaba enfadada con él y consigo misma, y le daba igual que acabaran de hacer el amor. Se quedó junto a la cama recogiendo a

puñados la sábana, inclinándose hacia él, con su melena larga y oscura cayéndole sobre los hombros y los ojos entornados por la ira.

–No hagas eso –le pidió Gabriel.

–¿Hacer qué? ¿Decirte lo que siento? ¿Ser clara? ¡No soy una marioneta que puedas controlar, Gabriel, ni tengo que decir lo que tú quieras oír simplemente porque no te gusta sentirte incómodo!

–¡Ya sé que no eres una marioneta, Jen! –le gritó, igualmente frustrado y feroz. Se levantó de la cama y se plantó ante ella con un lenguaje corporal tan combativo como el suyo, pero sin sábana con la que cubrirse—. ¿Desde cuándo te has andado por las ramas conmigo?

–¡Nunca! ¡Y no pienso empezar a hacerlo ahora, así que ya puedes ir buscándote otra muñequita de las que te gustan que no se atreva a plantarte cara y que siempre esté dispuesta a hacer lo que tú le digas!

–No se trata de eso –respondió Gabriel en un tono más bajo, pero igualmente firme.

–Tienes miedo de tener algo serio con una mujer. Te asusta que acaben haciéndote daño, pero ¿qué es la vida si nunca corres ningún riesgo?

–¡Esta conversación es imposible!

Pero no se dio la vuelta, sino que recorrió con la mirada todos aquellos lugares que la sábana cubría a duras penas.

–¡No te atrevas! –espetó ella.

–¿A qué no tengo que atreverme?

–¡A mirarme!

–¿A mirarte como tú me estás mirando a mí?

Sintió que jadeaba. Estaba tan hermoso, tan masculino y tan vergonzosamente excitado... su erección parecía casi un desafío personal que la estuviera tentando a que lo tocara.

¿De verdad lo había estado mirando? Pues sí. Tenía que admitirlo, aunque le diera vergüenza. ¿Cómo resistirse a hacerlo? De hecho, estaba ordenando a sus ojos que dejaran de mirarlo y no había manera de que obedeciesen.

–Estás ahí, diciéndome todas esas cosas, cuando lo único que yo quiero hacer es...

Jennifer fue a decirle que lo último que ella quería que hiciera era tocarla. Pero lo hizo, y todos los huesos de su cuerpo se reblandecieron.

–No me interesa –protestó, al mismo tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos y soltaba la sábana. El contacto con su pene era irresistible, y bajó la mano para acariciarlo del modo que sabía que le gustaba, con un ritmo firme, lento, en la cadencia de sus palpitaciones.

–Jennifer...

–Una última vez –susurró—. Luego ya...

–¿Ya, qué?

–Ya nos separaremos. La próxima vez que nos veamos, la persona que te amaba habrá desaparecido para siempre.

Capítulo 10

Jennifer buscó con la mirada en las entrañas del *pub* preguntándose si reconocería al tío con el que había quedado, y contuvo una desagradable sensación de *déjà vu*.

Ya había estado en aquella página. La de las citas *online*. La de llevarse un chasco. Mirar a hurtadillas el reloj. Razonar que en la próxima ocasión habría más suerte. Había decidido volver a subirse al caballo después de la caída porque distraerse le había parecido la mejor idea. La alternativa era llorar, arrastrarse y pensar hasta que las neuronas echasen humo.

Habían pasado tres meses desde que se despidió de Gabriel. ¡Tres meses! Muchas cosas habían pasado en ese tiempo, y sin embargo, de un modo extraño, daba la sensación de que el tiempo no había avanzado. Estaba atascada en la misma cueva, con el corazón destrozado, despidiéndose del único hombre al que había querido, perdiéndose y dejándose llevar por mareas que no la llevaban a ninguna parte.

Intentó centrarse.

El *pub* era uno de los muchos locales tradicionales de Londres. Estaba ubicado en un edificio protegido por su valor histórico, y el interior tenía paneles decorativos de madera oscura, mesas largas y bancos de madera. Eran las seis y media de la tarde, y estaba abarrotado hasta el punto de que casi ni podías oír tus propios pensamientos. Había gente en el bar, gente en la zona de restaurante y unas cuantas familias en la pequeña zona destinada a tal efecto.

Y un barbudo solitario sentado a una mesa en un rincón con una cerveza en la mano. Dispuesta a unirse a él, se colocó una sonrisa

en los labios y avanzó entre las mesas.

–¿Colin?

–¡Ese soy yo, preciosa! ¿Te pido algo de beber?

Colin se estaba levantando y Jennifer supo que la desilusión estaba a un paso.

Era más bajito de lo que se esperaba. Puede que debiera haber leído su perfil con más cuidado. Ella era bastante alta, y la estatura importaba tanto si lo quería admitir como si no. También estaba algo gordito, lo cual le trajo al pensamiento el cuerpo escultural de Gabriel y el familiar picor de las lágrimas.

–Una copa de vino blanco, por favor. O una Coca Cola cero.

–¡Genial! Voy a pedir también unas patatas. ¿Te gustan con sal y vinagre?

–Yo no quiero, gracias. Estoy a dieta en este momento.

Sus palabras le valieron una mirada evaluadora de él, tras lo cual asintió. De modo que al tapón aquel le parecía buena idea que se hubiera puesto a dieta, ¿eh? Sintió que la mala leche se le subía a la cabeza, pero siguió sonriendo, aunque se preguntó si estaría de humor para mantener una charla insustancial antes de que uno de los dos se inventara alguna excusa para marcharse.

Le preguntaría por su vida y fingiría interés, pero en realidad estaría pensando en lo mucho que había cambiado la suya desde que volvió de Italia. Ya no vivía con su madre. Ni en Suffolk. Ni daba clases en la escuela local.

Al llegar de vuelta a Inglaterra y ver en su cuenta del banco el dinero que Gabriel había insistido en pagarle, la idea de escapar se había hecho fuerte en su cabeza. De hecho, había ingresado mucho más de lo que habían acordado. Obviamente se sentía culpable. Y ella había decidido no quejarse. ¿Por qué iba a hacerlo? Si se sentía culpable por haber salido huyendo cuando ella le había abierto su corazón, allá él. Había decidido irse a Londres y, en una semana, encontró un sitio en el que vivir. Tampoco es que se hubiera puesto exquisita. Una pequeña casa con dos dormitorios, uno de los cuales alquilaría a su amiga Alicia, que era quien la había presentado en el colegio en el que ahora trabajaba. Y así, sin más, le había dicho adiós a todo lo que conocía hasta el momento.

–Bueno, Colin –empezó cuando se sentó de nuevo a la mesa con otra jarra de cerveza y el refresco para ella–, tu perfil dice que trabajas en IT. Suena fascinante...

Gabriel miró la dirección que su madre le había enviado al móvil.

–¿Vas a ponerte en contacto con Jennifer? –le preguntó ella despreocupadamente, pero había detectado esperanza en su voz y estaba decidido a no alentarla. ¿Quién podía saber qué iba a pasar cuando lo hiciera? Si es que finalmente decidía hacerlo. Bueno, sí que lo haría. No le quedaba otro remedio. Se estaba volviendo loco.

Tres meses era mucho tiempo, sobre todo después de cómo habían acabado las cosas entre ellos: una declaración de amor y un rechazo frontal de él. Incluso había intentado convencerla de que era un error de juicio pensar que estaba enamorada de él, como si un cambio de escenario y un poquito de calor del Mediterráneo se le hubieran subido a la cabeza haciéndola alucinar. Lo que fuera con tal de no darle la respuesta que ella esperaba. ¿Amor? El amor era solo una debilidad que conducía al dolor.

Habían hecho el amor por última vez, y había sentido deseos de llorar, pero por supuesto no lo había hecho. Se había impuesto recuperar una comunicación amistosa con ella para que pudieran seguir adelante durante el tiempo que tuvieran que estar aún con su madre hasta que volvieran a Inglaterra. Nada más tocar suelo en el Reino Unido, adujo reuniones importantes en Hong Kong y desapareció.

Intentó ponerse en contacto con Jennifer, pero sus mensajes no recibieron respuesta y sus llamadas fueron respondidas por el buzón de voz. Y se estaba volviendo loco.

Loco por los recuerdos, por la pena, por los remordimientos.

A diario las piezas del rompecabezas iban encajando y la amistad que había parecido tan clara se había metamorfoseado en un amor que había crecido, sin que él se diera cuenta, como una enredadera hasta invadir cada rincón de su vida.

Le había dado la espalda a la única mujer que había amado, y vivir con esa certeza lo estaba poniendo enfermo.

Tardó un instante en salir del despacho, llamar a su chófer y darle la dirección que su madre le había escrito.

Jennifer estaba alucinada.

Las dos cervezas de él ya eran tres, ella estaba en el segundo refresco y el paquete de patatas fritas había pasado a ser un plato de patatas de la cocina del bar ahogadas en ketchup.

–Me muerto de hambre –le había dicho Colin cuando las pidió–. No te importa, ¿verdad? Lo digo por tu dieta y eso. Podemos compartir, si quieres. O puedo pedirte algo... –Frunció el ceño–. ¿Una ensalada, quizás? A mí no me gustan, pero supongo que es la clase de cosa que comes para perder peso, ¿no?

–Estoy bien.

El momento de marcharse se le había pasado, y ahora iba a tener que aguantar toda la cita, esperar a que se le acabase el aliento hablando de sí mismo y escapar después.

Estaba oyendo su última historia sobre varios trabajos que le habían llevado por distintos condados para arreglar diferentes problemas de distintos ordenadores cuando lo vio mirar por encima de su hombro.

–Creo que alguien te busca, preciosa.

–Nadie sabe que estoy aquí.

–Pues viene directo hacia nosotros.

Se sacó algo que se le había quedado entre los dientes y mordió otra patata.

Jennifer se volvió y entonces la sensación de *déjà-vu* fue completa. El corazón incluso dejó de latirle y el cerebro empezó a derretírsele.

Gabriel. La última persona a la que esperaba ver y la única a la que deseaba hacerlo. ¿Sería una alucinación, o una ilusión óptica que la perseguía? Llevaba un pantalón de vestir en gris marengo, camisa blanca y americana, e iba quitándose una trenca color arena. La gente se volvía a mirarlo a hurtadillas.

Jennifer comenzó a levantarse cuando estaba ya cerca.

–Gabriel... ¿qué haces aquí?

Apretó los puños y los escondió a su espalda. Sus sienes parecían querer estallar y había dejado de ver a la gente que los rodeaba. Solo estaban ellos dos, frente a frente.

Hubo un tiempo que fueron amigos, pero ahora lo miraba con abierta hostilidad. El dolor de su rechazo la había sepultado.

–Vengo a verte.

–Pues yo no quiero verte a ti.

–Jen, por favor...

–No quiero que montemos una escena aquí, así que lo mejor es que te vayas y me dejes en paz.

–Estás enfadada conmigo y no te culpo.

Jennifer sintió que las lágrimas acechaban y parpadeó furiosa.

–No estoy enfadada contigo, sino conmigo misma. Mira, no es buen momento.

–Quiero hablar contigo, Jen. Lo que pasó entre nosotros me está... destrozando.

Jennifer percibió la sinceridad de su voz, pero se negó a dejarse embaucar. Si había ido hasta allí para recuperar la amistad que habían perdido, ¿qué podía decir? Pues que, en aquel momento, no era amistad lo que quería de él. Puede que un día, cuando el escozor del rechazo se hubiera pasado y recuperara algo de perspectiva. Quizás podrían tener entonces una conversación sobre cómo reconstruir su amistad.

Sin embargo, observándolo en aquel momento, vio las líneas de cansancio que marcaban sus facciones, y la súplica en su mirada hizo que el corazón se le encogiera. Pero estaba decidida, y se dio la vuelta. Iba a sentarse cuando sintió su mano en un brazo, suave pero firme.

–Dile a este tío que te vas –le oyó decir en voz baja.

–¡No pienso hacer tal cosa! –se revolvió, y deseó no haberlo hecho. Estaba tan cerca que los recuerdos y el dolor se mezclaron en el presente.

–¡Eh, oye!

Los dos miraron a Colin, que se estaba levantando, deseando salir por patas de allí.

–Es un viejo amigo, Colin. Hace tiempo que no nos vemos. – Jennifer se obligó a sonreír, pero su sistema nervioso seguía derritiéndose frenéticamente. Sintió lástima por Colin, aturdido y algo ridículo–. Quizás sería mejor que te fueras.

–¿Estás segura, preciosa?

Jennifer sintió el alivio de Gabriel, pero si creía haber ganado el primer asalto, se iba a llevar una buena sorpresa.

–Sí, claro –dijo, y el bueno de Colin desapareció aliviado–. ¿Satisfecho? –preguntó, volviéndose a Gabriel.

–No.

–¿Se puede saber qué haces aquí, Gabriel? Necesito estar un tiempo sin verte, y me importa bastante poco lo destrozado que estés.

–Lo que necesito es una copa antes de empezar esta conversación. –Hizo una pausa y probó las aguas–. Entiendo por qué no quieres hablar conmigo, pero te ruego que me escuches.

–Diez minutos, Gabriel. Ni uno más.

–¿Qué quieres tomar? ¿Por qué estás con un refresco? ¿Era *skater* tu cita o qué?

Jennifer no estaba dispuesta a responder a su intento de volver a las bromas que siempre habían formado parte de su relación. El daño era aún muy reciente.

–Una copa de vino blanco.

Gabriel asintió y fue a buscarlo, y ella no pudo evitar quedarse mirándolo mientras su corazón se retorció dentro del pecho. Había una única razón por la que debía haberse presentado allí, y era para recuperar su amistad como fuera. Borrar lo que había pasado entre ellos como si el reloj pudiera dar marcha atrás y fuera posible recuperar la relación inocente que una vez tuvieron.

Había tratado de ponerse en contacto con ella, pero no había respondido ni a sus llamadas ni a sus mensajes. No estaba lista aún. Sin embargo, había demasiados nexos de unión entre ellos para permanecer para siempre en distintos lados de la cerca. Más tarde o más temprano tendría sentido que volvieran a hablar, pero tendría que correr mucha más agua bajo el puente para que ella fuera capaz de mirar atrás, ver lo que se había perdido e intentar rescatar algo.

–¿Cómo me has encontrado? –fue lo primero que le preguntó cuando volvió con las copas.

–Mi madre me envió tu dirección y fui a tu casa. Tu compañera me dijo dónde podía encontrarte. No me habías dicho que te mudabas, ni contestaste a mis llamadas ni a mis mensajes. Desapareciste.

–Lo sé. ¿Qué esperabas?

–Le dijiste a mi madre que no veías un futuro con un hombre que trabajaba todas las horas del mundo, y que habías buscado un trabajo en Londres porque necesitabas un cambio, una ruptura total para encontrarte.

–Le dije lo que tenía que decir, e hice lo que tenía que hacer.

–¿Y yo?

–¿Tú, qué?

–A mí no me dijiste nada, Jen.

–Te lo dije todo, Gabriel. Me jugué el corazón por ti. ¿Y sabes lo que aprendí después de correr el riesgo? –Se inclinó hacia él con los ojos azules más fríos que el océano Ártico—. Pues que lo que me dijiste entonces era lo más acertado: que me merezco a alguien mejor que tú.

–Sé lo que dije. Recuerdo cada palabra. Sé que estoy aquí sentado y que no tengo derecho a esperar nada de ti, pero...

–¿Pero qué?

–Estos últimos tres meses han sido una auténtica agonía para mí, Jen. Te he echado de menos.

–¿Qué es lo que has echado de menos, Gabriel? ¿La amistad o el sexo?

–Ambas, y todo lo demás.

–Pues te fastidias. Yo ahora necesito espacio. Por eso no te conté mis planes. ¿Lo entiendes? Y ahora que estás aquí, sigo pensando que necesito tiempo lejos de ti, así que, en cuanto nos hayamos acabado la copa, te agradecería que te marcharas. Ya me pondré en contacto contigo... cuando sea.

–No puedo hacer eso.

–No tienes elección.

–Dijiste que me querías.

–No quiero hablar de eso ahora, Gabriel.

Apuró su vino, se levantó y recogió abrigo y bolso.
–Necesito hacerlo –dijo él, levantándose también.
–La vida no gira en torno a tus necesidades, lo creas o no.
–Escúchame, Jen, por favor. Por todo lo que hemos compartido.

Sus miradas chocaron. Gabriel se sentía aturdido, confuso, con la cabeza y el corazón sumidos en el caos.

Se pasó la mano por el pelo mientras ella seguía observándolo en silencio.

–¿Y bien? Te escucho, y te estás quedando sin tiempo.

–Es que aquí hay demasiada gente y demasiado ruido para hablar.

Miró a su alrededor. Las mesas estaban ocupadas y la gente iba y venía por todas partes.

–A mí me sirve. No sé qué podemos tener que hablar que necesite paz y tranquilidad.

–Tú no tienes que decir nada, Jen. Solo tienes que escucharme. Yo... me he pasado la vida dando por sentado que estarías siempre ahí. –Se inclinó hacia delante y su voz era tan baja que ella tuvo que esforzarse por entender lo que decía–. Éramos niños cuando nos conocimos. Lo recuerdo como si fuera ayer. Incluso recuerdo lo que llevabas cuando me acerqué a ti: vaqueros y una camiseta roja. Te tiré de la coleta y me arreaste con el cuaderno. A partir de entonces no dejé de chincharte, ni tú de responder. Me sentía cómodo contigo, sabiendo que no dejarías pasar nada, que siempre responderías, que no me dejarías salirme con la mía. No era consciente de lo mucho que iba a necesitar algo así a lo largo de los años, de lo mucho que necesitaba que estuvieras en mi vida.

–No digas cosas que no piensas, Gabriel –respondió en voz baja–. No me halagues porque piensas que es el modo de arreglar nuestra amistad rota.

–No digas que está rota, Jen. No podría soportarlo.

–¿Acaso no lo está? El lazo que nos unía se ha roto. Las cosas que dijimos... esto que tenemos ahora es lo que ha salido de ahí. Una relación diferente. Fue el riesgo que corrimos cuando...

–¡No! ¡Te necesito, Jen! Siempre te he necesitado, sin ser consciente de lo íntimamente relacionados que están la necesidad y el amor. Llevo queriéndote tanto tiempo que simplemente es algo que forma parte de mi vida. Algo que siempre he dado por sentado. Y entonces...

–Entonces, ideaste tu maravilloso plan.

Jennifer lo miró derritiéndose por dentro. El amor que llevaba tres meses intentando ahogar se estaba desperezando despacio y expandiéndose por su cuerpo. No quería tener esperanza. Sabía que no debía. Pero había algo en aquellos ojos tan oscuros, una tristeza y una incertidumbre que...

Quería que siguiera hablando, dejarse acunar por la dolorosa sinceridad de su voz y oírle decir cosas que le aceleraran el pulso y que regaran su devastado corazón. Quería vivir en aquel momento. Y si lo estaba malinterpretando todo, que así fuera.

–Tú viste los obstáculos –continuó Gabriel–. Yo no vi ninguno porque era un estúpido arrogante. En ningún momento pensé en el amor o en enamorarme. Siempre había sabido que no le iba a entregar mi corazón a nadie porque era lo que mi cabeza había decretado. Y cuando se me ocurrió la genial idea de fingir una relación por el bien de mi madre, de verdad pensé que todo lo que sentía por ti podía permanecer contenido, pero había abierto la caja de Pandora, ¿y quieres saber una cosa? Que me alegro de haberlo hecho porque nos acostamos tú y yo. Si fui un idiota creyendo que podía compartimentar limpiamente lo más significativo que he hecho en mi vida, me merezco cada segundo de sufrimiento que he padecido desde que nos separamos.

–¿Hablas en serio, Gabriel?

–Hasta la última coma, tesoro –respondió acariciándole la mejilla, y Jennifer entrelazó su mano con la de él.

–Te quiero con todo mi corazón –dijo ella–. Como ya te dije, ese amor siempre ha estado ahí, esperando a que se le diera voz.

–Yo siento lo mismo. Jamás habría podido imaginar que podría llegar a sentir lo que siento por ti. Creía que amar, y todo lo que

conllevarse a abrirse a otra persona y ser vulnerable, sería la única cosa que nunca podría hacer. Era tan prepotente y tan ciego como para imaginarme que mi intelecto y mis experiencias anteriores eran barreras impermeables a los sentimientos y que estos nunca podrían salir a la superficie. Cuando me dijiste que me querías, todos los viejos hábitos que llevo grabados se interpusieron de inmediato e hice lo que siempre había hecho: cerrarme de inmediato y sin hacer preguntas.

—Te he echado muchísimo de menos, Gabriel —le dijo en voz baja—. Cuando te dije lo que te dije, sabía que no podría dar marcha atrás, y no quería hacerlo, pero también sabía que era el final de nuestra amistad, y no podía soportarlo. Por eso me vine aquí y puse mi vida patas arriba, pero no podía huir de mis sentimientos, ni de mis pensamientos, ni de mi amor.

—¿Quieres casarte conmigo, Jen? ¡Pero de verdad esta vez!

El mundo explotó en un millón de maravillosos pedazos.

—¿En serio, Gabriel?

—En serio. Eres mi amiga, mi amante y todo lo que puedas imaginar, y no quiero que vuelvas a separarte de mí nunca jamás.

—Te quiero, Gabriel, así que sí. ¡Sí, sí, sí!

Desde el otro lado de la mesa, tomó su cara entre las manos e hizo lo que llevaba tres meses deseando hacer: lo besó con todo el amor que llevaba en el corazón, sabiendo que sí, que lo que había empezado como amistad tanto tiempo atrás era el amor con el que siempre había soñado.

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)